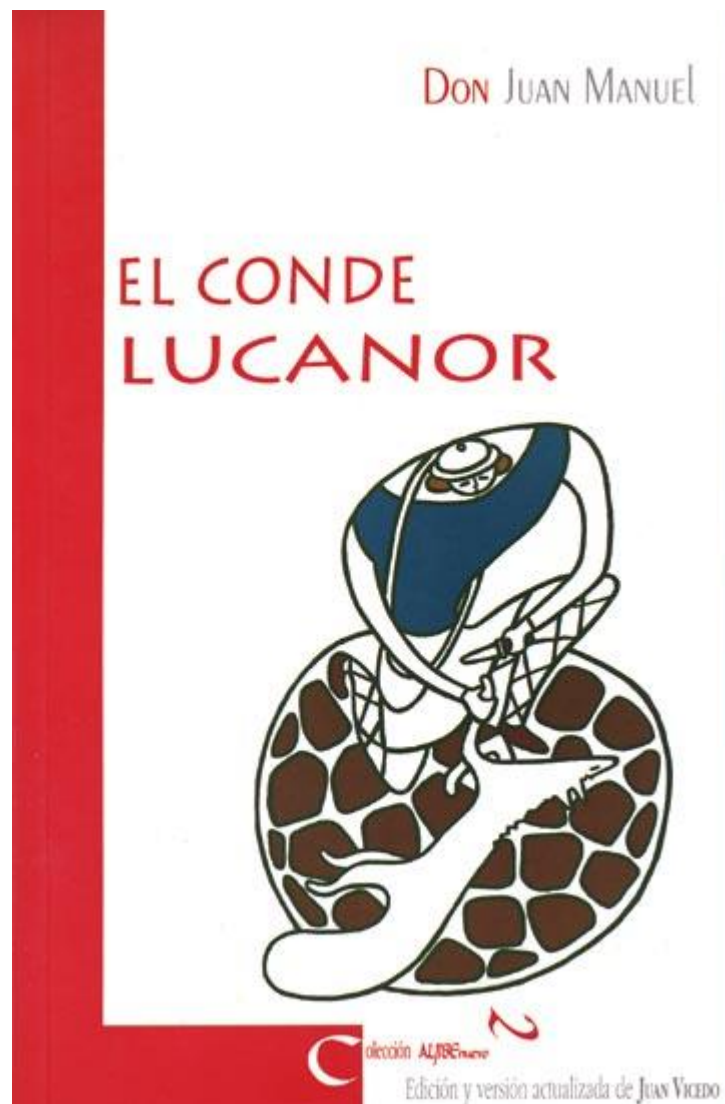




El Conde Lucanor

Don Juan Manuel





[Vicedo, Juan, [Introducción a «El Conde Lucanor»](#), Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2004.]

Introducción a «El Conde Lucanor»

Juan Vicedo

Preámbulo

Que alguien en los umbrales del siglo XXI se preocupe por la obra y el pensamiento de un escritor castellano del siglo XIV resulta, cuando menos, una tarea un poco chocante.

Si nos acercamos a la época y a la obra de don Juan Manuel (1282-1348) no lo hacemos por motivos de pura historiografía, ni porque creamos en la validez de sus recetas morales -tan poco éticas a veces-, sino por el encanto que lo primitivo puede tener para el lector de hoy. Acostumbrados como estamos a la informática, a la medicina nuclear, a la exploración espacial, a las terribles y tristes guerras de este siglo, al desarrollo de nuevas tecnologías, al trasplante de órganos (recordemos el divertido «ejemplo» del hombre que se hacía limpiar su hígado y que don Manuel cuenta en su libro), este volumen de *El Conde Lucanor* nos acercará a un mundo antiguo y sugestivo, caballeresco a veces, rural otras, que formará un primoroso fresco de tiempos que no conocimos.

Ante los ojos del curioso lector irá desfilando toda una serie de tipos encantadores, rápidamente delineados. Escucharemos a un hombre bueno disputar con su hijo, un tanto archisabidillo, a lomos de una pobre cabalgadura, o los lamentos de un hombre rico, venido a menos, que tenía que contentarse con una comida tan áspera como los altramuces. Podremos ver el sonrojo y la burla de que fue objeto un rey, cuando unos pícaros le hicieron pasearse desnudo ante sus vasallos; la prudencia evangélica que demostró un mayordomo al final de su mandato, sabiendo prepararse un retiro muy decente en una isla desierta, así como la paciencia de que hizo gala el rey Abenamet de Sevilla con la caprichosa de Romaiquía, su mujer. Asistiremos también al diálogo divertidísimo de un hombre bueno con el padre de una joven muy rebelde, cuya salida del domicilio paterno desea con toda su alma. Igualmente nos dará el autor auténticos cuadros de costumbres: el mundo de las cruzadas, la dura penitencia de un conde en Tierra Santa, la lucha contra los árabes, el miedo y temor medievales por la salvación del alma, etc. Y por último presenciaremos los animados diálogos entre animales: el león enfermo, la golondrina y las aves, los cuervos y los búhos, la zorra y el cuervo, por citar sólo algunos casos.

Todo este mundo y todos estos personajes nos los dará don Juan Manuel a través de un lenguaje, donde cada uno habla con voz propia y estilo diferenciado, acercándonos así al universo de realidad-ficción, visto y creado por él con pequeños gestos concretos siempre individualizadores.

Y una advertencia un tanto innecesaria: sólo despojados de nuestros saberes de hoy y de nuestras actuales inquietudes nos adentraremos en este nuevo mundo que ahora el lector tiene en sus manos.

Contexto histórico

Era este tiempo los señores asolaban Castilla.

Los mezquinos labradores sufrían gran mancilla.

Poema de Alfonso Onceno

El siglo que le tocó vivir a don Juan Manuel fue una época caracterizada por la inestabilidad política, por la crisis espiritual y económica y por la regresión demográfica.

La inestabilidad política fue muy marcada en el reino de Castilla durante las minorías de edad de Fernando IV y Alfonso XI, con una nobleza ansiosa de poder que intentaba dominar a la reina regente, doña María de Molina, apoyada sólo por los concejos de las ciudades, que veían en ella y en la institución monárquica un factor de equilibrio frente a los nobles. A pesar de lo que podemos leer en su obra literaria, el llamado impropriamente «infante» don Juan Manuel no fue ajeno a las apetencias de su clase, participando él también en esas luchas nobiliarias. Con la mayoría de edad de Alfonso XI (1325), cesan las luchas pero las ciudades se ven postergadas en aras de una mayor centralización.

La crisis económica se debió a la carestía y encarecimiento de los productos alimenticios básicos, con el hambre consiguiente para las masas campesinas y populares, que llegaron incluso a verse diezmadas por esta causa. A los muertos por las diversas hambrunas hay que sumar los que ocasionó la «peste negra», que en sucesivas oleadas hizo estragos entre la población. Por otra parte, el pueblo vivía sometido a unos impuestos altísimos, lo que provocó revueltas en campos y ciudades, pero sin éxitos duraderos.

Tanto en el terreno religioso como en el campo del pensamiento se vivieron años muy duros. La Iglesia romana tuvo que pasar por la afrenta de ver al papado sometido al rey de Francia y por la tremenda prueba del Cisma de Occidente, con dos papas que simultáneamente reclamaban para sí la obediencia de toda la cristiandad. Este clima repercutió en los fieles, que abrazaron diversas herejías o formas extremas de

religiosidad, despreciando el lujo de la corte romana y el esplendor de la liturgia católica.

El mundo de las universidades se convirtió en un coto cerrado vuelto de espaldas a las realidades contemporáneas y entregado al puro formalismo. La ciencia se vio sometida al imperio de las monarquías, que intentaron y consiguieron el control de los claustros universitarios. La pacífica convivencia de las tres culturas existentes en España se rompió y los judíos empezaron a ser acusados de todos los males del reino, por lo que fueron discriminados y perseguidos.

Conviene recordar, sin embargo, algunos avances de la época que impulsaron un cambio en los hábitos lectores. Hubo una mayor difusión de la lectura y escritura, como consecuencia de los acuerdos tomados en el Concilio de Letrán (1215), y más facilidad para la producción de libros, como resultado de la utilización del papel, que empezó a sustituir al pergamino. Al mismo tiempo, el invento de las lentes de cristales convexos alargó la vida lectora de quienes podían desentrañar el significado de un ejemplario o de una crónica histórica. Se puso de moda leer una obra ante un círculo de amigos y oyentes, con la mayor fidelidad al texto escrito que este método entrañaba.

A la vista de lo escrito convendría señalar cómo don Juan Manuel siguió fiel a los gustos y estética de su época que no consideraban materia narrativa el quehacer cotidiano o las preocupaciones sociales y políticas de un pueblo sometido al dictado de los señores. Cayendo conscientemente en el desfase cronológico, podríamos decir que al autor de *El Conde Lucanor* le gustó encerrarse en su torre de marfil de la didáctica, a donde no podían llegar ni los lamentos ni las duras tragedias de sus vasallos. Sería necesario más de un siglo para que la ambición de unos criados y las voces de un burdel pudieran quedar reflejadas en *La tragicomedia de Calisto y Melibea*.

Biografía

Don Juan Manuel nació en la villa de Escalona y fue amamantado por su propia madre, detalle que el propio don Juan recordaba con cierto orgullo casi freudiano. Era sobrino de Alfonso X el Sabio y nieto del rey San Fernando -como hijo que era del Infante don Manuel-. Pertenece, pues, a una de las familias más poderosas y ricas de Castilla y siempre blasonó de su linaje y honra, llegando a decir en el *Libro de los Estados* que él era uno de esos hombres a quienes más conviene morir que perder su honra.

Por la importancia de su persona y de su linaje, y dueño además de inmensas propiedades y recursos (recordaba que podía cabalgar desde Navarra a Granada teniendo cada noche un castillo o lugar donde descansar y ser agasajado), desempeñó desde muy joven -11- importantes cargos políticos: ya a los doce años era Adelantado en el reino de Murcia y su pendón consiguió su primer triunfo contra los moros en aquella ocasión, aunque al jovencísimo señor lo habían dejado en Murcia, dados sus

pocos años. Durante los reinados de Fernando IV y Alfonso XI intervino activamente en las luchas nobiliarias, tomando partido según las conveniencias del momento y los intereses de su casa, hasta el extremo de que en una ocasión no tuvo ningún escrúpulo en aliarse con el rey moro de Granada. Así demostraba don Juan Manuel su propia arrogancia, pues no quería someterse a sus señores naturales, y su elástico sentido de la moral, como puede verse en algunos cuentos de *El Conde Lucanor*. En el reinado de Alfonso XI, del que había sido regente, peleó dignamente en la batalla del Salado y participó en la conquista de Algeciras. Era, además, señor de Villena y poseía la actual ciudad de Elche, aunque tuvo que desprenderse de ella a cambio de Alarcón, renunciando a la jurisdicción, pero no a la propiedad.

Siendo de edad avanzada se retiró al monasterio de los frailes predicadores - dominicos- de Peñafiel, que él mismo había fundado y por quienes sentía una indudable predilección, como principales valedores del antiguo régimen, frente a las turbulencias de los nuevos tiempos.

En este monasterio, donde hizo depositar un ejemplar manuscrito y corregido de cada una de sus obras, se entregó al reposo y a la preparación de su alma, así como a la penitencia por sus muchos pecados y yerros. Murió, según su biógrafo Andrés Giménez Soler, entre los meses de abril-junio de 1348. Sus restos reposaban en el citado convento de dominicos en 1351. Posteriormente uno de los suyos le labró un sepulcro y puso en él este epitafio: «Aquí yace el ilustre señor Don Juan Manuel, hijo del muy ilustre Infante Don Manuel y de la muy esclarecida señora doña Beatriz de Saboya, Duque de Peñafiel, Marqués de Villena, abuelo del muy poderoso Rey y Señor de Castilla y León Don Juan, primero de este nombre. Murió en la ciudad de Córdoba en el año del nacimiento de Nuestro Señor MCCCXLVIII». Hoy no existe ese sepulcro ni se sabe nada de las cenizas del célebre nieto de San Fernando.

Su máxima ambición política y nobiliaria se vería cumplida tras su muerte, mediante el matrimonio de su hija doña Juana con don Enrique de Trastámara, más tarde rey de Castilla, que tuvo por hijo a Juan I, rey también de Castilla. Así un nieto suyo llegaba a la gloria del trono castellano.

Si ya hemos apuntado su sentido de clase social, muy anclado en su pertenencia a la más alta nobleza, queremos dejar ahora constancia de dos aficiones suyas: la escritura y el gusto por la caza. Su -12- dedicación a las letras tuvo una clara dirección didáctica y contaba con el cultísimo precedente de su tío Alfonso X, pero no obstante don Juan hubo de defenderse que quienes creían que esta no era ocupación propia de príncipes: «Yo sé que algunos murmurarán de mí porque escribo libros, pero no por eso dejaré de hacerlo. Pienso que es mejor pasar el tiempo escribiendo libros que jugando a los dados o haciendo otras cosas viles».

Su gusto por la cetrería lo llevaría a componer un *Libro de la caza*, que puede considerarse una obra menor suya, aunque no carente de interés, sobre todo por la admiración que muestra hacia la tarea de su tío el Rey Sabio. El ejemplo XLI nos dice cómo el Conde Lucanor era muy amigo de la caza, actividad en la que introdujo algunas mejoras en la crianza de las aves y en la utilización y perfeccionamiento de ciertos aparejos utilizados en la época.

Su personalidad literaria

Ya señaló Valbuena Prat algunos de los rasgos fundamentales de la personalidad literaria que ofrecía don Juan Manuel. Para el citado historiador de la literatura española, el a veces llamado «infante» llevaba dentro, junto al hombre de acción, capaz al mismo tiempo de urdir alianzas válidas sólo para él mismo mas no para el aliado, un narcisista gustoso de deleitarse en su propia obra, incluso en los aspectos materiales de esta. En cierta ocasión, cuando envía a su cuñado, el Arzobispo de Toledo, el manuscrito de *El libro del Caballero et del Escudero*, le previene de la mala letra en que está escrito así como de la escasa calidad del pergamino, aspectos que subsanará más tarde, si la historia es del agrado del destinatario. No es sólo la obsesión por la fidelidad de la transmisión de su obra, que en seguida veremos, sino también el esmero y cuidado en la presentación y en la calidad del soporte de la misma.

Frente al sentido juglaresco del Arcipreste de Hita -«cada uno puede aumentar y poner lo que quisiere»-, don Juan Manuel se muestra extremadamente celoso por la exactitud en la transmisión de su obra, principio que ilustra con la historia de un trovador de Perpiñán, autor de una excelente cantiga, quien, oyéndola cantar un día a un zapatero de modo muy desafinado, arremetió contra los zapatos, destrozándolos todos. Sometido el conflicto al rey, el caballero trovador se defendió diciendo que, al igual que el zapatero había destrozado su obra, él se consideraba autorizado a hacer lo mismo con el trabajo del menestral.

Esta casi obsesión por el mantenimiento fiel del texto original es muy conocida y a ello concedió don Juan Manuel gran importancia, como lo demuestran sus palabras del Prólogo a *El Conde Lucanor*: «Si los lectores de mis obras encuentran en ellas algunos yerros y defectos, que no me los imputen a mí, hasta ver los originales depositados en el convento de Peñafiel, pues los copistas por el parecido que entre sí guardan las letras unas con otras, suelen equivocarse y cambian el sentido de la frase o la construcción que yo quise hacer allí». Extraordinario rasgo de modernidad, clara conciencia de autoría, señalado celo en el cuidado por la Obra, que quiere sea leída sin más errores ni tachas que los propios del autor. Celos que no está reñido, sino que corrobora el carácter orgulloso y pagado de sí mismo y de su estado y condición de que siempre hizo gala don Juan.

Por otra parte, M.^a Rosa Lida de Malkiel (ver bibliografía) tiene buen cuidado al señalar algunos rasgos de la poderosa individualidad del autor de *El libro de los Estados*. Para ella, don Juan Manuel fue muy poco dado a lucir su saber de clerecía. Frente a la costumbre, que se detecta en obras como el *Libro de los enxemplos por a. b. c.* o el *Libro de los castigos*, de mostrar la veneración por la antigüedad grecorromana, don Juan Manuel es muy poco amigo de autorizarse con libros ajenos o con citas de obras antiguas, como era usual en ejemplarios y obras didácticas. Por el contrario, prefiere prodigar las referencias a sus propias obras e ilustra sus enseñanzas con personajes y sucesos contemporáneos: en el relato XLV sus enemigos Garcilaso de la Vega y Álvaro Núñez de Castro son modelos de necia fe en agujeros, por lo que su final tendrá que ser desastroso. También en *El Conde Lucanor* el propio don Juan Manuel aparecerá tras el relato de Patronio: «Y entendió don Juan que esta historia era muy buena, por lo que la mandó escribir en este libro y añadió unos versos que dicen así». Además, Patronio elogia en la «Quinta parte» del citado libro a su señor por la obra que este hizo llamada *Libro de los Estados*. Por otra parte, al comienzo de la «Parte

segunda», el propio don Juan, por complacer a su amigo don Jaime de Jérica, anuncia una dicción más oscura y más sintética; pero pronto Patronio -comienzo de la «Quinta parte»- se rebela contra esta concesión y decide cambiar de estilo y tema.

Tal como sigue señalando M.^a Rosa Lida, otro de los rasgos del autor es su empeño por borrar toda huella o referencia a fuentes de las que nace el relato, para presentar su obra como fruto de su experiencia vivida y no de sus lecturas. Dice en el *Libro de la caza*: «Hizo escribir lo que él vio y oyó»; en el *Libro infnido* puede leerse que es fruto «de cosas que yo probé y vi». También debemos recordar cómo hace suya la materia y la anécdota de varios cuentos de diversos orígenes, que don Juan Manuel presenta como casos sucedidos en su círculo personal: «muchas veces me sucedió», «un amigo y pariente mío», etcétera.

Para acabar este apartado diremos que don Juan revela un aspecto fuertemente individualista en su lenguaje, del que elimina las huellas más perceptibles del latín que había estudiado, para poner de relieve la autonomía lingüística del castellano y de su fondo patrimonial; aunque a veces no pueda evitar ciertos recursos retóricos muy difundidos por las *artes dictaminis*, muy en uso en la época.

Don Juan Manuel y los dominicos

Tanto Alan Deyermond como M.^a Rosa Lida de Malkiel (ver bibliografía) insisten en la importancia que tuvo para la obra de don Juan Manuel la orden de los frailes predicadores.

Nacidos para educar al pueblo y combatir las herejías, mantuvo el autor de *El libro de los Estados* excelentes relaciones con ellos, tanto en el terreno personal como en el ideológico. Como gran señor que era, les brindó su apoyo y protección, encomendándoles la custodia de los famosos manuscritos originales. También levantó a sus expensas, en Peñafiel, un convento para la orden, en cuya iglesia quería ser enterrado. Recibió la amistad agradecida de importantes dominicos, a quienes dedicó incluso alguna obra suya.

Pero donde más nos interesa centrarnos es en el influjo ideológico que estos frailes predicadores pudieron ejercer en las ideas morales de don Juan Manuel. Defendían los dominicos la inexistencia de incompatibilidades entre el mantenimiento de la honra, el propio enriquecimiento dentro de la clase social y la salvación del alma. Aunque no llegaron nunca a proponer la supremacía del fin sobre los medios ilícitos para conseguir aquel, parece que don Juan Manuel sí pudo ver, en algunos sermonarios o en simples charlas con sus predicadores predilectos, cómo el fin bueno podía justificar la utilización de medios alevosos. Podría decirse que traicionó -consciente o inconscientemente- la base moral de una doctrina y trasgredió sus límites en beneficio de su estado y condición.

No obstante, casi al final de sus días, parece que resolvió el dilema entre moral cristiana y moral utilitaria en favor de la primera, llegando a mostrarse un celoso señor

preocupado por la armonía social de sus vasallos en Peñafiel y arrepentido también ante Dios por sus muchos «yerros e pecados que yo cometí».

La didáctica medieval

Buena parte de la obra de don Juan Manuel debe ser encuadrada dentro de un amplia y fructífera corriente de literatura didáctica, que está a caballo entre los siglos XIII y XIV, y por ello nos parece conveniente ofrecer algunas muestras destacadas de la tendencia literaria en que es preciso situar la obra del señor de Peñafiel. Don Juan Manuel siempre fue escritor didáctico, aunque los elementos puramente narrativos aparezcan con mayor intensidad en algunas obras, especialmente en el caso de *El Conde Lucanor*, que puede ser considerada su mejor obra.

En el período «prealfonsino», el castellano va sustituyendo al latín en las polémicas religiosas así como en las colecciones de apólogos y en las obras históricas. Los modelos árabes influirán ya directamente en los textos y versiones romances, aunque sea mediante intermediarios latinos. Por otra parte, la escuela de Traductores de Toledo, fundada por el arzobispo Ximénez de Rada, es el lazo de unión entre las tres culturas: hebrea, árabe y latino-cristiana, de cuya fusión ha de nacer el fondo didáctico de la mayoría de los tanteos en prosa castellana.

Es obligado mencionar una obra de mediados del XII o principios del XIII, la llamada *Diálogo o disputa del cristiano y el judío*, cuyo tema queda resumido ya en el título. Valbuena destaca de esta obra la debilidad de la argumentación teológica y el apasionamiento y la burla con que está tratada la posición hebrea.

De la época de Fernando III hay que destacar las *Flores de filosofía*, que muestra un evidente influjo senequista; el *Bonium*, que quizás refleje el influjo persa. Encontraremos en el *Libro de los buenos proverbios*, también llamado *Poridadades*, la utilización del elemento árabe. En todas estas obras podemos observar la transición del rey guerrero y casi analfabeto hacia la corte de los sabios, organizada en torno a la figura de un rey, que gusta de disputar y aprender de los sabios allí reunidos.

Alfonso X el Sabio mandó redactar hacia 1251 el *Calila e Dimna*, acomodando así la lengua castellana al tema de los cuentos y apólogos doctrinales. El *Calila*, que deriva de remotas fuentes indias, ya había sido vertido al árabe por Abdallá ben Almocaffa y sobre su trabajo se hizo la versión castellana. La obra tiene un fin moral, para mostrar el camino del bien y de la ciencia. El libro, mediante el recurso del diálogo entre un rey y un filósofo, engarza apólogos cuyos personajes son seres humanos o animales, con la finalidad de resolver dudas que el rey plantea a su sabio consejero.

Ya en la época de Sancho IV, rey de Castilla entre 1284-1295, contamos con una obra didáctica inspirada en la tradición mariana: *Los castigos e documentos*, que incluye muchos «enxiemplos» al lado de consejos y disquisiciones que parecen más propios en el ambiente de un monasterio que en el de la camarilla real. Aparte los motivos y temas

marianos y religiosos, se tratan otros más vulgares, tales como el diablo en forma de pícaro, el ladrón que por su arrepentimiento llegará a santo, así como los procedentes de fuentes clásicas -Valerio, Cicerón-, o árabes, como la prueba de los amigos, y las que proceden de inmediatas tradiciones orales, como la historia de Alfonso VIII y la judía de Toledo, que motivó el desastre de Alarcos, así como la de Ferrand Antolínez, sustituido por un ángel en el campo de batalla, por estar el caballero oyendo misa.

Como vemos, el diálogo entre un hombre sabio y un rey se va convirtiendo en la fórmula estructural del género didáctico, el procedimiento empleado para responder a las dudas o dar solución a los problemas manifestados: el relato corto de lo que sucedió a otra persona en semejantes circunstancias. Era el camino hacia las obras y la técnica de don Juan Manuel, usadas sobre todo en *El Conde Lucanor* o en el *Libro del Caballero y el Escudero*.

En esta orientación didáctica también parece «deudor» don Juan Manuel de Ramón Llull, en algunas de sus obras. Sólo una parte de la obra del místico y enciclopédico autor mallorquín podía ser captada por el noble castellano: aquella que hace referencia a su sentido didáctico y a la defensa del cristianismo. Se defiende sin lugar a dudas la clara filiación del *Libro del Caballero* respecto al *Llibre del ordre de cavalleria*, de Llull. Por otra parte, *El Libro de los Estados* manifiesta también el influjo luliano en relación con el *Blanquerna*. Las dos obras vienen a ser el cuadro general de la sociedad de la época en todos sus estados: eclesiástico y seglar.

A la vista de cuanto llevamos dicho no deberá pensarse en plagio, ni mucho menos, sino en las distintas y variadas fuentes de que se alimentó el genio creativo de don Juan Manuel, quien nunca quiso dejar constancia de los influjos recibidos, como ya señaló y analizó M.^a Rosa Lida de Malkiel.

La producción literaria de don Juan Manuel

Seguimos la distinción ya clásica entre sus obras mayores y menores.

El grupo de las segundas estaría formado por las siguientes: *Libro de los cantares o de las cantigas*, *De las reglas como se debe trobar*, *Libro de las armas*, *Libro de los engaños o máquinas de guerra*, *Crónica abreviada*. Sabemos de ellas por su inclusión en el «prólogo general» o en el que abre el *Libro del Conde Lucanor*, pero se encuentran todas ellas casi totalmente perdidas y sólo contamos con escasas referencias a su contenido, facilitadas por el título mismo o por alguna breve inclusión de un fragmento en otra obra suya. De este grupo se conservan y son conocidas, sin embargo, el *Libro de los castigos y consejos* y el *Libro de la caza*.

El *Libro de los castigos* o *Libro infinido*, que don Juan compuso para su hijo don Fernando, corresponde a la tradición didáctica ya vista en los *Castigos e documentos* de la época de Sancho IV, y es uno de sus últimos libros -puede ser fechado entre 1333 y 1334- ya que supone escritos el de los Estados y el *Libro del Conde Lucanor*, expresamente citados. Sus veintiséis capítulos comienzan con la misma fórmula

introdutoria («Fijo don Fernando») y en ellos don Juan Manuel trata de las cosas que aprovechan para la salvación del alma y la salud del cuerpo, de la educación de los jóvenes nobles y de las relaciones entre señores y reyes, así como de las existentes entre señores y vasallos.

El *Libro de la caza* nos da abundantes noticias venatorias de la época: cómo cazar halcones y azores, cómo cuidarlos y adiestrarlos, qué lugares son abundantes en caza, etc. Aunque se trata de un libro muy técnico, está presente la personalidad del autor, que se asoma al mismo con ciertos rasgos de humor.

Digamos también que se conserva un *Tractado en que se prueba por razón que Santa María está en cuerpo y alma en el paraíso*, dedicado al padre fray Ramón Maqueda, dominico.

El grupo de las obras mayores estará formado por el *Libro de los Estados*, *Libro del Caballero y del Escudero* y *Libro del Conde Lucanor*. El *Libro del Caballero y del Escudero*, redactado en 1326 según Giménez Soler, viene a ser una especie de enciclopedia de los conocimientos de su época sobre teología, filosofía y ciencias naturales, a la vez que una pintura interesante de las costumbres de aquella sociedad. Este es su hilo narrativo: un rey ha convocado unas cortes a las que acude un escudero joven y pobre que encuentra en su camino a un anciano caballero, ahora convertido en ermitaño. Este caballero instruye al escudero en las leyes de la caballería, al mismo tiempo que le explica por qué creó Dios los ángeles, el paraíso, el infierno, los planetas. En varias ocasiones el escudero sigue visitando e interrogando al caballero, que, al fin de las preguntas y respuestas, muere, y el escudero asiste entristecido a su entierro. En este libro la parte novelesca o narrativa es muy leve, ahogada como está por las consideraciones morales o didácticas.

El *Libro de los Estados*, que sería de 1327, aunque con retoques y adiciones posteriores ya que se recogen referencias a sucesos de 1330 y 1331, se abre bajo el signo del miedo a la muerte y se transforma al final en un canto a la fe católica, fuera de la cual no hay salvación posible. El joven Johás, hijo del rey pagano Morován, está siendo educado por su ayo Turpín, que debe evitarle todo contacto con los aspectos más desagradables de la existencia, especialmente la muerte. Pero un día el joven descubre la figura de un cadáver, rodeado de amigos y parientes que lloran por su pérdida. Ante las preguntas de Johás, su ayo Turpín se muestra incapaz de responder y pide el auxilio del cristiano Julio, que explica los misterios de su religión y la doctrina sobre cada uno de los estados sociales, acabando por convertir al cristianismo a los tres personajes.

El encuentro de Johás con el difunto es una versión cristiana de la leyenda de Buda, que ya había sido incorporada a la literatura de la Edad Media en el *Barlaam y Josafat*, aunque en este libro tres son los encuentros con figuras desagradables -un ciego, un leproso y un viejo lleno de achaques-, y se prescinde del hombre muerto.

Don Juan Manuel aprovecha este libro para dar sus opiniones sobre problemas fundamentales de la Edad Media: la guerra, el papado, las relaciones entre el poder temporal y el espiritual, la función de cada una de las clases sociales. De esta forma consigue analizar la mentalidad medieval, creando un marco del que no está ausente el recuerdo autobiográfico.

El Conde Lucanor

La obra más justamente famosa es el *Libro del Conde Lucanor*, formado por un conjunto de cincuenta y un cuentos de muy diversos orígenes. A las preguntas y dudas que tiene el Conde Lucanor, Patronio, su consejero, le responde con un relato adecuado a las circunstancias y del que se extrae una enseñanza que queda resumida en un pareado.

A pesar de este marco fijo, el libro es de una extraordinaria riqueza, tanto por los temas como por los personajes, así como por la variedad de ambientes y tonos del discurso, aunque la sintaxis sea poco cambiante y todavía domine la coordinación copulativa. La fertilidad del libro ha sido puesta de manifiesto repetidas veces, por ser motivo de inspiración algunos de sus relatos para creaciones posteriores.

Escrito *El Conde Lucanor* en 1335, trece años antes que el *Decamerón* de Boccaccio con cuya fama se le ha comparado muchas veces, hay que decir, sin embargo, que frente al vitalismo del italiano, cuya obra refleja un claro sentido materialista y pagano, siendo muy frecuentes los casos de amor carnal, el libro de don Juan Manuel es de un extraordinario pudor, pues siempre pasa como de puntillas sobre este tema. Ni siquiera en los cuentos donde los personajes centrales están casados se permitió el autor la más leve licencia para narrar aspectos eróticos o amorosos. Citemos algunos casos: la noche de bodas del mancebo que casó con mujer muy brava, la figura de doña Vascañana, el caso de la esposa de un vasallo del sultán Saladino, que defiende ingeniosamente su honra, o el de un filósofo anciano que hubo de adentrarse en la calle donde vivían las malas mujeres.

El Conde Lucanor se compone de dos prólogos y cinco partes, muy diferentes cada una de ellas. La primera parte, única que aquí publicamos en versión modernizada, está formada por un conjunto de cincuenta y un ejemplos, que tienen una visión globalizadora ya que pretenden ofrecer una doctrina válida para todas las circunstancias delicadas en que pueden hallarse sus lectores.

En la segunda parte, además de un razonamiento dirigido a don Jaime de Jérica, gran amigo suyo, cambia de estilo: abandona el relato y se centra exclusivamente en la enseñanza moral, utilizando para ello aforismos o sentencias. Con cierto sentido del humor advierte don Juan a sus lectores que, si ahora no entienden sus enseñanzas, será por culpa de don Jaime, que le pidió más oscuridad y concisión, o por falta de entendimiento en quienes lo leen. Declara su intención de seguir tratando temas que puedan convenir a los hombres para la salvación de sus almas, el provecho de sus cuerpos y la conservación de sus riquezas y dignidades.

La parte tercera, muy parecida a la anterior, contiene cincuenta proverbios, que, según declara don Juan Manuel, son más oscuros y difíciles de entender que los relatos de la primera parte, así como los casi cien proverbios de la segunda.

En la cuarta parte Patronio previene a su señor de la oscuridad con que seguirá tratando sus temas, cosa que hace por la mayor dificultad de la materia sobre la que versan, y le insta a seguirlo con suma atención.

En la quinta y última parte reaparece el moralista medieval preocupado por la salvación del alma. Estas son las condiciones que adelanta Patronio para lograrlo: presencia de la fe en la vida del hombre y actuación según su espíritu; no tener dudas sobre los artículos de la fe católica; la práctica de buenas obras con la intención de hacerse merecedor por ellas del cielo; no acometer malas acciones, que pueden llevar el alma del hombre al infierno.

A la vista del simple enunciado de los contenidos de cada una de las partes, creemos que no será necesario insistir en los motivos que nos han llevado desde el principio a publicar sólo la primera, teniendo en cuenta también al público lector a quien va destinada esta colección.

Estructura y marco de *El Conde Lucanor*

A pesar de que el *Libro del Conde Lucanor* carece de unidad temática, presenta una estructura que llama mucho la atención, aunque no representó novedad alguna en el panorama literario de su tiempo: los relatos insertados en un marco eran un procedimiento frecuente en la narrativa oriental, de la que don Juan Manuel no podía menos que ser deudor.

La primera parte, el conjunto de cincuenta y un «ejempla» o relatos, ofrece una serie de planos, interrelacionados con gran habilidad, que suministran unidad formal y una estructura mantenida a lo largo de todo el conjunto. Las historias sucesivas se presentan y engarzan de la siguiente manera: el Conde Lucanor pide consejo ante una situación vital; el consejero Patronio relata el cuento ejemplar; se formula una sentencia, que queda resumida en los versos finales. J. Romera Castillo estructura cada ejemplo en tres secuencias, que a su vez constan de tres funciones núcleo: ante una pregunta (deseo de saber) del Conde, Patronio contesta con un relato (prueba), del que se extrae una enseñanza, que, con la presencia de propio autor don Juan Manuel y una vez probada, pasa a ser resumida en unos versos que le dan validez general.

Los cuentos de esta primera parte tienen un marco con un valor exclusivamente funcional. Veamos los pasos: localización espacio-temporal («Otra vez hablaba el Conde Lucanor con Patronio»), que presenta muy pocas variantes; exposición del problema o asunto que preocupa al Conde («Un hombre se reunió conmigo; uno que parece mi amigo...»), también con pocas variantes, salvo en el problema que plantea a continuación; permiso solicitado por Patronio para poder ayudar a su señor a través del relato de una historia adecuada; narración de la historia, aventura o fábula; complacencia del Conde y agrado de don Juan Manuel, que manda incluirlo en su libro, con los dos versos finales (moraleja).

Los temas del libro

Aunque algunos temas del libro han quedado apuntados en nuestro preámbulo, conviene que volvamos de nuevo sobre esta cuestión.

Fácilmente se comprueba que las preocupaciones de que trata don Juan Manuel en toda su obra, y en concreto en *El Conde Lucanor*, están justificadas por su ideología personal y de clase, así como por el público al que se dirige. Por su visión del mundo y por sus ideas políticas, don Juan pertenece a una clase social en decadencia enfrentada a la nueva sociedad que va naciendo en España. En este siglo de crisis, nuestro autor parece querer superarla volviendo a los valores de la tradición caballeresca.

Don Juan, como cualquier moralista de la época, trata de los temas que podían preocupar entonces: la salvación del alma, el mantenimiento y acrecentamiento de la honra y el incremento de los bienes y de la riqueza. En el plano trascendente, el problema de la salvación está vinculado al propio estado social. Sobre este tema giran otros, como la predestinación, la amistad con Dios, la providencia, etc. En el plano sociopolítico, los temas se centran en la honradez del caballero: la fama, la amistad, la prudencia, la codicia, la adulación, etc. Sin embargo, como ya se vio antes, la posición de don Juan Manuel ante la vida no siempre se puede decir que se inspira en la moral más estricta: con muchísima frecuencia recomienda a sus lectores la cautela y el disimulo.

Podríamos concretar aún más estos temas, como hace el profesor Alfonso I. Sotelo. Sería así: aspiraciones y problemas espirituales (la salvación); aspiraciones materiales, políticas y sociales (la guerra, la paz, el enriquecimiento); el comportamiento humano (la mentira, el engaño, la verdadera amistad, la soberbia). Pero conviene también decir que estos últimos temas son planteados no con una perspectiva satírica sino moral, y desde su peculiar -a veces- concepto de la moralidad.

La intención didáctica

En toda la obra de don Juan Manuel predomina el elemento didáctico-moral sobre cualquier otro aspecto. Su didactismo, como ya hemos visto, se inspira en la religión cristiana y en los conceptos tradicionales de la Edad Media. Don Juan Manuel justifica así el carácter aparentemente divertido de *El Conde Lucanor* para corroborar su afán didáctico: «Hice como los médicos, que cuando quieren curar el hígado, que gusta mucho del azúcar, preparan medicamentos muy dulces, para que, al atraer para sí el azúcar, reciba también la medicina que lo sanará». Así pues, los entretenidos ejemplos o cuentos no están al servicio de sí mismos, ni del solo entretenimiento del lector, sino que aparecen para que este vaya extrayendo las oportunas enseñanzas morales.

En aquella época, cuando un escritor épico (el juglar) era un ser de muy poco relieve social, don Juan Manuel se vio obligado a marcar las distancias que lo separaban

tanto de clérigos (mester de clerecía), como de juglares o hacedores de títeres. Por una parte, recuerda su ascendencia: «No hay hombre en España de más ilustre linaje que vos», dice a su hijo en el *Libro de los castigos*; y por otra parte, indica expresamente en el Prólogo que ha hecho el libro «para que los hombres que lo leyesen saquen de él provechosas lecciones que redunden en beneficio de su alma y hacienda». Podrá el lector distraerse con los cuentos, pero sin olvidar nunca su fin moral.

Como sugiere J. L. Alborg, quizás en el fondo no hubo en don Juan Manuel más que el gusto por la obra bien hecha, esto es, el gusto por la belleza literaria, aunque en su siglo se viera obligado a hacer concesiones y tuviera que enmascarar todos sus anhelos bajo la lección moralista. Por eso se vería obligado a darse una explicación a sí mismo, dándosela también a los demás, para poder escribir sin inspirar ni sentir desdén o desprecio por su obra, fruto de una actividad tan poco frecuente en su clase social.

Fuentes, autobiografismo y originalidad

Las fuentes de *El Conde Lucanor* han sido cuidadosamente estudiadas por varios críticos, sobre todo por Deyermond, M.^a Rosa Lida y Diego Marín.

Si el primero señaló la huella de la doctrina de los dominicos en la orientación moralista de numerosos cuentos, tanto M.^a Rosa Lida como Diego Marín insisten en la procedencia árabe de otros relatos, que no existían ni en latín ni en romance. Concretan esta influencia a una decena, aproximadamente, y serían los cuentos XX, XXI, XXIV, XXX, XXXII, XXXV, XLI, XLVI, XLVII, así como el número XXV, que toma como figura principal al sultán Saladino.

La presencia árabe en *El Conde Lucanor* es fácilmente explicable, no sólo por la existencia de los reinos arábigos en la Península, sino también por el mayor florecimiento de la cultura musulmana, así como por la tradición didáctico-moral en que se inserta la obra de don Juan Manuel y que cuenta con abundantes precedentes árabes.

A este mismo influjo es achacable, según D. Marín, el gusto por el elemento personal y autobiográfico en el libro. Como cualquier otro autor, don Juan Manuel plantea en el libro los temas que le preocupan, sin que ello signifique propiciar una lectura que nos haga pensar en la veracidad de sus afirmaciones. Si con reiteración nos dice: «me ocurrió que», «un hombre vino a mí», etc., ello no es más que una identificación psicológica del autor con sus personajes y, en especial, con el Conde Lucanor.

Conexa con el problema de las fuentes literarias de sus relatos queda la cuestión de su originalidad. Son muchos los críticos que equiparan a don Juan Manuel con Chaucer en Inglaterra (*Los cuentos de Canterbury*) o con el mismo Bocaccio, aunque matizando los mayores logros del italiano, sobre todo por la continua utilización del estilo directo, mientras que don Juan Manuel propende más al indirecto, y de ahí sus constantes «dijo que», «le replicó que...», etc. Donde la originalidad del autor del *Libro de los estados* es incuestionable es en el sobrio sentido de la forma estructural y del desarrollo

psicológico de sus personajes, que se van haciendo a medida que avanza el relato. El mancebo que se casó con una muchacha de muy mal carácter no es un personaje plano, ni las acciones por las que intenta mandar en su casa aparecen desordenadamente, sino organizando un clímax cuya cumbre será la muerte y el descuartizamiento de su único caballo. Tras esta incalculable pérdida, la esposa no tendrá más remedio que obedecer a su marido, y lo hará con miedo, como puede verse también en la simpática escena que ocurre al día siguiente.

Digamos, para terminar este apartado, que don Juan Manuel transforma los esquemáticos cuentos de sus ejemplarios en verdaderas novelas cortas, porque sabe variar la construcción, insistir en los detalles y situaciones que sirven a su propósito, graduar los elementos de la intriga y actualizar la atmósfera ambiental del relato, introduciendo en ella observaciones de la realidad contemporánea y humanizando a los personajes (piénsese en la airada y orgullosa respuesta que dio el rey desnudo a sus esclavos negros y en la crudeza de estos, que no tuvieron empacho en proclamar la dificultad que ellos tenían para saber quién podía ser su padre).

Lenguaje y estilo

Recordemos en este punto unas palabras de don Juan Manuel que manifiestan su preocupación por el estilo, cuestión a la que no podía ser ajeno, como escritor que se sentía responsable único de su obra. Dice en el *Libro del Caballero y del Escudero*: «Todas las razones que en él se contienen están construidas con muy buenas palabras y por las mejores expresiones que yo nunca pude leer en un libro escrito en romance». Principio estilístico sobre el que vuelve en *El Conde Lucanor*: «Hice este libro con las palabras más elegantes que pude encontrar».

Espíritu de selección que no estará reñido con el deseo de brevedad concisa, como manifiesta también en el *Libro de los estados*: «...y escribiendo elegantemente la idea que quiere desarrollar, la construye con las menos palabras que puede».

Si para Alfonso X la lengua tenía un valor esencialmente instrumental (Alfonso I. Sotelo), en su sobrino don Juan Manuel la lengua se hace arte y quiere someter su romance castellano a una norma estilística. Su ideal sería la selección, la claridad y la concisión, como correspondía al fin didáctico de su obra.

Dice Giménez Soler sobre la calidad de la prosa de don Juan Manuel: «La prosa castellana sale de la pluma de don Juan Manuel remozada y renovada; ya no es la del tiempo de su tío Alfonso el Sabio, y aunque no llega a ser la del Siglo de Oro, está en el punto medio de las dos y tal vez más próxima a la segunda que a la primera. La variedad de asuntos que trató le obligaron a usar un abundantísimo vocabulario [...]. Don Juan [...] aprendió, sin embargo, el castellano de boca de gentes ignorantes, pero que conocían los nombres de las cosas, que formaban si era preciso neologismos, que hallaban siempre la frase adecuada, y don Juan no desdeñó ese hablar y lo usó, pero comunicándole la nobleza de su estilo. Todos sus libros presentan ese carácter y tienen ese mérito de haber legado a la posteridad el habla de Castilla tal como era en su tiempo

y tal como aún es, en cuanto al vocabulario, en muchas partes de ese reino y fuera de él...» (*Op. cit.*)

Los versos finales

Cada ejemplo o relato acaba con la inclusión de un pareado final que condensa toda la enseñanza del cuento. Esta técnica era muy frecuente en las colecciones de «exempla» de la época, pudiendo decirse que casi era norma obligada; sin embargo, en el caso de *El Conde Lucanor* los versos finales no son sólo el remate retórico, sino que suponen la aparición de un nuevo plano autobiográfico. Si los versos están en el libro es porque don Juan siguió los consejos contenidos en el cuento de Patronio: «Y viendo don Juan que este cuento era bueno, lo mandó poner en el libro e hizo estos versos que resumen toda su enseñanza y que dicen así». Del plano narrativo-ficticio -el Conde Lucanor y Patronio- se pasa al plano real -el problema o la preocupación de don Juan Manuel-, que el autor presenta, en virtud también de los versos, con una dimensión generalizadora: no sólo le valieron a él, sino que deben ser una guía para cuantos lectores tenga su libro.

A juzgar por la calidad de estos pareados, no parece que don Juan fuese una personalidad muy dotada para la poesía, pues se trata de versos muy duros, sin ningún atisbo de lenguaje lírico o construcción poética. Debemos contentarnos con un excelente prosista y no buscar en el autor de *El Conde Lucanor* al poeta que no pudo o no quiso ser.

Nuestra edición

De la obra *El Conde Lucanor* se conservan cinco códices: uno en la Academia de la Historia, tres en la Biblioteca Nacional de Madrid -uno de ellos, el más completo, y utilizado preferentemente, perteneció a Gayangos- y otro que fue de los Condes de Puñonrostro. Fue el libro conocido en el Siglo de Oro, editándolo Argote de Molina en 1575, Sevilla.

Nuestra versión, con el texto en castellano moderno, que pretende poner al alcance de los lectores no especialistas esta obra tan importante de la literatura medieval, se ha hecho siguiendo el texto del manuscrito S (número 6367, de la Biblioteca Nacional), tal como ha sido publicado por Alfonso I. Sotelo en Ediciones Cátedra, colección Letras Hispánicas, con las enmiendas y mejoras que el autor reconoce haber incluido y sin apenas aditamentos por nuestra parte.

Hemos respetado la distribución de los párrafos, aunque en algunos casos el sentido exigiría la fusión de dos o tres en uno solo, para reforzar la significación unitaria de ese momento narrativo.

Hemos mantenido las citas textuales en árabe que aparecen en tres de los relatos (XXX, XLI, XLVIII), tal como las transcribe el profesor Alfonso I. Sotelo en la edición que hemos manejado. A continuación aparece la correspondiente traducción castellana, como ocurre en el propio escrito original de don Juan Manuel.

Bibliografía esencial

- ALBORG, J. L.: *Historia de la Literatura Española*, I. Gredos. Madrid, 1966.
- DEVOTO, D.: *Textos y contextos: estudios sobre la tradición*. Gredos. Madrid, 1974.
- DEYERMOND, A.: *Estudio preliminar al Libro del Conde Lucanor*. Alhambra. Madrid, 1985.
- GIMÉNEZ SOLER, A.: *Don Juan Manuel: biografía y estudio crítico*. Academia Española. Zaragoza, 1932.
- GIMENO CASALDUERO, J.: *La creación literaria de la Edad Media y del Renacimiento: su forma y su significado*. Porrúa Turanzas. Madrid, 1977.
- LIDA DE MALKIEL, M.^a R.: *Estudios de literatura española y comparada*. Eudeba. Buenos Aires, 1966.
- SOTELO, A. I.: *El Conde Lucanor, estudio previo*. Cátedra. Madrid, 1985.
- VALBUENA PRAT, Á.: *Historia de la Literatura Española*, I. Gustavo Gili. Barcelona, 1964.

Selección
de Cuentos
de
El Conde Lucanor

Prólogo

En el nombre de Dios: amén. Entre las muchas cosas extrañas y maravillosas que hizo Dios Nuestro Señor, hay una que llama más la atención, como lo es el hecho de que, existiendo tantas personas en el mundo, ninguna sea idéntica a otra en los rasgos de la cara, a pesar de que todos tengamos en ella los mismos elementos. Si las caras, que son tan pequeñas, muestran tantísima variedad, no será extraño que haya grandes diferencias en las voluntades e inclinaciones de los hombres. Por eso veréis que ningún hombre se parece a otro ni en la voluntad ni en sus inclinaciones, y así quiero poner algunos ejemplos para que lo podáis entender mejor.

Todos los que aman y quieren servir a Dios, aunque desean lo mismo, cada uno lo sirve de una manera distinta, pues unos lo hacen de un modo y otros de otro modo. Igualmente, todos los que están al servicio de un señor le sirven, aunque de formas distintas. Del mismo modo ocurre con quienes se dedican a la agricultura, a la ganadería, a la caza o a otros oficios, que, aunque todos trabajan en lo mismo, cada uno tiene una idea distinta de su ocupación, y así actúan de forma muy diversa. Con este ejemplo, y con otros que no es necesario enumerar, bien podéis comprender que, aunque todos los hombres sean hombres, y por ello tienen inclinaciones y voluntad, se parezcan tan poco en la cara como se parecen en su intención y voluntad. Sin embargo, se parecen en que a todos les gusta aprender aquellas cosas que les resultan más agradables. Como cada persona aprende mejor lo que más le gusta, si alguien quiere enseñar a otro debe hacerlo poniendo los medios más agradables para enseñarle; por eso es fácil comprobar que a muchos hombres les resulta difícil comprender las ideas más profundas, pues no las entienden ni sienten placer con la lectura de los libros que las exponen, ni tampoco pueden penetrar su sentido. Al no entenderlas, no sienten placer con ciertos libros que podrían enseñarles lo que más les conviene.

Por eso yo, don Juan, hijo del infante don Manuel, adelantado mayor del Reino de Murcia, escribí este libro con las más bellas palabras que encontré, entre las cuales puse algunos cuentecillos con que enseñar a quienes los oyeren. Hice así, al modo de los médicos que, cuando quieren preparar una medicina para el hígado, como al hígado agrada lo dulce, ponen en la medicina un poco de azúcar o miel, u otra cosa que resulte dulce, pues por -31- el gusto que siente el hígado a lo dulce, lo atrae para sí, y con ello a la medicina que tanto le beneficiará. Lo mismo hacen con cualquier miembro u órgano que necesite una medicina, que siempre la mezclan con alguna cosa que resulte agradable a aquel órgano, para que se aproveche bien de ella. Siguiendo este ejemplo, haré este libro, que resultará útil para quienes lo lean, si por su voluntad encuentran agradables las enseñanzas que en él se contienen; pero incluso los que no lo entiendan bien, no podrán evitar que sus historias y agradable estilo los lleven a leer las enseñanzas que tiene entremezclados, por lo que, aunque no lo deseen, sacarán provecho de ellas, al igual que el hígado y los demás órganos se benefician y mejoran con las medicinas en las que se ponen agradables sustancias. Dios, que es perfecto y fuente de toda perfección, quiera, por su bondad y misericordia, que todos los que lean este libro saquen el provecho debido de su lectura, para mayor gloria de Dios, salvación de su alma y provecho para su cuerpo, como Él sabe muy bien que yo, don Juan, pretendo. Quienes encuentren en el libro alguna incorrección, que no la imputen a mi

voluntad, sino a mi falta de entendimiento; sin embargo, cuando encuentren algún ejemplo provechoso y bien escrito, deberán agradecerlo a Dios, pues Él es por quien todo lo perfecto y hermoso se dice y se hace.

Terminado ya el prólogo, comenzaré la materia del libro, imaginando las conversaciones entre un gran señor, el Conde Lucanor y su consejero, llamado Patronio.

Cuento II

Lo que sucedió a un hombre bueno con su hijo

Otra vez, hablando el Conde Lucanor con Patronio, su consejero, le dijo que estaba muy preocupado por algo que quería hacer, pues, si acaso lo hiciera, muchas personas encontrarían motivo para criticárselo; pero, si dejara de hacerlo, creía él mismo que también se lo podrían censurar con razón. Contó a Patronio de qué se trataba y le rogó que le aconsejase en este asunto.

-Señor Conde Lucanor -dijo Patronio-, ciertamente sé que encontraréis a muchos que podrían aconsejaros mejor que yo y, como Dios os hizo de buen entendimiento, mi consejo no os hará mucha falta; pero, como me lo habéis pedido, os diré lo que pienso de este asunto. Señor Conde Lucanor -continuó Patronio-, me gustaría mucho que pensarais en la historia de lo que ocurrió a un hombre bueno con su hijo.

El conde le pidió que le contase lo que les había pasado, y así dijo Patronio:

-Señor, sucedió que un buen hombre tenía un hijo que, aunque de pocos años, era de muy fino entendimiento. Cada vez que el padre quería hacer alguna cosa, el hijo le señalaba todos sus inconvenientes y, como hay pocas cosas que no los tengan, de esta manera le impedía llevar acabo algunos proyectos que eran buenos para su hacienda. Vos, señor conde, habéis de saber que, cuanto más agudo entendimiento tienen los jóvenes, más inclinados están a confundirse en sus negocios, pues saben cómo comenzarlos, pero no saben cómo los han de terminar, y así se equivocan con gran daño para ellos, si no hay quien los guíe. Pues bien, aquel mozo, por la sutileza de entendimiento y, al mismo tiempo, por su poca experiencia, abrumaba a su padre en muchas cosas de las que hacía. Y cuando el padre hubo soportado largo tiempo este género de vida con su hijo, que le molestaba constantemente con sus observaciones, acordó actuar como os contaré para evitar más perjuicios a su hacienda, por las cosas que no podía hacer y, sobre todo, para aconsejar y mostrar a su hijo cómo debía obrar en futuras empresas.

»Este buen hombre y su hijo eran labradores y vivían cerca de una villa. Un día de mercado dijo el padre que irían los dos allí para comprar algunas cosas que necesitaban, y acordaron llevar una bestia para traer la carga. Y camino del mercado, yendo los dos a pie y la bestia sin carga alguna, se encontraron con unos hombres que ya volvían. Cuando, después de los saludos habituales, se separaron unos de otros, los que volvían empezaron a decir entre ellos que no les parecían muy juiciosos ni el padre ni el hijo, pues los dos caminaban a pie mientras la bestia iba sin peso alguno. El buen hombre, al oírlo, preguntó a su hijo qué le parecía lo que habían dicho aquellos hombres, contestándole el hijo que era verdad, porque, al ir el animal sin carga, no era muy sensato que ellos dos fueran a pie. Entonces el padre mandó a su hijo que subiese en la cabalgadura.

»Así continuaron su camino hasta que se encontraron con otros hombres, los cuales, cuando se hubieron alejado un poco, empezaron a comentar la equivocación del padre, que, siendo anciano y viejo, iba a pie, mientras el mozo, que podría caminar sin fatigarse, iba a lomos del animal. De nuevo preguntó el buen hombre a su hijo qué pensaba sobre lo que habían dicho, y este le contestó que parecían tener razón. Entonces el padre mandó a su hijo bajar de la bestia y se acomodó él sobre el animal.

»Al poco rato se encontraron con otros que criticaron la dureza del padre, pues él, que estaba acostumbrado a los más duros trabajos, iba cabalgando, mientras que el joven, que aún no estaba acostumbrado a las fatigas, iba a pie. Entonces preguntó aquel buen hombre a su hijo qué le parecía lo que decían estos otros, replicándole el hijo que, en su opinión, decían la verdad. Inmediatamente el padre mandó a su hijo subir con él en la cabalgadura para que ninguno caminase a pie.

»Y yendo así los dos, se encontraron con otros hombres, que comenzaron a decir que la bestia que montaban era tan flaca y tan débil que apenas podía soportar su peso, y que estaba muy mal que los dos fueran montados en ella. El buen hombre preguntó otra vez a su hijo qué le parecía lo que habían dicho aquellos, contestándole el joven que, a su juicio, decían la verdad. Entonces el padre se dirigió al hijo con estas palabras:

»-Hijo mío, como recordarás, cuando salimos de nuestra casa, íbamos los dos a pie y la bestia sin carga, y tú decías que te parecía bien hacer así el camino. Pero después nos encontramos con unos hombres que nos dijeron que aquello no tenía sentido, y te mandé subir al animal, mientras que yo iba a pie. Y tú dijiste que eso sí estaba bien. Después encontramos otro grupo de personas, que dijeron que esto último no estaba bien, y por ello te mandé bajar y yo subí, y tú también pensaste que esto era lo mejor. Como nos encontramos con otros que dijeron que aquello estaba mal, yo te mandé subir conmigo en la bestia, y a ti te pareció que era mejor ir los dos montados. Pero ahora estos últimos dicen que no está bien que los dos vayamos montados en esta única bestia, y a ti también te parece verdad lo que dicen. Y como todo ha sucedido así, quiero que me digas cómo podemos hacerlo para no ser criticados de las gentes: pues íbamos los dos a pie, y nos criticaron; luego también nos criticaron, cuando tú ibas a caballo y yo a pie; volvieron a censurarnos por ir yo a caballo y tú a pie, y ahora que vamos los dos montados también nos lo critican. He hecho todo esto para enseñarte cómo llevar en adelante tus asuntos, pues alguna de aquellas monturas teníamos que hacer y, habiendo hecho todas, siempre nos han criticado. Por eso debes estar seguro de que nunca harás algo que todos aprueben, pues si haces alguna cosa buena, los malos y quienes no saquen provecho de ella te criticarán; por el contrario, si es mala, los buenos, que aman el bien, no podrán aprobar ni dar por buena esa mala acción. Por eso, si quieres hacer lo mejor y más conveniente, haz lo que creas que más te beneficia y no dejes de hacerlo por temor al qué dirán, a menos que sea algo malo, pues es cierto que la mayoría de las veces la gente habla de las cosas a su antojo, sin pararse a pensar en lo más conveniente.

»Y a vos, Conde Lucanor, pues me pedís consejo para eso que deseáis hacer, temiendo que os critiquen por ello y que igualmente os critiquen si no lo hacéis, yo os recomiendo que, antes de comenzar, miréis el daño o provecho que os puede causar, que no os confiéis sólo a vuestro juicio y que no os dejéis engañar por la fuerza de vuestro deseo, sino que os dejéis aconsejar por quienes sean inteligentes, leales y capaces de guardar un secreto. Pero, si no encontráis tal consejero, no debéis precipitaros nunca en lo que hayáis de hacer y dejad que pasen al menos un día y una

noche, si son cosas que pueden posponerse. Si seguís estas recomendaciones en todos vuestros asuntos y después los encontráis útiles y provechosos para vos, os aconsejo que nunca dejéis de hacerlos por miedo a las críticas de la gente.

El consejo de Patronio le pareció bueno al conde, que obró según él y le fue muy provechoso.

Y, cuando don Juan escuchó esta historia, la mandó poner en este libro e hizo estos versos que dicen así y que encierran toda la moraleja:

*Por críticas de gentes, mientras que no hagáis mal,
buscad vuestro provecho y no os dejéis llevar.*

Cuento III

Lo que sucedió al rey Ricardo de Inglaterra cuando saltó al mar para luchar contra los moros

Un día se retiró el Conde Lucanor con Patronio, su consejero, y le dijo así:

-Patronio, yo confío mucho en vuestro buen juicio y sé que, en lo que vos no sepáis o no podáis aconsejarme, no habrá nadie en el mundo que pueda hacerlo; por eso os ruego que me aconsejéis como mejor sepáis en los que ahora os diré. Bien sabéis que yo ya no soy muy joven y que, desde que nací hasta ahora, me crié y viví siempre envuelto en guerras, unas veces contra moros, otras con los cristianos y las más fueron contra los reyes, mis señores, o contra mis vecinos. En mis luchas con mis hermanos cristianos, aunque yo intenté que nunca se iniciara la guerra por mi culpa, fue inevitable que muchos inocentes recibieran gran daño. Apesadumbrado por esto y por otros pecados que he cometido contra Dios Nuestro Señor, y también porque veo que nada ni nadie en este mundo puede asegurarme que hoy mismo no haya de morir; seguro de que por mi edad no viviré mucho más y sabiendo que deberé comparecer ante Dios, que es juez que no se deja engañar por las palabras sino que juzga a cada uno por sus buenas o malas obras; y en la certeza de que, si Dios halla en mí pecados por los que deba sufrir castigo eterno, no podrá evitar los males y dolores del Infierno, donde ningún bien de este mundo podrá aliviar mis penas y donde sufriré eternamente; sabiendo en cambio que, si Dios se mostrase clemente y me señalara como uno de los suyos en el Paraíso, no habría placer o dicha en este mundo que pudiera igualársele. Y como Cielo o Infierno no se merecen sino por las obras, os pido que, de acuerdo con mi estado y dignidad, me aconsejéis la mejor manera de hacer penitencia por mis culpas y conseguir la gracia ante Dios.

-Señor Conde Lucanor -dijo Patronio-, mucho me agradan vuestras razones, y sobre todo porque me habéis dicho que os aconseje según vuestro estado, porque si me lo hubierais pedido de otra forma pensaría que lo hacíais por probarme, como sucedió en la historia que os conté otro día de aquel rey con su privado. Y me agrada mucho que queráis hacer penitencia de vuestras faltas, según vuestro estado y dignidad, pues tened por cierto que si vos, señor Conde Lucanor, quisierais dejar vuestro estado y entrar en religión o hacer vida retirada, no podríais evitar que os sucediera una de estas dos cosas: la primera, que seríais muy mal juzgado por las gentes, pues todos dirían que lo hacíais por pobreza de espíritu y porque no os gustaba vivir entre los buenos; la segunda, que os sería muy difícil sufrir las asperezas y sacrificios de la vida conventual, y si después tuvieseis que abandonarla o vivirla sin guardar la regla como se debe, os causaríais gran daño para el alma y mucha vergüenza y pérdida de vuestra buena fama. Como tenéis muy buenos propósitos, me gustaría contaros lo que Dios reveló a un ermitaño de santa vida sobre lo que habría de sucederle a él mismo y al rey Ricardo de Inglaterra.

El conde le rogó que le dijese lo ocurrido.

-Señor Conde Lucanor -dijo Patronio-, un ermitaño llevaba muy santa vida, hacía mucho bien y muchas penitencias para lograr la gracia de Dios. Y por ello, Nuestro Señor fue con él misericordioso y le prometió que entraría en el reino de los cielos. El ermitaño agradeció mucho esta revelación divina y, como estaba ya seguro de salvarse, rogó a Dios que le indicara quién sería su compañero en el Paraíso. Y aunque Nuestro Señor le dijo por medio de un ángel que no preguntara tal cosa, tanto insistió el ermitaño que Dios Nuestro Señor accedió a darle una respuesta y, así, le hizo saber por un ángel que el rey de Inglaterra y él estarían juntos en el Paraíso.

»Tal respuesta no agradó mucho al ermitaño, pues conocía muy bien al rey y sabía que siempre andaba en guerras y que había matado, robado y desheredado a muchos, y había llevado una vida muy opuesta a la suya, que le parecía muy alejada del camino de la salvación. Por todo esto estaba el ermitaño muy disgustado.

»Cuando Dios Nuestro Señor lo vio así, le mandó decir con el ángel que no se quejara ni se sorprendiera de lo que le había dicho, y que debía estar seguro de que más honra y más galardón merecía ante Dios el rey Ricardo con un solo salto que él con todas sus buenas obras. El ermitaño se quedó muy sorprendido y le preguntó al ángel cómo podía ser así.

»El ángel le contó que los reyes de Francia, Inglaterra y Navarra habían pasado a Tierra Santa. Y cuando llegaron al puerto, estando todos armados para emprender la conquista, vieron en las riberas tal cantidad de moros que dudaron de poder desembarcar. Entonces el rey de Francia pidió al rey de Inglaterra que viniese a su nave para decidir los dos lo que habrían de hacer. El rey de Inglaterra, que estaba a caballo, cuando esto oyó al mensajero, le contestó que dijese a su rey que como, por desgracia, él había agraviado y ofendido a Dios muchas veces y siempre le había pedido ocasión para desagraciarle y pedirle perdón, veía que, gracias a Dios, había llegado el día que tanto esperaba, pues si allí muriese, como había hecho penitencia antes de abandonar su tierra y estaba muy arrepentido, era seguro que Dios tendría misericordia de su alma, y si los moros fuesen vencidos sería para honra de Dios y ellos, como cristianos, podrían sentirse muy dichosos.

»Cuando hubo dicho esto, encomendó su cuerpo y su alma a Dios, pidió que le ayudase y, haciendo la señal de la cruz, mandó a sus soldados que le siguieran. Luego picó con las espuelas a su caballo y saltó al mar, hacia la orilla donde estaban los moros. Aunque muy cerca del puerto, el mar era bastante profundo, por lo que el rey y su caballo quedaron cubiertos por las aguas y no parecían tener salvación; pero Dios, como es omnipotente y muy piadoso, acordándose de lo que dicen los evangelios (que Él no busca la muerte del pecador sino que se arrepienta y viva), ayudó en aquel peligro al rey de Inglaterra, evitó su muerte carnal, le otorgó la vida eterna y le salvó de morir ahogado. El rey, después, se lanzó contra los moros.

»Cuando los ingleses vieron a su rey entrar en combate, saltaron todos al mar para ayudarle y se lanzaron contra los enemigos. Al ver esto los franceses, pensaron que sería una afrenta para ellos no entrar en combate y, como no son gente que soporte los agravios, saltaron todos al mar y lucharon contra los moros. Cuando estos les vieron iniciar su ataque, sin miedo a morir y con ánimo tan gallardo, rehusaron enfrentarse a

ellos, abandonando el puerto y huyendo en desbandada. Al llegar a tierra, los cristianos mataron a cuantos pudieron alcanzar y consiguieron la victoria, prestando gran servicio a la causa del Señor. Tan gran victoria se inició con el salto que dio en el mar el rey de Inglaterra.

»Al oír esto el ermitaño, quedó muy contento y comprendió que Dios le concedía un gran honor al ponerle como compañero en el Paraíso a un hombre que le había servido de esta manera y que había ensalzado la fe católica.

»Y vos, señor Conde Lucanor, si queréis servir a Dios y hacer penitencia de vuestras culpas, reparad el daño que hayáis podido hacer, antes de partir de vuestra tierra. Haced penitencia por vuestros pecados y no hagáis caso a las galas del mundo, que es todo vanidad, ni creáis a quienes os digan que debéis preocuparos por vuestra honra, pues así llaman a mantener muchos criados, sin mirar si tienen para alimentarlos y sin pensar cómo acabaron o cuántos quedaron de quienes sólo se preocupaban por este tipo de vanagloria. Vos, señor Conde Lucanor, porque queréis servir a Dios y hacer penitencia de vuestras culpas, no sigáis ese camino vacío y lleno de vanidades. Mas, pues Dios os entregó tierras donde podáis servirle luchando contra los moros, por mar y por tierra, haced cuanto podáis para asegurar lo que tenéis. Y dejando en paz vuestros señoríos y habiendo pedido perdón por vuestras culpas, para hacer cumplida penitencia y para que todos bendigan vuestras buenas obras, podréis abandonar todo lo demás, estando siempre al servicio de Dios y terminar así vuestra vida.

»Esta es, en mi opinión, la mejor manera de salvar vuestra alma, de acuerdo con vuestro estado y dignidad. Y también debéis creer que por servir a Dios de este modo no moriréis antes, ni viviréis más si os quedáis en vuestras tierras. Y si murierais sirviendo a Dios, viviendo como os he dicho, seréis contado entre los mártires y bienaventurados; pues, aunque no muráis en combate, la buena voluntad y las buenas obras os harán mártir, y los que os quieran criticar no podrán hacerlo pues todos verán que no abandonáis la caballería, sino que deseáis ser caballero de Dios y dejáis de ser caballero del Diablo y de las vanidades del mundo, que son precederas.

»Ya, señor conde, os he aconsejado, como me pedisteis, para que podáis salvar vuestra alma, permaneciendo en vuestro estado. Y así imitaréis al rey Ricardo de Inglaterra cuando saltó al mar para comenzar tan gloriosa acción.

Al conde le gustó mucho el consejo que le dio Patronio y le pidió a Dios que le ayudara para ponerlo en práctica, como su consejero le decía y él deseaba.

Y viendo don Juan que este era un cuento ejemplar, lo mandó poner en este libro y compuso estos versos que lo resumen. Los versos dicen así:

*Quien se sienta caballero
debe imitar este salto,
no encerrado en monasterio
tras de los muros más altos.*

Cuento V

Lo que sucedió a una zorra con un cuervo que tenía un pedazo de queso en el pico

Hablando otro día el Conde Lucanor con Patronio, su consejero, le dijo:

-Patronio, un hombre que se llama mi amigo comenzó a alabarme y me dio a entender que yo tenía mucho poder y muy buenas cualidades. Después de tantos halagos me propuso un negocio, que a primera vista me pareció muy provechoso.

Entonces el conde contó a Patronio el trato que su amigo le proponía y, aunque parecía efectivamente de mucho interés, Patronio descubrió que pretendían engañar al conde con hermosas palabras. Por eso le dijo:

-Señor Conde Lucanor, debéis saber que ese hombre os quiere engañar y así os dice que vuestro poder y vuestro estado son mayores de lo que en realidad son. Por eso, para que evitéis ese engaño que os prepara, me gustaría que supierais lo que sucedió a un cuervo con una zorra.

Y el conde le preguntó lo ocurrido.

-Señor Conde Lucanor -dijo Patronio-, el cuervo encontró una vez un gran pedazo de queso y se subió a un árbol para comérselo con tranquilidad, sin que nadie le molestara. Estando así el cuervo, acertó a pasar la zorra debajo del árbol y, cuando vio el queso, empezó a urdir la forma de quitárselo. Con ese fin le dijo:

»-Don Cuervo, desde hace mucho tiempo he oído hablar de vos, de vuestra nobleza y de vuestra gallardía, pero aunque os he buscado por todas partes, ni Dios ni mi suerte me han permitido encontraros antes. Ahora que os veo, pienso que sois muy superior a lo que me decían. Y para que veáis que no trato de lisonjearos, no sólo os diré vuestras buenas prendas, sino también los defectos que os atribuyen. Todos dicen que, como el color de vuestras plumas, ojos, patas y garras es negro, y como el negro no es tan bonito como otros colores, el ser vos tan negro os hace muy feo, sin darse cuenta de su error pues, aunque vuestras plumas son negras, tienen un tono azulado, como las del pavo real, que es la más bella de las aves. Y pues vuestros ojos son para ver, como el negro hace ver mejor, los ojos negros son los mejores y por ello todos alaban los ojos de la gacela, que los tiene más oscuros que ningún animal. Además, vuestro pico y vuestras uñas son más fuertes que los de ninguna otra ave de vuestro tamaño. También quiero deciros que voláis con tal ligereza que podéis ir contra el viento, aunque sea muy fuerte, cosa que otras muchas aves no pueden hacer tan fácilmente como vos. Y así creo que, como Dios todo lo hace bien, no habrá consentido que vos, tan perfecto en todo, no pudieseis cantar mejor que el resto de las aves, y porque Dios me ha otorgado la dicha

de veros y he podido comprobar que sois más bello de lo que dicen, me sentiría muy dichosa de oír vuestro canto.

»Señor Conde Lucanor, pensad que, aunque la intención de la zorra era engañar al cuervo, siempre le dijo verdades a medias y, así, estad seguro de que una verdad engañosa producirá los peores males y perjuicios.

»Cuando el cuervo se vio tan alabado por la zorra, como era verdad cuanto decía, creyó que no lo engañaba y, pensando que era su amiga, no sospechó que lo hacía por quitarle el queso. Convencido el cuervo por sus palabras y halagos, abrió el pico para cantar, por complacer a la zorra. Cuando abrió la boca, cayó el queso a tierra, lo cogió la zorra y escapó con él. Así fue engañado el cuervo por las alabanzas de su falsa amiga, que le hizo creerse más hermoso y más perfecto de lo que realmente era.

»Y vos, señor Conde Lucanor, pues veis que, aunque Dios os otorgó muchos bienes, aquel hombre os quiere convencer de que vuestro poder y estado aventajan en mucho la realidad, creed que lo hace por engañaros. Y, por tanto, debéis estar prevenido y actuar como hombre de buen juicio.

Al conde le agradó mucho lo que Patronio le dijo e hízolo así. Por su buen consejo evitó que lo engañaran.

Y como don Juan creyó que este cuento era bueno, lo mandó poner en este libro e hizo estos versos, que resumen la moraleja. Estos son los versos:

*Quien te encuentra bellezas que no tienes,
siempre busca quitarte algunos bienes.*

Cuento VII

Lo que sucedió a una mujer que se llamaba doña Truhana

Otra vez estaba hablando el Conde Lucanor con Patronio de esta manera:

-Patronio, un hombre me ha propuesto una cosa y también me ha dicho la forma de conseguirla. Os aseguro que tiene tantas ventajas que, si con la ayuda de Dios pudiera salir bien, me sería de gran utilidad y provecho, pues los beneficios se ligan unos con otros, de tal forma que al final serán muy grandes.

Y entonces le contó a Patronio cuanto él sabía. Al oírlo Patronio, contestó al conde:

-Señor Conde Lucanor, siempre oí decir que el prudente se atiene a las realidades y desdeña las fantasías, pues muchas veces a quienes viven de ellas les suele ocurrir lo que a doña Truhana.

El conde le preguntó lo que le había pasado a esta.

-Señor conde -dijo Patronio-, había una mujer que se llamaba doña Truhana, que era más pobre que rica, la cual, yendo un día al mercado, llevaba una olla de miel en la cabeza. Mientras iba por el camino, empezó a pensar que vendería la miel y que, con lo que le diesen, compraría una partida de huevos, de los cuales nacerían gallinas, y que luego, con el dinero que le diesen por las gallinas, compraría ovejas, y así fue comprando y vendiendo, siempre con ganancias, hasta que se vio más rica que ninguna de sus vecinas.

»Luego pensó que, siendo tan rica, podría casar bien a sus hijos e hijas, y que iría acompañada por la calle de yernos y nueras y, pensó también que todos comentarían su buena suerte pues había llegado a tener tantos bienes aunque había nacido muy pobre.

»Así, pensando en esto, comenzó a reír con mucha alegría por su buena suerte y, riendo, riendo, se dio una palmada en la frente, la olla cayó al suelo y se rompió en mil pedazos. Doña Truhana, cuando vio la olla rota y la miel esparcida por el suelo, empezó a llorar y a lamentarse muy amargamente porque había perdido todas las riquezas que esperaba obtener de la olla si no se hubiera roto. Así, porque puso toda su confianza en fantasías, no pudo hacer nada de lo que esperaba y deseaba tanto.

»Vos, señor conde, si queréis que lo que os dicen y lo que pensáis sean realidad algún día, procurad siempre que se trate de cosas razonables y no fantasías o imaginaciones dudosas y vanas. Y cuando quisieréis iniciar algún negocio, no arriesguéis algo muy vuestro, cuya pérdida os pueda ocasionar dolor, por conseguir un provecho basado tan sólo en la imaginación.

Al conde le agradó mucho esto que le contó Patronio, actuó de acuerdo con la historia y, así, le fue muy bien.

Y como a don Juan le gustó este cuento, lo hizo escribir en este libro y compuso estos versos:

*En realidades ciertas os podéis confiar,
mas de las fantasías os debéis alejar.*

Cuento IX

Lo que sucedió a los dos caballos con el león

Un día hablaba el Conde Lucanor con su consejero Patronio y le dijo:

-Patronio, desde hace mucho tiempo tengo un enemigo que me ha hecho mucho daño y yo a él, de modo que por obras y pensamientos estamos muy enemistados. Y ahora sucede que otro caballero, más poderoso que nosotros dos, está haciendo algunas cosas de las que ambos tememos que nos pueda venir mucho daño. Mi enemigo me ha sugerido que nos unamos y preparemos nuestra defensa contra el que desea atacarnos, pues si los dos estamos unidos le haremos frente con facilidad; pero si uno abandona al otro, cualquiera de nosotros que vaya contra aquel caballero no podrá vencerlo y, cuando uno de los dos sea derrotado, el que sobreviva será vencido aún más fácilmente. Por eso tengo serias dudas en este asunto, pues si hacemos las paces habremos de fiarnos el uno del otro, por lo cual, si aquel enemigo mío me quiere engañar y si yo estuviese en sus manos, mi vida correría peligro; pero por otra parte, si no nos unimos como me sugiere, nos puede venir mucho daño, tal como os he dicho. Por la confianza que tengo en vos y por vuestro buen juicio, os ruego que me deis consejo para obrar como mejor deba.

-Señor Conde Lucanor -dijo Patronio-, la cosa es importante y al mismo tiempo peligrosa. Para que mejor sepáis lo que debéis hacer, me gustaría contaros lo que ocurrió en Túnez a dos caballeros que vivían con el infante don Enrique.

El conde le pidió que se lo contara.

-Señor conde -comenzó Patronio-, dos caballeros que estaban en Túnez con el infante don Enrique eran muy amigos y vivían juntos. Estos dos caballeros no tenían sino un caballo cada uno, y mientras ellos se estimaban y respetaban, sus caballos se tenían un odio feroz. Como los caballeros no eran tan ricos que pudieran pagar estancias distintas, y por la malquerencia de sus caballos no podían compartirlas, llevaban una vida muy enojosa. Cuando pasó cierto tiempo y vieron que no había solución, se lo contaron al infante don Enrique y le pidieron como favor que echara aquellos caballos a un león que tenía el rey de Túnez.

»Don Enrique habló con el rey de Túnez, que les pagó muy bien los caballos y los mandó meter en el patio donde estaba el león. Al verse los caballos juntos en aquel lugar, antes de que el león saliese de su jaula empezaron a pelear con mucha ira. Estando en lo más violento de su pelea, abrieron la jaula del león y, cuando los caballos lo vieron suelto por el patio, se echaron a temblar y se fueron acercando el uno al otro. Cuando estuvieron juntos, se quedaron así un rato y luego se lanzaron los dos contra el león, al que atacaron con cascos y dientes de modo tan violento que hubo de buscar refugio en su jaula. Los dos caballos quedaron sin daño, porque el león no pudo herirlos ni siquiera levemente y, después de esto, los dos caballos se hicieron tan amigos que

comían en el mismo pesebre y dormían juntos en la misma cuadra, aunque era muy pequeña. Esta amistad nació entre ellos por el miedo que les produjo la presencia del león.

»Vos, señor Conde Lucanor, si creéis que vuestro enemigo tiene tanto miedo del otro porque le puede causar mucho daño y os necesita tanto a vos que forzosamente ha de olvidar vuestras antiguas rencillas, pues piensa que sin vos no puede defenderse, creo que, del mismo modo que los caballos se fueron acercando poco a poco hasta perder el recelo mutuo y estuvieron bien seguros el uno del otro, así vos debéis confiar poco a poco en vuestro antiguo enemigo. Y si siempre encontráis en él buenas obras y fidelidad, de modo que estéis seguro de que nunca os hará daño, por muy bien que vayan sus cosas, entonces haréis bien y os será muy útil ir en su ayuda para que no os destruya ni conquiste aquel otro enemigo; pues en muchas ocasiones debemos soportar, perdonar y auxiliar a nuestros parientes y vecinos para que nos defiendan contra los extraños. Pero si viereis que vuestro enemigo es de tal condición que, desde que le hayáis ayudado y sacado del peligro, al tener sus tierras a salvo, se levantará contra vos y no podréis confiar en él, no sería muy sensato que le ayudarais sino que debéis apartaros de él cuanto podáis, porque habréis comprobado que, aunque estaba él en un trance muy apurado, no quiso olvidar su antiguo recelo contra vos, sino que esperaba el momento oportuno de causar vuestro daño, con lo cual queda bien patente que no deberéis ayudarle a salir del peligro en que ahora se encuentra.

Al conde le agradó mucho lo que Patronio le dijo, pues comprendió que le daba un buen consejo.

Y como don Juan vio que este cuento era muy bueno, lo mandó poner en este libro e hizo los versos que dicen así:

*Estando vuestras tierras protegidas de daño,
evitad las argucias que urden los extraños.*

Cuento X

Lo que ocurrió a un hombre que por pobreza y falta de otro alimento comía altramuces

Otro día hablaba el Conde Lucanor con Patronio de este modo:

-Patronio, bien sé que Dios me ha dado tantos bienes y mercedes que yo no puedo agradecerlos como debiera, y sé también que mis propiedades son ricas y extensas; pero a veces me siento tan acosado por la pobreza que me da igual la muerte que la vida. Os pido que me deis algún consejo para evitar esta congoja.

-Señor Conde Lucanor -dijo Patronio-, para que encontréis consuelo cuando eso os ocurra, os convendría saber lo que les ocurrió a dos hombres que fueron muy ricos.

El conde le pidió que le contase lo que les había sucedido.

-Señor Conde Lucanor -dijo Patronio-, uno de estos hombres llegó a tal extremo de pobreza que no tenía absolutamente nada que comer. Después de mucho esforzarse para encontrar algo con que alimentarse, no halló sino una escudilla llena de altramuces. Al acordarse de cuán rico había sido y verse ahora hambriento, con una escudilla de altramuces como única comida, pues sabéis que son tan amargos y tienen tan mal sabor, se puso a llorar amargamente; pero, como tenía mucha hambre, empezó a comérselos y, mientras los comía, seguía llorando y las pieles las echaba tras de sí. Estando él con este pesar y con esta pena, notó que a sus espaldas caminaba otro hombre y, al volver la cabeza, vio que el hombre que le seguía estaba comiendo las pieles de los altramuces que él había tirado al suelo. Se trataba del otro hombre de quien os dije que también había sido rico.

»Cuando aquello vio el que comía los altramuces, preguntó al otro por qué se comía las pieles que él tiraba. El segundo le contestó que había sido más rico que él, pero ahora era tanta su pobreza y tenía tanta hambre que se alegraba mucho si encontraba, al menos, pieles de altramuces con que alimentarse. Al oír esto, el que comía los altramuces se tuvo por consolado, pues comprendió que había otros más pobres que él, teniendo menos motivos para desesperarse. Con este consuelo, luchó por salir de su pobreza y, ayudado por Dios, salió de ella y otra vez volvió a ser rico.

»Y vos, señor Conde Lucanor, debéis saber que, aunque Dios ha hecho el mundo según su voluntad y ha querido que todo esté bien, no ha permitido que nadie lo posea todo. Mas, pues en tantas cosas Dios os ha sido propicio y os ha dado bienes y honra, si alguna vez os falta dinero o estáis en apuros, no os pongáis triste ni os desaniméis, sino pensad que otros más ricos y de mayor dignidad que vos estarán tan apurados que se sentirían felices si pudiesen ayudar a sus vasallos, aunque fuera menos de lo que vos lo hacéis con los vuestros.

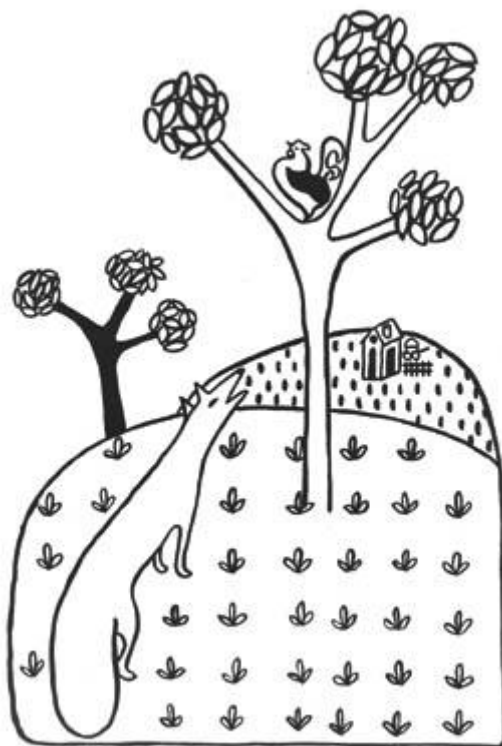
Al conde le agradó mucho lo que dijo Patronio, se consoló y, con su esfuerzo y con la ayuda de Dios, salió de aquella penuria en la que se encontraba.

Y viendo don Juan que el cuento era muy bueno, lo mandó poner en este libro e hizo los versos que dicen así:

*Por padecer pobreza nunca os desaniméis,
porque otros más pobres un día encontraréis.*

Cuento XII

Lo que sucedió a la zorra con un gallo



Una vez hablaba el Conde Lucanor con Patronio, su consejero, de este modo: Patronio, sabéis que, gracias a Dios, mis señoríos son grandes, pero no están todos juntos. Aunque tengo tierras muy bien defendidas, otras no lo están tanto y otras están muy lejos de las tierras donde mi poder es mayor. Cuando me encuentro en guerra con mis señores, los reyes, o con vecinos más poderosos que yo, muchos que se llaman mis amigos y algunos que me quieren aconsejar me atemorizan y asustan, aconsejándome que de ningún modo esté en mis señoríos más apartados, sino que me refugie en los que tienen mejores baluartes, defensas y bastiones, que están en el centro de mis tierras. Como os sé muy leal y muy entendido en estos asuntos, os pido vuestro consejo para hacer ahora lo más conveniente.

-Señor Conde Lucanor -dijo Patronio-, en asuntos graves y problemáticos es muy arriesgado dar un consejo, pues muchas veces podemos equivocarnos, al no estar seguros de cómo terminarán las cosas. Con frecuencia vemos que, pensando una cosa, sale después otra muy distinta, porque lo que tememos que salga mal, sale luego bien, y lo que creíamos que saldría bien, luego resulta mal; por ello, si el consejero es hombre leal y de justa intención, cuando ha de dar un consejo se siente en grave apuro y, si no sale bien, queda el consejero humillado y desacreditado. Por cuanto os digo, señor

conde, me gustaría evitaros el aconsejaros, pues se trata de una situación muy delicada y peligrosa, pero como queréis que sea yo quien os aconseje, y no puedo negarme, me gustaría mucho contaros lo que sucedió a un gallo con una zorra.

El conde le pidió que se lo contara.

-Señor conde -dijo Patronio-, había un buen hombre que tenía una casa en la montaña y que criaba muchas gallinas y gallos, además de otros animales. Sucedió que un día uno de sus gallos se alejó de la casa y se adentró en el campo, sin pensar en el peligro que podía correr, cuando lo vio la zorra, que se le fue acercando muy sigilosamente para matarlo. Al verla, el gallo se subió a un árbol que estaba un poco alejado de los otros. Viendo la zorra que el gallo estaba fuera de su alcance, tomó gran pesar porque se le había escapado y empezó a pensar cómo podía cogerlo. Fue derecha al árbol y comenzó a halagar al gallo, rogándole que bajase y siguiera su paseo por el campo; pero el gallo no se dejó convencer. Viendo la zorra que con halagos no conseguiría nada, empezó a amenazar diciéndole que, pues no se fiaba de ella, ya le buscaría motivos para arrepentirse. Mas como el gallo se sentía a salvo, no hacía caso de sus amenazas ni de sus halagos.

»Cuando la zorra comprendió que no podría engañarlo con estas tretas, se fue al árbol y se puso a roer su corteza con los dientes, dando grandes golpes con la cola en el tronco. El infeliz del gallo se atemorizó sin razón y, sin pensar que aquella amenaza de la zorra nunca podría hacerle daño, se llenó de miedo y quiso huir hacia los otros árboles donde esperaba encontrarse más seguro y, pues no podía llegar a la cima de la montaña, voló a otro árbol. Al ver la zorra que sin motivo se asustaba, empezó a perseguirlo de árbol en árbol, hasta que consiguió cogerlo y comérselo.

»Vos, señor Conde Lucanor, pues con tanta frecuencia os veis implicado en guerras que no podéis evitar, no os atemoriceis sin motivo ni temáis las amenazas o los dichos de nadie, pero tampoco debéis confiar en alguien que pueda haceros daño, sino esforzaos siempre por defender vuestras tierras más apartadas, que un hombre como vos, teniendo buenos soldados y alimentos, no corre peligro, aunque el lugar no esté muy bien fortificado. Y si por un miedo injustificado abandonáis los puestos más avanzados de vuestro señorío, estad seguro de que os irán quitando los otros hasta dejaros sin tierra; porque como demostréis miedo o debilidad, abandonando alguna de vuestras tierras, mayor empeño pondrán vuestros enemigos en quitaros las que todavía os queden. Además, si vos y los vuestros os mostráis débiles ante unos enemigos cada vez más envalentonados, llegará un momento en que os lo quiten todo; sin embargo, si defendéis bien lo primero, estaréis seguro, como lo habría estado el gallo si hubiera permanecido en el primer árbol. Por eso pienso que este cuento del gallo deberían saberlo todos los que tienen castillos y fortalezas a su cargo, para no dejarse atemorizar con amenazas o con engaños, ni con fosos ni con torres de madera, ni con otras armas parecidas que sólo sirven para infundir temor a los sitiados. Aún os añadiré otra cosa para que veáis que sólo os digo la verdad: jamás puede conquistarse una fortaleza sino escalando sus muros o minándolos, pero si el muro es alto las escaleras no sirven de nada. Y para minar unas murallas hace falta mucho tiempo. Y así, todas las fortalezas que se toman es porque a los sitiados les falta algo o porque sienten miedo sin motivo justificado. Por eso creo, señor conde, que los nobles como vos, e incluso quienes son menos poderosos, deben mirar bien qué acción defensiva emprenden, y llevarla a cabo sólo cuando no puedan evitarla o excusarla. Mas, iniciada la empresa, no debéis

atemorizaros por nada del mundo, aunque haya motivos para ello, porque es bien sabido que, de quienes están en peligro, escapan mejor los que se defienden que los que huyen. Pensad, por último, que si un perrillo al que quiere matar un poderoso alano se queda quieto y le enseña los dientes, podrá escapar muchas veces, pero si huye, aunque sea un perro muy grande, será cogido y muerto enseguida.

Al conde le agradó mucho todo esto que Patronio le contó, obró según sus consejos y le fue muy bien.

Y como don Juan pensó que este era un buen cuento, lo mandó poner en este libro e hizo unos versos que dicen así:

*No sientas miedo nunca sin razón
y defiéndete bien, como un varón.*

Cuento XV

Lo que sucedió a don Lorenzo Suárez en el sitio de Sevilla

Un día hablaba el Conde Lucanor con Patronio, su consejero, de este modo:

-Patronio, cierta vez tuve como enemigo a un rey muy poderoso, y, cuando la guerra ya había durado mucho, vimos que nos era más conveniente firmar un pacto. Aunque ahora nos consideramos aliados y no existen conflictos entre nosotros, siempre recelamos el uno del otro. Además, gente de su bando e incluso del mío me llenan de temor, pues dicen que aquel rey busca una excusa para atacarme. Por vuestra lealtad y buen entendimiento, os ruego que me aconsejéis lo que debo hacer en este caso.

-Señor Conde Lucanor -dijo Patronio-, este es un consejo muy delicado por varias razones, pues cualquiera que busque ponerlos en un apuro lo podrá hacer muy fácilmente, porque aunque os dé a entender que intenta servirlos, avisaros del peligro y ponerlos en guardia contra él, aunque parezca sentir vuestro daño, siempre podrá hacerlos sospechar de vuestro aliado. Y con esa sospecha, habréis de tomar tales medidas que serán el comienzo de una nueva guerra, sin que ninguno de vuestros consejeros pueda ser culpado, pues el que os diga que no os preocupéis por los riesgos del combate demuestra muy poca preocupación por vuestra vida; el que os diga que no reforcéis vuestros baluartes ni los abastecáis de alimentos, hombres y armas, demuestra poco interés por vuestros señoríos; y el que os diga que no os protejáis con amigos y vasallos, que estén bien atendidos y contentos con vos, demuestra importarle muy poco vuestra honra y vuestra protección. Sabed, además, que es muy peligroso no hacer estas cosas, pero si se hacen pueden ser el inicio de nuevos alborotos y desórdenes. Con todo, como me pedís mi opinión sobre este asunto tan delicado, me gustaría que supierais lo que le sucedió a un buen caballero.

El conde le pidió que se lo contara.

-Señor conde -dijo Patronio-, cuando el santo y bienaventurado rey don Fernando tenía sitiada Sevilla, contaba con muchos y valientes caballeros, entre los que estaban los tres más diestros en el manejo de las armas: uno era don Lorenzo Suárez Gallinato, el otro don García Pérez de Vargas y del tercero no recuerdo su nombre. Los tres discutieron un día sobre quién de ellos era el mejor y más hábil. Como no llegaron a un acuerdo, decidieron armarse muy bien los tres y llegar a las murallas de Sevilla para golpear con sus lanzas las puertas de la ciudad.

»Al día siguiente, por la mañana, los tres se pusieron sus armaduras y se dirigieron a la ciudad. Cuando los moros que vigilaban murallas y torres vieron que sólo se trataba de tres caballeros cristianos, pensaron que serían mensajeros y ninguno les atacó, por lo cual los tres caballeros pasaron el puente, la barbacana, llegaron a las puertas de la ciudad y las golpearon con la punta de sus lanzas. Hecho esto, volvieron las riendas y regresaron junto al ejército.

»Al ver los moros que no traían ningún mensaje, se sintieron humillados y quisieron salir tras ellos; pero, al abrir los musulmanes las puertas de la muralla, los tres

caballeros, que se volvían despacio, estaban ya bastante lejanos. De la ciudad salieron en su persecución más de mil quinientos jinetes, así como más de veinte mil infantes. Cuando los tres caballeros vieron que eran perseguidos, volvieron sus caballos contra sus enemigos y los esperaron. Al acercarse más los moros, aquel caballero, cuyo nombre he olvidado, se lanzó contra ellos y empezó a luchar valientemente, mientras que don Lorenzo Suárez y don García Pérez estaban sin intervenir; al aproximarse más los moros, don García Pérez de Vargas se les enfrentó, mientras que don Lorenzo Suárez seguía sin combatir, cosa que sólo hizo cuando los moros lo atacaron, pero entonces se metió entre sus enemigos y comenzó a hacer cosas sorprendentes y heroicas con sus armas.

»Cuando desde el campamento vieron a los tres caballeros enfrentarse a los moros, salieron en su ayuda. Aunque los tres pasaron momentos muy peligrosos y recibieron numerosas heridas, Dios no quiso que muriera ninguno de ellos. Tan grande fue la batalla entre moros y cristianos que el rey don Fernando hubo de ponerse al frente de su ejército, que resultó vencedor. Cuando el rey volvió a su tienda, mandó prender a los tres caballeros diciendo que merecían la muerte por haber cometido tal locura, pues hicieron que el ejército entrase en combate sin orden del rey y arriesgaron la vida propia inútilmente. Pero luego, ante las súplicas de los más ilustres capitanes, el rey mandó soltar a los tres que os he dicho.

»Al saber el monarca la discusión que habían mantenido y sus consecuencias, convocó a los más nobles caballeros para decidir quién había sido el más valiente. Una vez reunidos, mantuvieron una fuerte polémica, pues unos decían que había demostrado mayor arrojo el que atacó a los moros el primero, otros que el segundo y otros lo decían del tercero. Cada uno defendía sus opiniones con tales argumentos que todos parecían tener razón. Y, en verdad, tan heroicamente se habían portado que cualquiera podría ser tenido como el más valiente; pero al acabar la discusión acordaron lo siguiente: si, en caso de que hubieren sido menos, los moros que les habían atacado hubieran podido ser vencidos sólo por el valor y el esfuerzo de los tres caballeros, el primero en enfrentarse a ellos sería el mejor, pues comenzó algo que podría ser acabado; pero si los enemigos eran tan numerosos que ellos tres no podían, el primero en atacarlos no lo hizo impulsado por su valor, sino porque la vergüenza le impedía abandonar el campo y huir, mas como la huida era imposible, la falta de serenidad ante un miedo muy intenso le hizo comenzar su ataque. Al segundo en atacar, que supo dominar su miedo más tiempo, lo consideraron más valiente. Mas a don Lorenzo Suárez, que en ningún momento se dejó dominar por el miedo y esperó a que los moros le atacaran, lo creyeron el más valiente de los tres.

»Vos, señor Conde Lucanor, pues veis que os intentan atemorizar y que esa guerra sería de tal violencia que una vez iniciada no podríais acabarla, tened por cierto que, cuanto más dominéis vuestro miedo, mayores muestras de valor y de buen juicio daréis: porque, como tenéis lo vuestro seguro y no os pueden hacer mucho daño por sorpresa, os aconsejo que no perdáis la serenidad. Como tampoco pueden causaros grave daño, esperad que os ataquen y entonces veréis que sólo se trata de temores infundados, producto de quienes buscan vivir y hacer vivir en la confusión. Pensad también, señor conde, que tanto esos amigos vuestros como los de aquel poderoso señor no desean la paz ni la guerra, para la cual carecen de recursos, sino solamente el alboroto y el desorden, durante los cuales puedan robar y atacar vuestras tierras y coaccionaros a vos y a los vuestros para quitaros lo que tenéis y lo que no tenéis, pues no temerán que los

castiguéis por cuanto mal os hagan. Por lo cual, aunque vuestros enemigos urdan o hagan algo contra vos, al quedar ellos como culpables de la nueva contienda, conseguiréis doble triunfo: primero, porque Dios estará con vos, y su ayuda es muy necesaria en tales cosas; segundo, porque todo el mundo verá que tenéis razón al obrar así. Además, si no hacéis lo que no debéis, acaso no se levante el otro contra vos, viviréis en paz y haréis servicio a Dios y beneficio a los buenos, sin buscar vuestro daño por complacer a quienes os desean perjudicar, a los cuales tampoco les importaría el mal que pudieran causar a vuestra vida o hacienda.

Al conde le gustó mucho este consejo que le dio Patronio, siguió sus enseñanzas y le fue muy bien.

Y como don Juan comprendió que este cuento era muy bueno, lo mandó escribir en este libro e hizo estos versos que dicen así:

*Movidos por el temor, no decidáis atacar,
que siempre sabe vencer quien siempre sabe esperar.*

Cuento XVI

La respuesta que le dio el conde Fernán González a Nuño Laínez, su pariente

Conde Lucanor hablaba un día con Patronio de este modo:

-Patronio, como bien sabéis, yo ya no soy joven y, además, he pasado muchos trabajos y dificultades en mi vida. Sinceramente os digo que ahora querría descansar y dedicarme a la caza, olvidándome de preocupaciones y tareas más pesadas; como sé que siempre me habéis aconsejado con mucho acierto, os ruego que me digáis lo que más me conviene hacer.

-Señor conde -dijo Patronio-, aunque no os falta razón en lo que me decís, me gustaría que supieseis lo que contestó una vez el conde Fernán González a Nuño Laínez.

El conde le pidió que le contase lo que entre ellos había ocurrido.

-Señor conde -dijo Patronio-, el conde Fernán González vivía en Burgos, después de haber luchado muy duramente por defender su tierra. Una vez que estaba allí más sosegado y en paz, le dijo Nuño Laínez que ya le convenía alejarse de tantas disputas y contiendas, para descanso suyo y de sus gentes.

»Le respondió el conde que nadie del mundo desearía tanto como él descansar y disfrutar de la paz si pudiera, pero bien sabía don Nuño que estaban en guerra con los moros, con los leoneses y con los navarros, por lo que, si ellos se dedicaban al ocio, sus contrarios les atacarían en seguida, y si se marcharan de caza con buenas aves de cetrería, siguiendo el cauce del Arlanzón, montados en buenas mulas gordas, sin mantener la defensa de sus tierras, bien lo podrían hacer, pero les sucedería como dice el antiguo refrán: «Murió el hombre y murió su nombre». Mas si, por el contrario, queremos olvidar las comodidades y nos esforzamos por defender este joven reino y acrecentar nuestra honra, dirán cuando muramos: «Murió el hombre, pero no murió su nombre». Y como hemos de morir, felices o desgraciados, no me parece que sea bueno dejar de hacer, por preferir el descanso y los placeres, lo que después de muertos mantiene viva la buena fama de nuestros hechos y gestas.

A vos, señor conde, pues sabéis que habéis de morir, nunca podré aconsejaros que, por buscar placeres y descanso, dejéis de hacer lo que corresponde a vuestro estado, para que así, una vez muerto vos, viva siempre la fama de vuestras grandes empresas.

Al conde le gustó mucho este consejo de Patronio, lo siguió y le fue muy bien.

Y como don Juan comprendió que se trataba de un cuento muy bueno, lo mandó escribir en este libro e hizo los versos que dicen así:

*Si por descanso y placeres la buena fama perdemos,
al término de la vida deshonrados quedaremos.*

Cuento XVII

Lo que sucedió a un hombre con otro que lo convidó a comer

Otra vez hablaba el Conde Lucanor con Patronio, su consejero, y le dijo:

-Patronio, ha venido un hombre y me ha dicho que hará una cosa muy provechosa para mí, pero, al decírmelo, pensé que su ofrecimiento era tan débil que preferiría él que no lo aceptase. Yo pienso que, por una parte, me interesaría mucho hacer lo que me sugiere, aunque tengo reparos para aceptar su oferta, pues creo que me la ha hecho sólo por cumplir. Como sois de tan buen juicio, os ruego que me digáis lo que os parece que deba hacer en este caso.

-Señor Conde Lucanor -dijo Patronio-, para que hagáis en esto lo que me parece más favorable para vos, me gustaría mucho que supierais lo que sucedió a un hombre con otro que le convidó a comer.

El conde le rogó que le contase lo que entre ellos había ocurrido.

-Señor Conde Lucanor -dijo Patronio-, había un hombre honrado que había sido muy rico pero se había arruinado totalmente, y le resultaba muy vergonzoso y humillante pedir ayuda a sus amigos para poder comer. Por esta razón pasaba muchas veces pobreza y hambre. Un día estaba muy preocupado, pues no tenía nada para comer, y acertó a pasar por la casa de un conocido suyo que estaba comiendo; cuando su amigo lo vio pasar, le dijo por simple cortesía si aceptaba comer con él. El hombre honrado, movido por tanta necesidad, le dijo, después de lavarse las manos:

»-Con mucho gusto, amigo mío, porque tanto me habéis pedido e insistido para que coma con vos, que os haría una grave descortesía si rechazara vuestro amistoso y cálido ofrecimiento.

»Dicho esto se sentó a comer, sació su hambre y quedó más contento. Al poco, Dios le fue propicio y lo sacó de aquella miseria en que vivía.

»Vos, señor Conde Lucanor, como juzgáis que lo que ese hombre os ofrece es muy provechoso para vos, simulad que aceptáis por darle gusto, sin pensar que lo hace por cumplir, y no esperéis a que insista mucho más, pues podría ser que no os renovara su ofrecimiento y entonces sería humillante para vos pedirle lo que ahora os ofrece.

El conde lo vio bien y pensó que era un buen consejo, obró según él y le resultó de gran provecho.

Y viendo don Juan que el cuento era muy útil, lo mandó escribir en este libro e hizo estos versos:

*Cuando tu provecho pudieras encontrar
no debieras hacerte mucho de rogar.*

Cuento XIX

Lo que sucedió a los cuervos con los búhos

Hablaba otro día el Conde Lucanor con Patronio, su consejero, y le dijo:

-Patronio, estoy en lucha con un enemigo muy poderoso, que tenía en su casa a un pariente que se había criado con él y a quien había favorecido muchas veces. Una vez, por una disputa entre ellos, mi enemigo causó graves daños y deshonoró a su pariente que, aunque le estaba muy obligado, pensando en aquellas ofensas y buscando la forma de vengarse, desea aliarse conmigo. Creo que me sería hombre muy útil, pues podría aconsejarme el mejor modo de hacerle daño a mi enemigo, ya que lo conoce muy bien. Por la gran confianza que me merecéis y por vuestro buen sentido, os ruego que me aconsejéis el modo de solucionar esta duda.

-Señor Conde Lucanor -dijo Patronio-, lo primero que debo deciros es que ciertamente este hombre ha venido a vos para engañaros, y, para que sepáis cómo lo intentará conseguir, me gustaría que supierais lo que sucedió a los cuervos con los búhos.

El conde le preguntó lo que había sucedido en este caso.

-Señor Conde Lucanor -dijo Patronio-, los cuervos y los búhos estaban en guerra entre sí, pero los cuervos llevaban la peor parte porque los búhos, que sólo salen de noche y de día permanecen escondidos en lugares muy ocultos, volaban al amparo de la oscuridad hasta los árboles donde se cobijaban los cuervos, golpeando o matando a cuantos podían. Como los cuervos sufrían tanto, uno de ellos muy experimentado, al ver el grave daño que recibían los suyos, habló con sus parientes los cuervos y encontró un medio para vengarse de sus enemigos los búhos.

»Este era el medio que pensó y puso en práctica: los cuervos le arrancaron las plumas, excepto alguna de las alas, por lo que volaba muy poco y mal. Así, lleno de heridas, se fue con los búhos, a los que contó el mal y el daño que le habían causado los cuervos porque él no quería la guerra contra los búhos, por lo cual, si ellos lo aceptaban como compañero, estaba dispuesto a decirles las mejores maneras para vengarse de los cuervos y hacerles mucho daño.

»Los búhos, al oírlo, se pusieron contentos porque pensaban que con este aliado podrían derrotar a sus enemigos los cuervos, con lo cual empezaron a tratarlo muy bien y le hicieron partícipe de sus planes secretos y de sus proyectos para la lucha.

»Sin embargo, había entre los búhos uno que era muy viejo y que tenía mucha experiencia que, cuando se enteró de lo del cuervo, descubrió el engaño que les preparaba y fue a explicárselo al cabecilla de los búhos, diciéndole que, con toda

seguridad, aquel cuervo se les había unido para conocer sus planes y preparar su derrota, por lo que debía alejarlo de allí inmediatamente. Pero este experimentado búho no consiguió que sus hermanos le hicieran caso, por lo cual, al ver que no lo creían, se alejó de ellos y se fue a vivir a un lugar donde los cuervos no pudieran encontrarlo.

»Los búhos, no obstante, siguieron confiando en el cuervo. Cuando le crecieron otra vez las plumas, dijo a los búhos que, pues ya podía volar, iría en busca de los cuervos para decirles dónde estaban y, de esta manera, reunidos todos los búhos, podrían acabar con sus enemigos los cuervos, cosa que les agradó mucho.

»Al llegar el cuervo donde estaban sus hermanos, se juntaron todos y, como sabían los planes de los búhos, los atacaron de día, cuando ellos no vuelan y están tranquilos y sin recelo, y destrozaron y mataron a tantos búhos que los cuervos quedaron como únicos vencedores.

»Así les sucedió a los búhos, por fiarse del cuervo que es, por naturaleza enemigo suyo.

»Vos, señor Conde Lucanor, pues sabéis que este hombre que quiere aliarse con vos debe vasallaje a vuestro enemigo, por lo cual él y toda su familia son vuestros enemigos también, os aconsejo que lo apartéis de vuestra compañía porque es seguro que pretende engañaros y busca vuestro mal. Pero si él os quiere servir desde fuera de vuestras tierras, de modo que nunca conozca vuestros planes ni pueda perjudicaros y verdaderamente hiciera tanto daño a aquel enemigo vuestro que nunca pudiera hacer las paces con él, entonces podréis confiar en ese pariente despechado, haciéndolo siempre con cautela para que no os pueda resultar peligroso.

El conde pensó que este era un buen consejo, obró según él y le fue muy provechoso.

Y como don Juan comprendió que se trataba de un cuento muy bueno, lo mandó escribir en este libro e hizo estos versos que dicen así:

*Al que antes tu enemigo solía ser
ni en nada ni nunca le debes creer.*

Cuento XX

Lo que sucedió a un rey con un hombre que le dijo que sabía hacer oro

Un día, hablaba el Conde Lucanor con Patronio, su consejero, de este modo:

-Patronio, un hombre ha venido a verme y me ha dicho que puede proporcionarme muchas riquezas y gran honra, aunque para esto debería yo darle algún dinero para que comience su labor, que, una vez acabada, puede reportarme el diez por uno. Por el buen juicio que Dios puso en vos, os ruego que me aconsejéis lo que debo hacer en este asunto.

-Señor conde -dijo Patronio-, para que hagáis en esto lo que más os conviene, me gustaría contaros lo que sucedió a un rey con un hombre que le dijo que sabía hacer oro.

El conde le preguntó lo que había ocurrido.

-Señor Conde Lucanor -dijo Patronio-, había un pícaro que era muy pobre y ambicionaba ser rico para salir de su pobreza. Aquel pícaro se enteró de que un rey poco juicioso era muy aficionado a la alquimia, para hacer oro.

»Por ello, el pícaro tomó cien doblas de oro, las partió en trozos muy pequeños y los mezcló con otras cosas varias, haciendo así cien bolas, cada una de las cuales pesaba una dobla de oro más las cosas que le había añadido. Disfrazado el pícaro con ropas de persona seria y respetable, cogió las bolas, las metió en una bolsa, se marchó a la ciudad donde vivía el rey y allí las vendió a un especiero, que le preguntó la utilidad de aquellas bolas. El pícaro respondió que servían para muchas cosas y, sobre todo, para hacer alquimia; después se las vendió por dos o tres doblas. El especiero quiso saber el nombre de las bolitas, contestándole el pícaro que se llamaban tabardíe.

»El pícaro vivió algún tiempo en aquella ciudad, llevando una vida muy recogida, pero diciendo a unos y a otros, como en secreto, que sabía hacer oro.

»Cuando estas noticias llegaron al rey, lo mandó llamar y le preguntó si era verdad cuanto se decía de él. El pícaro, aunque al principio no quería reconocerlo diciendo que él no podía hacer oro, al final le dio a entender que sí era capaz, pero aconsejó al rey que en este asunto no debía fiarse de nadie ni arriesgar mucho dinero. No obstante, siguió diciendo el pícaro, si el rey se lo autorizaba, haría una demostración ante él para enseñarle lo poco que sabía de aquella ciencia. El rey se lo agradeció mucho, pareciéndole que, por sus palabras, no intentaba engañarlo. El pícaro pidió las cosas que necesitaba que, como eran muy corrientes excepto una bola de tabardíe, costaron muy

poco dinero. Cuando las trajeron y las fundieron delante del rey, salió oro fino que pesaba una dobla. Al ver el rey que de algo tan barato sacaban una dobla de oro, se puso muy alegre y se consideró el más feliz del mundo. Por ello dijo al pícaro, que había hecho aquel milagro, que lo creía un hombre honrado. Y le pidió que hiciera más oro.

»El granuja, sin darle importancia, le respondió:

»-Señor, ya os he enseñado cuanto sé de este prodigio. En adelante, vos podréis conseguir oro igual que yo, pero conviene que sepáis una cosa: si os falta algo de lo que os he dicho, no podréis sacar oro.

»Dicho esto, se despidió del rey y marchó a su casa.

»El rey intentó hacer oro por sí mismo y, como dobló la receta, consiguió el doble de oro por valor de dos doblas; y, a medida que la triplicaba y cuadruplicaba, conseguía más y más oro. Viendo el rey que podría obtener cuanto oro quisiese, ordenó que le trajeran lo necesario para sacar mil doblas de oro. Sus criados encontraron todos los elementos menos el tabardíe. Cuando comprobó el rey que, al faltar el tabardíe, no podía hacer oro, mandó llamar al hombre que se lo había enseñado, al que dijo que ya no podía sacar más oro. El pícaro le preguntó si había mezclado todas las cosas que le indicó en su receta, contestando el rey que, aunque las tenía todas, le faltaba el tabardíe.

»Respondió el granuja que, si le faltaba aunque fuera uno de los ingredientes, no podría conseguir oro, como ya se lo había advertido desde el principio.

»El rey le preguntó si sabía dónde podía encontrar el tabardíe, y el pícaro respondió afirmativamente. Entonces le mandó el rey que fuera a comprarlo, pues sabía dónde lo vendían, y le trajera una gran cantidad para hacer todo el oro que él quisiese. El burlador le contestó que, aunque otra persona podría cumplir su encargo tan bien o mejor que él, si el rey disponía que se encargase él, así lo haría, pues en su país era muy abundante. Entonces calculó el rey a cuánto podían ascender los gastos del viaje y del tabardíe, resultando una cantidad muy elevada.

»Cuando el pícaro cogió tantísimo dinero, se marchó de allí y nunca volvió junto al monarca, que resultó engañado por su falta de prudencia. Al ver que tardaba muchísimo, el rey mandó buscarlo en su casa, para ver si sabían dónde estaba; pero sólo encontraron un arca cerrada, en la que, cuando consiguieron abrirla, vieron un escrito para el rey que decía: «Estad seguro de que el tabardíe es pura invención mía; os he engañado. Cuando yo os decía que podía haceros rico, debierais haberme respondido que primero me hiciera rico yo y luego me creeríais».

»Al cabo de unos días, estaban unos hombres riendo y bromeando, para lo cual escribían los nombres de todos sus conocidos en listas separadas: en una los valientes, en otra los ricos, en otra los juiciosos, agrupándolos por sus virtudes y defectos. Al llegar a los nombres de quienes eran tontos, escribieron primero el nombre del rey, que, al enterarse, envió por ellos asegurándoles que no les haría daño alguno. Cuando llegaron junto al rey, este les preguntó por qué lo habían incluido entre los tontos del reino, a lo que contestaron ellos que por haber dado tantas riquezas a un extraño al que no conocía ni era vasallo suyo. Les replicó el rey que estaban equivocados y que, si viniera el pícaro que le había robado, no quedaría él entre los tontos, a lo que

respondieron aquellos hombres que el número de tontos sería el mismo, pues borrarían el del rey y pondrían el del burlador.

»Vos, señor Conde Lucanor, si no deseáis que os tengan por tonto, no arriesguéis vuestra fortuna por algo cuyo resultado sea incierto, pues, si la perdéis confiando conseguir más bienes, tendréis que arrepentiros durante toda la vida.

Al conde le agradó mucho este consejo, lo siguió y le fue muy bien.

Y viendo don Juan que este cuento era bueno, lo mandó poner en este libro y compuso unos versos que dicen así:

*Jamás aventuras o arriesgues tu riqueza
por consejo de hombre que vive en la pobreza.*

Cuento XXI

Lo que sucedió a un rey joven con un filósofo a quien su padre lo había encomendado

Otra vez, hablando el Conde Lucanor con Patronio, su consejero, le dijo:

-Patronio, yo tenía un pariente a quien quería mucho, y a su muerte dejó un hijo muy pequeño, que se ha criado conmigo. Por la gratitud y el cariño que siempre tuve a su padre, y también porque espero que él me ayude cuando su edad se lo permita, sabe Dios que lo quiero como a un hijo. Aunque este muchacho es muy inteligente y con el tiempo será de la nobleza, me gustaría mucho que su juventud no lo llevase por malos caminos, pues la inexperiencia de los jóvenes los engaña y no les deja ver lo más conveniente. Por vuestro buen entendimiento, os ruego que me digáis la manera de conseguir que este mancebo haga siempre lo más conveniente para su cuerpo y para su hacienda, porque no querría que fuera víctima de su propia juventud.

-Señor Conde Lucanor -dijo Patronio-, para que podáis hacer por este mancebo lo que creo mejor para él, me gustaría que supierais lo que le pasó a un gran filósofo con un rey joven, al que había educado.

El conde le preguntó lo que había sucedido.

-Señor Conde Lucanor -dijo Patronio-, había un rey que tenía un hijo y lo encomendó a un filósofo de toda su confianza, para que se educara junto a él. Cuando el rey murió, el infante era todavía muy pequeño y siguió siendo educado por el filósofo hasta cumplir los quince años. Pero, al entrar en la juventud, aquel muchacho comenzó a despreciar las enseñanzas del sabio y a seguir las de otros consejeros que, como no querían a sus pupilos ni tampoco tenían obligaciones con ellos, no se preocupaban por alejarlos del mal. Siguiendo el joven rey ese camino, en muy poco tiempo pudo verse cómo su salud y su hacienda estaban arruinándose. Todo el mundo lo criticaba por perder su salud y malgastar su hacienda. Como la situación era cada vez peor, el sabio que lo había educado sintió gran dolor y pesar, pues no sabía ya qué hacer después de haber intentado muchas veces corregirlo con ruegos y súplicas, e incluso con dureza, sin conseguir que cambiase de vida ya que su juventud le impedía ser más consciente. Comprendiendo el filósofo que sólo le quedaba un remedio para corregirlo, pensó actuar como oiréis.

»Empezó el filósofo a decir de vez en cuando en la corte que él podía leer el futuro en el vuelo y canto de las aves, sin que nadie en el mundo lo aventajara. Tantos y tantos nobles se lo escucharon que el hecho llegó a oídos del joven rey, el cual, cuando lo supo, preguntó al sabio si era cierto que interpretaba el canto de las aves tan bien como se decía en palacio. Aunque el filósofo quiso negarlo en principio, al fin reconoció ser verdad, pero le aconsejó que nadie lo supiese. Como los jóvenes siempre están impacientes por saber y por hacer las cosas, el rey, que era joven, estaba ansioso por ver

cómo interpretaba los agujeros aquel filósofo; por eso, cuanto el sabio más lo dilataba, tanto más le insistía el rey, que consiguió salir un día muy de mañana con el filósofo para escuchar las aves sin que nadie lo supiera.

»Aquel día madrugaron mucho. El filósofo se encaminó con el rey por un valle donde había numerosas aldeas yermas y abandonadas y, después de pasar por muchas, vieron una corneja que graznaba desde un árbol. El rey se la mostró al filósofo, que hizo como si la entendiese.

»Otra corneja comenzó también a graznar en otro árbol y ambas estuvieron graznando, unas veces la de la derecha y otras la de la izquierda. Después de escucharlas un rato, el sabio filósofo comenzó a llorar amargamente, a romper sus vestiduras y a dar grandes muestras de dolor. Cuando el rey mozo así lo vio, quedó muy asustado y preguntó al filósofo por qué lo hacía. El sabio, sin embargo, quiso ocultarle los motivos, pero tanto le insistió el joven rey que el filósofo le respondió que más quisiera estar muerto que vivo, porque no sólo los hombres sino también las aves sabían ya que, por su falta de prudencia, perdería tierra y hacienda y todos harían escarnio de su nombre. El rey joven le pidió que se lo explicara. Le contestó el sabio que aquellas dos cornejas habían acordado casar a sus hijos y la que había hablado primero le dijo a la segunda que, como el matrimonio estaba concertado desde hacía mucho tiempo, había llegado el momento de celebrarlo. La otra corneja le contestó que era verdad que lo habían acordado, mas ahora, gracias a Dios, ella era más rica que la otra, pues desde que reinaba aquel joven rey estaban abandonadas todas las aldeas del valle, por lo cual ella encontraba muchas culebras, lagartos, sapos y otros animales que se crían en lugares abandonados, y con todos ellos tenía más y mejor comida, por lo que ya no era este casamiento entre iguales. La otra corneja, al escuchar a su comadre, empezó a reír y le dijo que hablaba sin buen juicio si por ese motivo quería posponer el casamiento, pues, si Dios dejaba vivir más a ese rey, ella sería mucho más rica porque el valle donde vivía, que tenía diez veces más aldeas, quedaría abandonado, por lo cual no había motivo para aplazar el casamiento. Y así acordaron celebrar en seguida las bodas.

»Cuando esto oyó el rey joven, se disgustó mucho y empezó a pensar cómo había llegado su reino a tal estado. Viendo el filósofo la tristeza y la preocupación del rey y que verdaderamente quería enmendarse, le dio muy sabios consejos, de manera que en muy poco tiempo el rey cambió de vida mejorando así su reino y su propia salud.

»Vos, señor conde, pues habéis criado a ese mancebo y queréis llevarlo por el buen camino, buscad el modo de que con buenas palabras y con buenos ejemplos entienda cómo debe ocuparse de sus asuntos; pero nunca lo intentéis con insultos o castigos, pensado que así podréis corregirlo, porque es tal la condición de los jóvenes que en seguida aborrecen a quien los atosiga con recomendaciones, sobre todo si es persona de alcurnia, pues lo toman como una ofensa sin darse cuenta de su error, pues no hay mejor amigo que quien amonesta a los jóvenes para que no busquen su propio daño, aunque ellos no lo entienden así y se dan por ofendidos. Si os portáis duramente con él, nacerá entre los dos tanta antipatía que sólo os reportará perjuicios en adelante.

Al conde le agradó mucho este consejo de Patronio, obró según él y le fue muy bien. Y como a don Juan le gustó mucho este cuento, lo mandó poner en este libro e hizo los versos que dicen así:

*No amonestes al joven con dureza,
muéstrale su camino con franqueza.*

Cuento XXIII

Lo que hacen las hormigas para mantenerse

Otra vez hablaba el Conde Lucanor con Patronio, su consejero, de este modo:

-Patronio, como todos saben y gracias a Dios, soy bastante rico. Algunos me aconsejan que, como puedo hacerlo, me olvide de preocupaciones y me dedique a descansar y a disfrutar de la buena mesa y del buen vino, pues tengo con qué mantenerme y aun puedo dejar muy ricos a mis herederos. Por vuestro buen juicio os ruego que me aconsejéis lo que debo hacer en este caso.

-Señor Conde Lucanor -dijo Patronio-, aunque el descanso y los placeres son buenos, para que hagáis en esto lo más provechoso, me gustaría mucho que supierais lo que hacen las hormigas para mantenerse.

El conde le pidió que se lo contara y Patronio le dijo:

-Señor Conde Lucanor, ya sabéis qué diminutas son las hormigas y, aunque por su tamaño no cabría pensarlas muy inteligentes, veréis cómo cada año, en tiempo de siega y trilla, salen ellas de sus hormigueros y van a las eras, donde se aprovisionan de grano, que guardan luego en sus hormigueros. Cuando llegan las primeras lluvias, las hormigas sacan el trigo fuera, diciendo las gentes que lo hacen para que el grano se seque, sin darse cuenta de que están en un error al decir eso, pues bien sabéis vos que, cuando las hormigas sacan el grano por primera vez del hormiguero, es porque llegan las lluvias y comienza el invierno. Si ellas tuviesen que poner a secar el grano cada vez que llueve, trabajo tendrían, además de que no podrían esperar que el sol lo secara, ya que en invierno queda oculto tras las nubes y no calienta nada.

»Sin embargo, el verdadero motivo de que pongan a secar el grano la primera vez que llueve es este: las hormigas almacenan en sus graneros cuanto pueden sólo una vez, y sólo les preocupa que estén bien repletos.

Cuando han metido el grano en sus almacenes, se juzgan a salvo, pues piensan vivir durante todo el invierno con esas provisiones. Pero al llegar la lluvia, como el grano se moja, empieza a germinar; las hormigas, viendo que, si crece dentro del hormiguero, el grano no les servirá de alimento sino que les causará graves daños e incluso la muerte, lo sacan fuera y comen el corazón de cada granito, que es de donde salen las hojas, dejando sólo la parte de fuera, que les servirá de alimento todo el año, pues por mucho que llueva ya no puede germinar ni taponar con sus raíces y tallos las salidas del hormiguero.

»También veréis que, aunque tengan bastantes provisiones, siempre que hace buen tiempo salen al campo para recoger las pequeñas hierbecitas que encuentran, por si sus

reservas no les permitieran pasar todo el invierno. Como veis, no quieren estar ociosas ni malgastar el tiempo de vida que Dios les concede, pues se pueden aprovechar de él.

»Vos, señor conde, si la hormiga, siendo tan pequeña, da tales muestras de inteligencia y tiene tal sentido de la previsión, debéis pensar que no existe motivo para que ninguna persona -y sobre todo las que tienen responsabilidades de gobierno y han de velar por sus grandes señoríos- quiera vivir siempre de lo que ganó, pues por muchos que sean los bienes no durarán demasiado tiempo si cada día los gasta y nunca los repone. Además, eso parece que se haga por falta de valor y de energía para seguir en la lucha. Por tanto, debo aconsejar que, si queréis descansar y llevar una vida tranquila, lo hagáis teniendo presente vuestra propia dignidad y honra, y velando para que nada necesario os falte, ya que, si deseáis ser generoso y tenéis mucho que dar, no os faltarán ocasiones en que gastar para mayor honra vuestra.

Al conde le agradó mucho este consejo que Patronio le dio, obró según él y le fue muy provechoso.

Y como a don Juan le gustó el cuento, lo mandó poner en este libro e hizo unos versos que dicen así:

*No comas siempre de lo ganado,
pues en penuria no morirás honrado.*

Cuento XXIV

Lo que sucedió a un rey que quería probar a sus tres hijos

Un día hablaba el Conde Lucanor con Patronio, su consejero, y le dijo:

-Patronio, en mi casa se crían y educan muchos mancebos, que son hijos de grandes señores o de simples hidalgos, y en los cuales puedo ver cualidades muy diferentes. Por vuestro buen juicio y hasta donde os sea posible, os ruego que me digáis quiénes de esos mancebos llegarán a ser hombres cabales.

-Señor conde -contestó Patronio-, esto que me decís es difícil saberlo con certeza, pues no podemos conocer las cosas que están por venir y lo que preguntáis es cosa futura, por lo que no podemos saberlo con certidumbre; mas lo poco que de esto podemos intuir es por ciertos rasgos que aparecen en los jóvenes, tanto por dentro como por fuera. Así podemos observar por fuera que la cara, la apostura, el color, la forma del cuerpo y de los miembros son un reflejo de la constitución de los órganos más importantes, como el corazón, el cerebro o el hígado. Aunque son señales, nada podemos saber por ellas con exactitud, pues pocas veces concuerdan estas, ya que, si unas apuntan una cualidad, otras indican la contraria; con todo, las cosas suelen suceder según los indicios de estas señales.

»Los indicios más seguros son la cara y, sobre todo, la mirada, así como la apostura, que muy pocas veces nos engañan. No penséis que se llama apuesto al ser un hombre guapo o feo, pues muchos hombres son bellos y gentiles y no tienen apostura de hombre, y otros, que parecen feos, tienen mucha gracia y atractivo.

»La forma del cuerpo y de los miembros son señales de la constitución del hombre y nos indican si será valiente o cobarde; aunque, con todo, estas señales no revelan con certeza cómo serán sus obras. Como os digo, son simples señales y ello quiere decir que no son muy seguras, pues la señal sólo nos hace presumir que pueda ocurrir así. En fin, estas son las señales externas, que siempre resultan poco fiables para responder a lo que me preguntáis. Sin embargo, para conocer a los mancebos, son mucho más indicativas las señales interiores, y así me gustaría que supieseis cómo probó un rey moro a sus tres hijos, para saber quién habría de ocupar el trono a su muerte.

El conde le rogó que así lo hiciera.

-Señor Conde Lucanor -dijo Patronio-, un rey moro tenía tres hijos y, como el padre puede dejar el trono al hijo que quiera, cuando se hizo viejo, los hombres más ilustres de su reino le rogaron que indicara cuál de sus tres hijos le sucedería en el trono. El rey contestó que, pasado un mes, les daría la respuesta.

»Al cabo de unos días, una tarde dijo el rey a su hijo mayor que al día siguiente, de madrugada, quería cabalgar y deseaba que lo acompañara. Aquella mañana, llegó el infante mayor a la cámara del rey, pero no tan pronto como su padre le había ordenado. Cuando llegó, le dijo el rey que quería vestirse y que le hiciera traer la ropa; el infante mandó al camarero que la trajese, pero el camarero le preguntó qué ropa quería el rey. El infante volvió a preguntárselo a su padre, el cual respondió que quería la aljuba; el infante volvió y dijo al camarero que el rey quería la aljuba. El camarero le preguntó qué manto llevaría el rey, y el infante hubo de regresar junto al monarca para preguntárselo. Así ocurrió con cada vestidura, yendo y viniendo el infante con las preguntas, hasta que el rey lo tuvo preparado todo. Entonces vino el camarero, que vistió y calzó al monarca.

»Cuando el rey estuvo ya vestido y calzado, mandó al infante que le hiciera traer un caballo, y el infante se lo dijo al caballero; este le preguntó qué caballo quería el rey. El infante volvió a preguntárselo a su padre, y lo mismo ocurrió con la silla de montar, el freno, la espada y las espuelas; es decir, con todos los aparejos necesarios para cabalgar, preguntándole siempre al rey lo que quería.

»Cuando ya estaba todo preparado, dijo el rey al infante que no podía dar el paseo a caballo, pero que fuera él por la ciudad y se fijara bien en todas las cosas que viera, para que luego se las contara.

»El infante cabalgó en compañía de los hombres más ilustres de la corte y con músicos que tocaban tambores, timbales y toda clase de instrumentos. El infante dio un paseo por la ciudad y, cuando volvió junto al rey, este le preguntó qué opinaba de lo que había visto; le contestó el infante que todo estaba muy bien, salvo los timbales y tambores, que hacían mucho ruido.

»Pasados algunos días, el rey mandó al hijo segundo que fuese a su cámara por la mañana. El infante así lo hizo. El rey lo sometió a las mismas pruebas que al hermano mayor; el segundo obró como su hermano y respondió con las mismas palabras de su hermano.

»Y al cabo de pocos días, el rey mandó al hijo menor que viniese a verlo muy temprano. El infante madrugó mucho y se fue a las habitaciones del rey, donde esperó a que el rey despertara. Cuando su padre estuvo dispuesto, entró en la cámara real el hijo menor, que se postró ante su padre en señal de sumisión y respeto. El rey le ordenó que le trajeran la ropa. El infante le preguntó lo que quería ponerse para vestir y calzar, y de una sola vez fue por todo y se lo trajo, no queriendo ni permitiendo que nadie le vistiera sino él, con lo que daba a entender que se sentía orgulloso de que su padre, el rey, se viera cuidado y atendido solamente por él, pues era su padre y merecía cuantas atenciones le pudiera otorgar.

»Cuando el rey ya estaba vestido y calzado, ordenó al infante que hiciera traer su caballo. El infante le preguntó qué caballo deseaba, así como todo lo necesario para cabalgar, como la silla, el freno y la espada; también le preguntó quién quería que lo acompañase y cuantas cosas podía necesitar. Hecho esto, de una sola vez lo trajo todo y lo dispuso como el rey había ordenado.

»Cuando estaba todo dispuesto, el rey dijo al infante que no quería salir a pasear, que fuera él solo y que luego le contase todo cuanto viera. El infante salió a caballo acompañado por cortesanos y caballeros como lo habían hecho sus dos hermanos. Ninguno de ellos sabía qué pretendía el rey actuando así.

»Cuando el infante salió, mandó que le enseñaran el interior de la ciudad, las calles, el lugar donde se guardaba el tesoro real, las mezquitas y todos los monumentos; también preguntó cuántas personas vivían allí. Después salió fuera de las murallas y mandó que lo acompañasen todos los hombres de armas, de a pie y de a caballo, pidiéndoles que combatieran y le hicieran una demostración de su habilidad con las armas y cuantos ejercicios de ataque y defensa supieran. Luego revisó murallas, torres y fortalezas de la ciudad y, cuando lo hubo visto todo, volvió junto a su padre el rey.

»Regresó a palacio entrada la noche. El rey le preguntó por las cosas que había visto, contestándole el infante que, con su permiso, le diría la verdad. El rey, su padre, le ordenó que se la dijera, so pena de perder su bendición. El infante le respondió que, aunque lo consideraba un buen rey, no lo era tanto, pues si lo hubiera sido, como tenía tan buenos soldados y caballeros, tanto poder y tantos bienes, ya habría conquistado todo el mundo.

»Al rey le agradó mucho esta crítica sincera y aguda que le hizo el infante, por lo que, al llegar el plazo que había señalado a sus nobles, les señaló como heredero al hijo menor.

»El rey, señor conde, actuó así por las señales que vio en cada uno de sus hijos, pues, aunque hubiera preferido que le sucediera cualquiera de los otros dos, no lo juzgó acertado y eligió al menor por su prudencia.

»Y vos, señor conde, si queréis saber qué mancebo será hombre más valioso, fijaos en estas cosas y así podréis intuir algo y aun bastante de lo que cada uno llegará a ser.

Al conde le agradó mucho lo que Patronio le contó.

Y como don Juan pensó que era un buen cuento, lo mandó poner en este libro e hizo estos versos que dicen así:

*Por palabras y hechos bien podrás conocer,
en jóvenes mancebos, qué llegarán a ser.*

Cuento XXVI

Lo que sucedió al árbol de la Mentira

Un día hablaba el Conde Lucanor con Patronio, su consejero, y le dijo:

-Patronio, sabed que estoy muy pesaroso y en continua pelea con unos hombres que no me estiman, y son tan farsantes y tan embusteros que siempre mienten, tanto a mí como a quienes tratan. Dicen unas mentiras tan parecidas a la verdad que, si a ellos les resultan muy beneficiosas, a mí me causan gran daño, pues gracias a ellas aumentan su poder y levantan a la gente contra mí. Pensad que, si yo quisiera obrar como ellos, sabría hacerlo igual de bien; pero como la mentira es mala, nunca me he valido de ella. Por vuestro buen entendimiento os ruego que me aconsejéis el modo de actuar frente a estos hombres.

-Señor Conde Lucanor -dijo Patronio-, para que hagáis lo mejor y más beneficioso, me gustaría mucho contaros lo que sucedió a la Verdad y la Mentira.

El conde le pidió que así lo hiciera.

-Señor Conde Lucanor -dijo Patronio-, la Verdad y la Mentira se pusieron a vivir juntas una vez y, pasado cierto tiempo, la Mentira, que es muy inquieta, propuso a la Verdad que plantaran un árbol, para que les diese fruta y poder disfrutar de su sombra en los días más calurosos. La Verdad, que no tiene doblez y se conforma con poco, aceptó aquella propuesta.

»Cuando el árbol estuvo ya plantado y había empezado a crecer frondoso, la Mentira propuso a la Verdad que se lo repartieran entre las dos, cosa que agradó a la Verdad. La Mentira, dándole a entender con razonamientos muy bellos y bien contruidos que la raíz mantiene al árbol, le da vida y, por ello, es la mejor parte y la de mayor provecho, aconsejó a la Verdad que se quedara con las raíces, que viven bajo tierra, en tanto ella se contentaría con las ramitas que aún habían de salir y vivir por encima de la tierra, lo que sería un gran peligro, pues estarían a merced de los hombres, que las podrían cortar o pisar, cosa que también podrían hacer los animales y las aves. También le dijo que los grandes calores podrían secarlas, y quemarlas los grandes fríos; por el contrario, las raíces no estarían expuestas a estos peligros.

»Al oír la Verdad todas estas razones, como es bastante crédula, muy confiada y no tiene malicia alguna, se dejó convencer por su compañera la Mentira, creyendo ser verdad lo que le decía. Como pensó que la Mentira le aconsejaba coger la mejor parte, la Verdad se quedó con la raíz y se puso muy contenta con su parte. Cuando la Mentira terminó su reparto, se alegró muchísimo por haber engañado a su amiga, gracias a su hábil manera de mentir.

»La Verdad se metió bajo tierra para vivir, pues allí estaban las raíces, que ella había elegido, y la Mentira permaneció encima de la tierra, con los hombres y los demás seres vivos. Y como la Mentira es muy lisonjera, en poco tiempo se ganó la admiración de las gentes, pues su árbol comenzó a crecer y a echar grandes ramas y hojas que daban fresca sombra; también nacieron en el árbol flores muy hermosas, de muchos colores y gratas a la vista.

»Al ver las gentes un árbol tan hermoso, empezaron a reunirse junto a él muy contentas, gozando de su sombra y de sus flores, que eran de colores muy bellos; la mayoría de la gente permanecía allí, e incluso quienes vivían lejos se recomendaban el árbol de la Mentira por su alegría, sosiego y fresca sombra.

»Cuando todos estaban juntos bajo aquel árbol, como la Mentira es muy sabia y muy halagüeña, les otorgaba muchos placeres y les enseñaba su ciencia, que ellos aprendían con mucho gusto. De esta forma ganó la confianza de casi todos: a unos les enseñaba mentiras sencillas; a otros, más sutiles, mentiras dobles; y a los más sabios, mentiras triples.

»Señor conde, debéis saber que es mentira sencilla cuando uno dice a otro: «Don Fulano, yo haré tal cosa por vos», sabiendo que es falso. Mentira doble es cuando una persona hace solemnes promesas y juramentos, otorga garantías, autoriza a otros para que negocien por él y, mientras va dando tales certezas, va pensando la manera de cometer su engaño. Mas la mentira triple, muy dañina, es la del que miente y engaña diciendo la verdad.

»Tanto sabía de esto la Mentira y tan bien lo enseñaba a quienes querían acogerse a la sombra de su árbol, que los hombres siempre acababan sus asuntos engañando y mintiendo, y no encontraban a nadie que no supiera mentir que no acabara siendo iniciado en esa falsa ciencia. En parte por la hermosura del árbol y en parte también por la gran sabiduría que la Mentira les enseñaba, las gentes deseaban mucho vivir bajo aquella sombra y aprender lo que la Mentira podía enseñarles.

»Así la Mentira se sentía muy honrada y era muy considerada por las gentes, que buscaban siempre su compañía: al que menos se acercaba a ella y menos sabía de sus artes, todos lo despreciaban, e incluso él mismo se tenía en poco.

»Mientras esto le ocurría a la Mentira, que se sentía muy feliz, la triste y despreciada Verdad estaba escondida bajo la tierra, sin que nadie supiera de ella ni la quisiera ir a buscar. Viendo la Verdad que no tenía con qué alimentarse, sino con las raíces de aquel árbol que la Mentira le aconsejó tomar como suyas, y a falta de otro alimento, se puso a roer y a cortar para su sustento las raíces del árbol de la Mentira. Aunque el árbol tenía gruesas ramas, hojas muy anchas que daban mucha sombra y flores de colores muy alegres, antes de que llegase a dar su fruto fueron cortadas todas sus raíces pues se las tuvo que comer la Verdad.

»Cuando las raíces desaparecieron, estando la Mentira a la sombra de su árbol con todas las gentes que aprendían sus artimañas, se levantó viento y movió el árbol, que, como no tenía raíces, muy fácilmente cayó derribado sobre la Mentira, a la que hirió y quebró muchos huesos, así como a sus acompañantes, que resultaron muertos o malheridos. Todos, pues, salieron muy mal librados.

»Entonces, por el vacío que había dejado el tronco, salió la Verdad, que estaba escondida, y cuando llegó a la superficie vio que la Mentira y todos los que la acompañaban estaban muy maltrechos y habían recibido gran daño por haber seguido el camino de la Mentira.

»Vos, señor Conde Lucanor, fijaos en que la Mentira tiene muy grandes ramas y sus flores, que son sus palabras, pensamientos o halagos, son muy agradables y gustan mucho a las gentes, aunque sean efímeros y nunca lleguen a dar buenos frutos. Por ello, aunque vuestros enemigos usen de los halagos y engaños de la mentira, evitadlos cuanto pudiereis, sin imitarlos nunca en sus malas artes y sin envidiar la fortuna que hayan conseguido mintiendo, pues ciertamente les durará poco y no llegarán a buen fin. Así, cuando se encuentren más confiados, les sucederá como al árbol de la Mentira y a quienes se cobijaron bajo él. Aunque muchas veces en nuestros tiempos la verdad sea menospreciada, abrazaos a ella y tenedla en gran estima, pues por ella seréis feliz, acabaréis bien y ganaréis el perdón y la gracia de Dios, que os dará prosperidad en este mundo, os hará muy honrado y os concederá la salvación para el otro.

Al conde le agradó mucho este consejo que Patronio le dio, siguió sus enseñanzas y le fue bien.

Y viendo don Juan que este cuento era muy bueno, lo mandó poner en este libro y compuso unos versos que dicen así:

*Evitad la mentira y abrazad la verdad,
que su daño consigue el que vive en el mal.*

Cuento XXVII

Lo que sucedió con sus mujeres a un emperador y a Álvar Fáñez Minaya

Un día hablaba el Conde Lucanor con su consejero Patronio y le dijo:

-Patronio, tengo dos hermanos casados que viven su matrimonio de manera muy distinta, pues uno ama tanto a su esposa que apenas podemos lograr que se aparte de ella un solo día y no hace sino lo que ella quiere y, aun antes, se lo consulta. Del otro, sin embargo, os diré que nadie puede lograr que vea a su mujer ni que entre en la casa donde vive. Como estoy muy preocupado por el comportamiento de los dos, os ruego que me digáis la forma de poner fin a esta situación tan extremosa.

-Señor Conde Lucanor -dijo Patronio-, por lo que me decís, vuestros dos hermanos están muy equivocados, pues ni uno debería demostrar tanto amor a su esposa ni el otro tanta indiferencia. Probablemente su error depende del carácter de sus mujeres y así querría contaros lo que sucedió al emperador Federico y a Álvar Fáñez Minaya con sus esposas.

El conde le preguntó lo que había ocurrido.

-Señor Conde Lucanor -dijo Patronio-, os contaré primero lo que sucedió al emperador Federico, y después lo que ocurrió a don Álvar Fáñez, porque son dos historias distintas y no pueden mezclarse.

»El emperador Federico casó, según su rango, con una doncella de alto linaje; pero no era feliz, pues antes de casarse no se había enterado de su mal genio. Después del matrimonio, y aunque ella era buena y honrada, comenzó a mostrar el carácter más rebelde y más díscolo que pueda imaginarse: si el emperador quería comer, ella ayunar; si el emperador quería dormir, ella levantarse; si el emperador le tomaba afecto a alguien, ella le demostraba antipatía. ¿Qué más os diré? Cuanto le agradaba al emperador, le desagradaba a ella. En fin, hacía todo lo contrario de su marido.

»El emperador soportó aquella vida algún tiempo, pero, viendo que de ningún modo podría corregir a su esposa, ni con sus advertencias ni con las de otros, ni con amenazas, ni con ruegos o halagos, y viendo también la áspera vida que le esperaba y el daño que le traería a su reino la mala condición de la emperatriz, fue a ver al Papa, y le dijo lo que pasaba y el peligro en que se encontraban su pueblo y él por el pésimo carácter de su esposa la emperatriz. El emperador pidió al Papa que, si pudiese, anulara el matrimonio, aunque él sabía que era imposible según la ley de Dios, pero tampoco podían vivir juntos por el carácter áspero de la emperatriz.

»Como no encontraba otro remedio, el Papa le dijo al emperador que encomendaba la solución a su buen entendimiento, porque no podía dar la penitencia antes del pecado.

»El emperador se despidió del Papa, se volvió a su casa, e intentó corregir a la emperatriz con halagos, amenazas, advertencias y con cuantas maneras parecieron bien

a él y a todos los suyos, sin que nada diera resultado, pues, cuanto más le insistían para que cambiase tanto, más áspera y desabrida se mostraba ella.

»Cuando vio el Emperador que no podía alterar la condición de su esposa, le dijo un día que quería ir a cazar ciervos y que se llevaría un poco de la hierba con que envenenan las flechas para matarlos, dejando el resto en la casa para otra cacería. También le dijo que por nada del mundo se pusiese aquellas hierbas sobre sarna, pústula o herida que sangrase, porque era tan fuerte su veneno que no había nadie a quien aquellas hierbas no provocasen la muerte. El emperador tomó otro unguento muy bueno y muy eficaz para las llagas y, delante de ella, se lo aplicó en aquellas partes del cuerpo que no estaban sanas; ella y cuantos allí estaban vieron que en seguida quedaba curado. Le dijo después a su esposa, en presencia de numerosos cortesanos y de otras personas, que se diese de aquel unguento en cualquier llaga que tuviera. Y dicho esto, tomó la hierba que necesitaba para envenenar las flechas y se fue a cazar ciervos.

»Cuando el emperador hubo partido, se puso la emperatriz colérica y comenzó a decir:

»-¡Ved lo que me dice ahora el falso del emperador! Como sabe que mi sarna no es como la suya, me dice que me aplique el unguento que se ha dado él, porque así yo no podré sanar; pero del otro unguento, que es el más indicado para mí, me dice que no debo darle. Mas, por darle pesar, yo me untaré con él y, cuando vuelva, me encontrará sana. Estoy segura de que nada le molestará más; por eso lo haré.

»Los caballeros y las damas que la acompañaban le rogaron y suplicaron con lágrimas en los ojos que no lo hiciese y le decían que tuviese por cierto que moriría si se aplicaba aquellas hierbas.

»A pesar de sus ruegos, no lo quiso hacer: tomó las hierbas y se dio con ellas en las llagas. Y al poco tiempo le aparecieron los primeros síntomas de muerte. Si ella hubiera podido, se habría arrepentido de lo que había hecho, pero ya no le quedaba tiempo. Así murió, por su carácter díscolo y rebelde.

»Mas a don Álvaro Fáñez le sucedió lo contrario, y así os contaré lo que le ocurrió.

»Era don Álvaro Fáñez un caballero muy justo y muy honrado, fundador de la villa de Íscar, y un día fue a ver al conde don Pedro Ansúrez, que vivía en Cuéllar con sus tres hijas. Después de haber comido, le preguntó el conde a Álvaro Fáñez a qué se debía la sorpresa y el placer de su visita. Álvaro Fáñez le contestó que venía para pedirle a una de sus hijas en matrimonio, pero antes quería hablar con ellas, conocerlas y elegir a la que más le gustara. Viendo el conde que Dios le favorecía con este casamiento, le dijo que tendría mucho gusto con que todo se hiciera así.

»Don Álvaro Fáñez se quedó a solas con la hija mayor y le dijo que, si ella aceptaba, le gustaría tomarla por esposa, pero antes debía saber algunas cosas muy importantes sobre su vida. Lo primero, que él ya no era joven y que, por las muchas heridas sufridas en las batallas en que había luchado, tenía tan débil la cabeza que, por muy poco vino que bebiese, perdía el juicio y se ponía tan violento que no sabía lo que decía, habiendo llegado incluso a maltratar a algunas personas con tanta furia que, al volver en sí, se arrepentía de haberlo hecho. También debería saber que, cuando estaba dormido, no

podía controlar en la cama sus necesidades. Y tantas cosas como estas le dijo que ninguna mujer, aunque no fuera muy inteligente, podría sentirse bien casada con él.

»Cuando le oyó decir esto, la hija del conde le contestó que el casamiento no dependía de ella sino de sus padres. Después se alejó de don Álvaro Fáñez y volvió junto a su padre. Este y su madre le preguntaron qué deseaba hacer y, como la hija no comprendió bien la prueba a que la sometió don Álvaro Fáñez, les contestó que prefería la muerte a casarse con él, por las cosas que le había dicho.

»El conde no quiso referírsele así a don Álvaro Fáñez, sino que le respondió que su hija aún no deseaba contraer matrimonio.

»Don Álvaro Fáñez habló, después de esto, con la hija mediana. Y ocurrió con ella como con la mayor. Después habló con la tercera, a la que dijo las mismas cosas que a sus hermanas.

»Ella respondió a don Álvaro Fáñez que daba gracias a Dios por este casamiento; también le dijo que, si el vino le sentaba mal, ella lo encubriría de las gentes y nadie lo notaría; y también le dijo que, aunque él se sintiera viejo, no por ello renunciaría a la felicidad y al honor de ser su esposa; y sobre lo que dijo de su mal carácter y de sus golpes a las personas, le contestó que no debía preocuparse, porque ella no le daría motivo y, si alguna vez la maltrataba, lo llevaría con resignación.

»Y a todas las cosas que don Álvaro Fáñez le dijo, le supo responder tan bien que el caballero quedó muy contento y dio gracias a Dios por haber encontrado una mujer tan inteligente. Después le dijo al conde don Pedro que quería casarse con la más pequeña de sus hijas. Al conde le agradó mucho este matrimonio y pronto celebraron las bodas. Luego don Álvaro Fáñez partió hacia sus tierras con su mujer, que se llamaba doña Vascañana.

»Llegados a casa de Álvaro Fáñez, ella fue tan buena esposa y tan inteligente que su marido se juzgó por bien casado y ordenó que todos hicieran cuanto ella mandara. Esto lo hacía él por dos razones: la primera, porque Dios la había hecho tan buena, tan amante de su esposo y tan respetuosa con sus decisiones que, cuanto hacía y decía don Álvaro Fáñez, le parecía a ella que era verdaderamente lo más acertado; y tanto le agradaba a ella cuanto su marido hacía y decía que jamás lo contrarió en algo que fuera de su gusto. No penséis que hacía esto por halagarlo o lisonjearlo, sino porque verdaderamente creía y sentía que todo lo que don Álvaro Fáñez quería, hacía o decía no podía ser mejorado ni entrañaba ningún error. Primero por esto, y en segundo lugar porque ella demostraba siempre tan buen juicio y tomaba decisiones tan acertadas, la amaba y honraba don Álvaro Fáñez, que se dejaba guiar por sus recomendaciones, pues siempre le aconsejaba y buscaba lo que favorecía la honra y provecho del conde, su esposo. Nunca pidió a su marido que hiciese algo para darle gusto a ella, sino sólo aquello que le fuera conveniente y provechoso como caballero.

»Sucedió que una vez, estando en su casa don Álvaro Fáñez, lo visitó un sobrino suyo, que vivía en palacio con el rey, y su visita le agradó mucho. Pasados unos días, le dijo su sobrino que era persona de buenas condiciones, pero que le hallaba un defecto. Don Álvaro Fáñez le preguntó cuál era. El sobrino le contestó que su único defecto era

hacer mucho caso a su mujer y entregarle a ella el cuidado de todos sus bienes y tierras. Don Álvaro Fáñez le dijo que de allí a pocos días le daría una respuesta adecuada.

»Y sin decir nada de esta conversación a su mujer, Álvaro Fáñez partió a caballo hacia otras tierras y estuvo allí algunos días, acompañado por su sobrino. Después mandó venir a doña Vascañana, saliendo su esposo a recibirla a mitad del camino, aunque no hablaron entre sí ni tampoco tuvieron tiempo para ello.

»Álvar Fáñez y su sobrino iban delante, y doña Vascañana detrás. Fueron cabalgando así y, al rato, Álvaro Fáñez y su sobrino vieron gran cantidad de vacas. Y dijo don Álvaro Fáñez:

»-¿Has visto, sobrino, qué yeguas tan hermosas hay en estas tierras?

»Al oír esto, su sobrino quedó muy sorprendido y pensó que su tío se lo decía en broma; no obstante, le preguntó por qué decía que eran yeguas si bien se veía que eran vacas.

»Entonces Álvaro Fáñez se asombró mucho y dijo a su sobrino que pensaba que había perdido el juicio, pues estaba muy claro que aquellas eran yeguas.

»Cuando el sobrino vio cómo su tío lo afamaba una y otra vez, con absoluta seriedad, quedó aterrorizado y pensó que sin duda se había vuelto loco.

»Don Álvaro Fáñez siguió manteniendo sus afirmaciones, hasta que llegó doña Vascañana, que venía tras ellos. Al verla, don Álvaro Fáñez, le dijo a su sobrino:

»-Mirad, sobrino mío, por ahí viene mi esposa, que dirimirá esta discusión.

»Al sobrino le pareció esto muy bien, por lo que, al llegar su tía, le dijo:

»-Señora, mi tío y yo estamos discutiendo, pues él dice que estas vacas son yeguas, pero yo digo que son vacas; y tanto hemos porfiado que él me toma por loco, aunque yo creo que él ha perdido el juicio. Por favor, señora, juzgad quién dice la verdad.

»Cuando doña Vascañana oyó decir esto a su sobrino, aunque a ella también le parecían vacas, pensó que, si su marido decía que eran yeguas, no podía estar equivocado y, por tanto, tenían que ser yeguas, aunque todos afamaran lo contrario. Por eso dijo a su sobrino y a todos los presentes:

»-¡Por Dios, sobrino, cuánto siento lo que decís! Pero esperaba de vos, que tanto tiempo habéis vivido en palacio, mayor cordura y sentido común, pues demostráis falta de juicio e incluso de vista si confundís yeguas con vacas.

»Luego doña Vascañana le comenzó a demostrar que, por la forma, el color y otros muchos detalles, eran yeguas y no vacas, y que su tío no podía estar equivocado ni de palabra ni de pensamiento; y, así, era cierto lo que decía. Tanto lo aseguró ella, que su sobrino y los presentes comenzaron a pensar que eran ellos los confundidos y que las vacas eran yeguas, según decía don Álvaro Fáñez. Ocurrido esto, sobrino y tío siguieron

camino adelante y vieron gran cantidad de yeguas. Entonces dijo don Álvaro Fáñez a su sobrino:

»-¡Ajá, sobrino! Estas son las vacas y no las que vos decíais antes, que eran yeguas.

»Cuando el sobrino lo oyó, dijo a su tío:

»-¡Por Dios, tío! Si vos estáis en lo cierto, el diablo me ha traído a mí a estas tierras; porque si de verdad son vacas, yo habré perdido el juicio, pues estas serían yeguas en cualquier lugar del mundo.

»Y don Álvaro Fáñez comenzó a porfiar que eran vacas. Así estuvieron hasta que llegó doña Vascañana, a la que contaron lo que afirmaban su marido y el sobrino. Aunque a ella le parecía que el sobrino tenía razón, en ningún momento pensó que su marido estuviera equivocado ni que pudiera ser verdad otra cosa distinta a la que él afirmaba. Por ello comenzó a buscar argumentos para demostrar que era verdad lo que afirmaba su marido, y encontró tantos y tan concluyentes que su sobrino y los que allí estaban pensaron que su razón y sus ojos les hacían confundirse y que estaba en lo cierto don Álvaro Fáñez. Así pasó por esta vez.

»Tío y sobrino siguieron caminando hasta llegar a un río donde había muchos molinos. Mientras los caballos bebían, comenzó a decir don Álvaro Fáñez que las aguas de aquel río corrían hacia su nacimiento y que aquellos molinos recibían el agua en sentido contrario.

»El sobrino de Álvaro Fáñez se tuvo por loco cuando le oyó decir esto, porque pensó que, si ya se había confundido con las vacas y las yeguas, también lo estaría ahora al pensar que el río discurría en sentido contrario al que decía su tío. Así estuvieron porfiando hasta que llegó doña Vascañana. Cuando le contaron la discusión que tío y sobrino mantenían, aunque a ella le parecía verdad la opinión del sobrino, no se dejó llevar de su propio juicio y pensó que era verdad lo que decía su marido. Y buscó tantas y tan buenas razones con que apoyarlo que el sobrino y todos los acompañantes creyeron que aquella era la única verdad.

»Y desde aquel día quedó como refrán que, si el marido dice que el río corre aguas arriba, la buena esposa así lo debe creer y decir que es verdad.

»Cuando el sobrino vio que con los argumentos de doña Vascañana se demostraba la veracidad de cuanto decía don Álvaro Fáñez y que él estaba equivocado al no distinguir unas cosas de otras, sintió pena de sí mismo y pensó que había perdido el juicio.

»Después de caminar largo trecho por el camino, viendo don Álvaro Fáñez a su sobrino muy preocupado y muy triste, le habló así:

»-Sobrino, ya os he dado respuesta a lo que me dijisteis el otro día sobre lo que todos consideraban un defecto en mí, por hacer siempre caso a mi mujer; tened por seguro que, cuanto hoy ha ocurrido, lo he preparado para que vieseis cómo es ella y que hago bien si me dejo llevar por sus consejos. También debo deciros que para mí las primeras vacas que vimos, de las que yo decía que eran yeguas, eran vacas como vos

defendíais; y cuando doña Vascuñana llegó y os oyó decir que para mí eran yeguas, estoy seguro de que ella creía que vos decíais la verdad, pero, como confía tanto en mi recto juicio y piensa que nunca puedo estar confundido, pensó que ella y vos erais los equivocados. Y por eso buscó argumentos tan concluyentes que os convenció a vos y a todos los presentes de que yo estaba en lo cierto; eso mismo ocurrió con lo de las yeguas y lo del molino. Os aseguro que, desde el día de nuestra boda, nunca la vi hacer o decir algo en su propio provecho o deleite, sino sólo lo que yo quisiere; tampoco se ha enojado nunca por lo que yo hiciera. Y, para ella, cualquier cosa, que yo decida, siempre será lo mejor; además, cuanto debe hacer por su estado o porque yo se lo pido, lo hace muy bien, buscando siempre mi honra y provecho y queriendo que, de esta forma, todos sepan que yo soy el señor y como tal debo ser obedecido y honrado; no desea para sí ni fama ni premio por lo que hace, sino que todos sepan en qué puede servirme y mi agrado por cuanto ella hace. Creo que, si un moro del otro lado del mar hiciese esto por mí, yo lo debería amar, estimar y seguir sus consejos; cuánto más a la mujer con quien estoy casado. Y ahora, sobrino, os he dado respuesta al reproche que el otro día me hicisteis.

»Al sobrino de Álvaro Fáñez lo convencieron estas razones y comprendió que, si doña Vascuñana era de tan buen juicio y buena voluntad, hacía bien su tío amándola y confiando en ella y haciendo por ella cuanto hacía.

»Como veis, fueron muy distintas la mujer del emperador y la de Álvaro Fáñez.

»Señor Conde Lucanor, si vuestros hermanos son tan distintos que uno hace cuanto su mujer quiere y el otro no la toma en consideración, ello se debe a que sus mujeres llevan la misma vida que llevaron la emperatriz y doña Vascuñana. Si sus esposas son así, no debéis asombraros ni culpar a vuestros hermanos; pero si no son ni tan buenas ni tan rebeldes como las dos de las que os he hablado, vuestros hermanos tendrán parte de culpa, porque, aunque ese hermano vuestro, que ama mucho a su mujer, hace bien en quererla, debemos pensar que esa estima tiene que limitarse a sus justos términos y no más. Pues si un hombre quiere estar siempre junto a su mujer y por ello deja de ir a los sitios o a los asuntos que le convengan, debéis pensar que está equivocado; pensad también que, si por complacerla o satisfacerla, el marido no cumple lo que pertenece a su clase o a su honra, también está muy equivocado. Pero, exceptuadas estas cosas, cuanta honra, estima y confianza demuestre el marido a su mujer, le están permitidas y así deberá tratarla. También os digo que el esposo, en asuntos de poca importancia, debe evitarle disgustos o contrariedades a su mujer y, sobre todo, no debe inducirla al pecado, pues de él nacen muchos males: primero, por la propia maldad del pecado y, segundo, porque, para desenojarla y complacerla, el marido habrá de hacer cosas perjudiciales para su fama y hacienda. Pero al que por su mala suerte tuviere una mujer tan rebelde como la emperatriz, pues al comienzo no supo o no pudo poner remedio, no le queda otra solución sino soportar su desgracia hasta que Dios quiera. Pero sabed que, para evitar lo uno y lograr lo otro, el marido, desde el primer día de matrimonio, debe hacerle ver a su mujer que él es el señor y cómo ha de comportarse ella.

»Pienso que vos, señor conde, siguiendo estas reflexiones, bien podéis aconsejar a vuestros hermanos de qué manera han de portarse con sus mujeres.

Al conde le agradó mucho lo que le dijo Patronio, pues le pareció que era verdad y muy razonable.

Como don Juan pensó que estos dos relatos eran muy buenos, los mandó poner en este libro y escribió los versos que dicen así:

*Desde el comienzo debe el hombre enseñar
a su mujer cómo se ha deportar.*

Cuento XXIX

Lo que sucedió a una zorra que se tendió en la calle y se hizo la muerta



Hablando otro día el Conde Lucanor con Patronio, su consejero, le dijo así:

-Patronio, un pariente mío vive en un lugar donde le hacen frecuentes atropellos, que no puede impedir por falta de poder, y los nobles de allí querrían que hiciese alguna cosa que les sirviera de pretexto para juntarse contra él. A mi pariente le resulta muy penoso sufrir cuantas afrentas le hacen y está dispuesto a arriesgarlo todo antes que seguir viviendo de ese modo. Como yo quisiera que él hiciera lo más conveniente, os ruego que me digáis qué debo aconsejarle para que viva como mejor pueda en aquellas tierras.

-Señor Conde Lucanor -dijo Patronio-, para que le podáis aconsejar lo que debe hacer, me gustaría que supierais lo sucedido a una zorra que se hizo la muerta.

El conde le preguntó cómo había pasado eso.

-Señor Conde Lucanor -dijo Patronio-, una zorra entró una noche en un corral donde había gallinas y tanto se entretuvo en comerlas que, cuando pensó marcharse, ya era de día y las gentes estaban en las calles. Cuando comprobó que no se podía esconder, salió sin hacer ruido a la calle y se echó en el suelo como si estuviese muerta. Al verla, la gente pensó que lo estaba y nadie le hizo caso.

»Al cabo de un rato pasó por allí un hombre que dijo que los cabellos de la frente de la zorra eran buenos para evitar el mal de ojo a los niños, y, así, le trasquiló con unas tijeras los pelos de la frente.

»Después se acercó otro, que dijo lo mismo sobre los pelos del lomo; después otro, que le cortó los de la ijada; y tantos le cortaron el pelo que la dejaron repelada. A pesar de todo, la zorra no se movió, porque pensaba que perder el pelo no era un daño muy grave.

»Después se acercó otro hombre, que dijo que la uña del pulgar de la zorra era muy buena para los tumores; y se la quitó. La zorra seguía sin moverse.

»Después llegó otro que dijo que los dientes de zorra eran buenos para el dolor de muelas. Le quitó uno, y la zorra tampoco se movió esta vez.

»Por último, pasado un rato, llegó uno que dijo que el corazón de la zorra era bueno para el dolor del corazón, y echó mano al cuchillo para sacárselo. Viendo la zorra que le querían quitar el corazón, y que si se lo quitaban no era algo de lo que pudiera prescindir, y que por ello moriría, pensó que era mejor arriesgarlo todo antes que perder ciertamente su vida. Y así se esforzó por escapar y salvó la vida.

»Y vos, señor conde, aconsejad a vuestro pariente que dé a entender que no le preocupan esas ofensas y que las tolere, si Dios lo puso en una tierra donde no puede evitarlas ni tampoco vengarlas como corresponde, mientras esas ofensas y agravios los pueda soportar sin gran daño para él y sin pérdida de la honra; pues cuando uno no se tiene por ofendido, aunque le afrenten, no sentirá humillación. Pero, en cuanto los demás sepan que se siente humillado, si desde ese momento no hace cuanto debe para recuperar su honor, será cada vez más afrentado y ofendido. Y por ello es mejor soportar las ofensas leves, pues no pueden ser evitadas; pero si los ofensores cometieren agravios o faltas a la honra, será preciso arriesgarlo todo y no soportar tales afrentas, porque es mejor morir en defensa de la honra o de los derechos de su estado, antes que vivir aguantando indignidades y humillaciones.

El conde pensó que este era un buen consejo.

Y don Juan lo mandó poner en este libro e hizo estos versos que dicen así:

*Soporta las cosas mientras pudieras,
y véngate sólo cuando debieras.*

Cuento XXX

Lo que sucedió al Rey Abenabet de Sevilla con Romaiquía, su mujer

Un día hablaba el Conde Lucanor con Patronio, su consejero, de este modo:

-Patronio, mirad lo que me sucede con un hombre: muchas veces me pide que lo ayude y lo socorra con algún dinero; aunque, cada vez que así lo hago, me da muestras de agradecimiento, cuando me vuelve a pedir, si no queda contento con cuanto le doy, se enfada, se muestra descontentadizo y parece haber olvidado cuantos favores le he hecho anteriormente. Como sé de vuestro buen juicio, os ruego que me aconsejéis el modo de portarme con él.

-Señor Conde Lucanor -dijo Patronio-, me parece que os ocurre con este hombre lo que le sucedió al rey Abenabet de Sevilla con Romaiquía, su mujer.

El conde le preguntó qué les había pasado.

-Señor conde -dijo Patronio-, el rey Abenabet estaba casado con Romaiquía y la amaba más que a nadie en el mundo. Ella era muy buena y los moros aún la recuerdan por sus dichos y hechos ejemplares; pero tenía un defecto, y es que a veces era antojadiza y caprichosa.

»Sucedió que un día, estando en Córdoba en el mes de febrero, cayó una nevada y, cuando Romaiquía vio la nieve, se puso a llorar. El rey le preguntó por qué lloraba, y ella le contestó que porque nunca la dejaba ir a sitios donde nevara. El rey, para complacerla, pues Córdoba es una tierra cálida y allí no suele nevar, mandó plantar almendros en toda la sierra de Córdoba, para que, al florecer en febrero, pareciesen cubiertos de nieve y la reina viera cumplido su deseo.

»Y otra vez, estando Romaiquía en sus habitaciones, que daban al río, vio a una mujer, que, descalza en la glera, removía el lodo para hacer adobes. Y cuando la reina la vio, comenzó a llorar. El rey le preguntó el motivo de su llanto, y ella le contestó que nunca podía hacer lo que quería, ni siquiera lo que aquella humilde mujer. El rey, para complacerla, mandó llenar de agua de rosas un gran lago que hay en Córdoba; luego ordenó que lo vaciaran de tierra y llenaran de azúcar, canela, espliego, clavo, almizcle, ámbar y algalia, y de cuantas especias desprenden buenos olores. Por último, mandó arrancar la paja, con la que hacen los adobes, y plantar allí caña de azúcar. Cuando el lago estuvo lleno de estas cosas y el lodo era lo que podéis imaginar, dijo el rey a su esposa que se descalzase y que pisara aquel lodo e hiciese con él cuantos adobes gustara.

»Otra vez, porque se le antojó una cosa, comenzó a llorar Romaiquía. El rey le preguntó por qué lloraba y ella le contestó que cómo no iba a llorar si él nunca hacía nada por darle gusto. El buen rey, viendo que ella no apreciaba tantas cosas como había hecho por complacerla y no sabiendo qué más pudiera hacer, le dijo en árabe estas palabras: «*Wa la mahar aten?*»; que quiere decir: «¿Ni siquiera el día de lodo?»; para darle a entender que, si se había olvidado de tantos caprichos en los que él la había complacido, debía recordar siempre el lodo que él había mandado preparar para contentarla.

»Y así a vos, señor conde, si ese hombre olvida y no agradece cuanto por él habéis hecho, simplemente porque no lo hicisteis como él quisiera, os aconsejo que no hagáis nada por él que os perjudique. Y también os aconsejo que, si alguien hiciese por vos algo que os favorezca, pero después no hace todo lo que vos quisierais, no por eso olvidéis el bien que os ha hecho.

Al conde le pareció este un buen consejo, lo siguió y le fue muy bien.

Y viendo don Juan que esta era una buena historia, la mandó poner en este libro e hizo los versos, que dicen así:

*Por quien no agradece tus favores,
no abandones nunca tus labores.*

Cuento XXXI

Lo que ocurrió entre los canónigos y los franciscanos en París

Otro día hablaba el Conde Lucanor con Patronio, su consejero y le dijo:

-Patronio, un amigo mío y yo querríamos hacer alguna cosa muy provechosa y de mucha honra para los dos; yo podría hacerla ya, pero no me atrevo hasta que venga él. Por el buen entendimiento que os concedió Dios, os pido vuestro consejo en este asunto.

-Señor conde -dijo Patronio-, para que hagáis lo que me parece más provechoso, me gustaría contaros lo que ocurrió a los canónigos y a los frailes franciscanos en París.

El conde le pidió que se lo contara.

-Señor conde -dijo Patronio-, los canónigos decían que, como ellos eran cabeza de la Iglesia, debían tocar las horas antes que nadie. Los frailes alegaban, por su parte, que ellos debían estudiar, levantarse a maitines y que no podían perder horas de estudio. Alegaron, además, que, estando exentos de obediencia al obispo, no tenían por qué esperar a nadie.

»El pleito duró mucho tiempo y costó mucho dinero a las dos partes, por los abogados y por llevar el asunto a Roma. Al fin, un nuevo papa encargó de esto a un cardenal y le ordenó que fallara el pleito inmediatamente.

»El cardenal hizo que le entregaran el sumario del proceso, que era tan grande que verlo daba espanto. Cuando el cardenal tuvo delante todo el sumario, citó a ambas partes para que vinieran a escuchar la sentencia y, cuando, personadas las partes, estaban delante del tribunal, el cardenal mandó destruir todos los papeles y les dijo así:

»-Amigos, este pleito ha durado mucho, habéis gastado en él mucho dinero y os habéis hecho mucho daño; como yo no quiero dilatarlo, sentencio que el que se despierte antes, taña antes.

Y vos, señor conde Lucanor, si la cosa es conveniente para ambos, y vos solo la podéis hacer, os aconsejo que la hagáis sin demora, pues muchas veces se pierden las buenas empresas por aplazarlas y después, cuando querríamos hacerlas, ya no es posible.

Con esta historia, el conde se sintió bien aconsejado, lo hizo así y le salió muy bien.

Y viendo don Juan que este cuento era bueno, lo mandó poner en este libro e hizo estos versos, que dicen así:

*Si algo muy provechoso tú puedes hacer
no dejes que con el tiempo se te pueda perder.*

Cuento XXXII

Lo que sucedió a un rey con los burladores que hicieron el paño

Otra vez le dijo el Conde Lucanor a su consejero Patronio:

-Patronio, un hombre me ha propuesto un asunto muy importante, que será muy provechoso para mí; pero me pide que no lo sepa ninguna persona, por mucha confianza que yo tenga en ella, y tanto me encarece el secreto que afirma que puedo perder mi hacienda y mi vida, si se lo descubro a alguien. Como yo sé que por vuestro claro entendimiento ninguno os propondría algo que fuera engaño o burla, os ruego que me digáis vuestra opinión sobre este asunto.

-Señor Conde Lucanor -dijo Patronio-, para que sepáis lo que más os conviene hacer en este negocio, me gustaría contaros lo que sucedió a un rey moro con tres pícaros granujas que llegaron a palacio.

Y el conde le preguntó lo que había pasado.

-Señor conde -dijo Patronio-, tres pícaros fueron a palacio y dijeron al rey que eran excelentes tejedores, y le contaron cómo su mayor habilidad era hacer un paño que sólo podían ver aquellos que eran hijos de quienes todos creían su padre, pero que dicha tela nunca podría ser vista por quienes no fueran hijos de quien pasaba por padre suyo.

»Esto le pareció muy bien al rey, pues por aquel medio sabría quiénes eran hijos verdaderos de sus padres y quiénes no, para, de esta manera, quedarse él con sus bienes, porque los moros no heredan a sus padres si no son verdaderamente sus hijos. Con esta intención, les mandó dar una sala grande para que hiciesen aquella tela.

»Los pícaros pidieron al rey que les mandase encerrar en aquel salón hasta que terminaran su labor y, de esta manera, se vería que no había engaño en cuanto proponían. Esto también agradó mucho al rey, que les dio oro, y plata, y seda, y cuanto fue necesario para tejer la tela. Y después quedaron encerrados en aquel salón.

»Ellos montaron sus telares y simulaban estar muchas horas tejiendo. Pasados varios días, fue uno de ellos a decir al rey que ya habían empezado la tela y que era muy hermosa; también le explicó con qué figuras y labores la estaban haciendo, y le pidió que fuese a verla él solo, sin compañía de ningún consejero. Al rey le agradó mucho todo esto.

»El rey, para hacer la prueba antes en otra persona, envió a un criado suyo, sin pedirle que le dijera la verdad. Cuando el servidor vio a los tejedores y les oyó comentar entre ellos las virtudes de la tela, no se atrevió a decir que no la veía. Y así, cuando volvió a palacio, dijo al rey que la había visto. El rey mandó después a otro servidor, que afamó también haber visto la tela.

»Cuando todos los enviados del rey le aseguraron haber visto el paño, el rey fue a verlo. Entró en la sala y vio a los falsos tejedores hacer como si trabajasen, mientras le decían: «Mirad esta labor. ¿Os place esta historia? Mirad el dibujo y apreciad la variedad de los colores». Y aunque los tres se mostraban de acuerdo en lo que decían, la verdad es que no habían tejido tela alguna. Cuando el rey los vio tejer y decir cómo era la tela, que otros ya habían visto, se tuvo por muerto, pues pensó que él no la veía porque no era hijo del rey, su padre, y por eso no podía ver el paño, y temió que, si lo decía, perdería el reino. Obligado por ese temor, alabó mucho la tela y aprendió muy bien todos los detalles que los tejedores le habían mostrado. Cuando volvió a palacio, comentó a sus cortesanos las excelencias y primores de aquella tela y les explicó los dibujos e historias que había en ella, pero les ocultó todas sus sospechas.

»A los pocos días, y para que viera la tela, el rey envió a su gobernador, al que le había contado las excelencias y maravillas que tenía el paño. Llegó el gobernador y vio a los pícaros tejer y explicar las figuras y labores que tenía la tela, pero, como él no la veía, y recordaba que el rey las había visto, juzgó no ser hijo de quien creía su padre y pensó que, si alguien lo supiese, perdería honra y cargos. Con este temor, alabó mucho la tela, tanto o más que el propio rey.

»Cuando el gobernador le dijo al rey que había visto la tela y le alabó todos sus detalles y excelencias, el monarca se sintió muy desdichado, pues ya no le cabía duda de que no era hijo del rey a quien había sucedido en el trono. Por este motivo, comenzó a alabar la calidad y belleza de la tela y la destreza de aquellos que la habían tejido.

»Al día siguiente envió el rey a su valido, y le ocurrió lo mismo. ¿Qué más os diré? De esta manera, y por temor a la deshonra, fueron engañados el rey y todos sus vasallos, pues ninguno osaba decir que no veía la tela.

»Así siguió este asunto hasta que llegaron las fiestas mayores y pidieron al rey que vistiese aquellos paños para la ocasión. Los tres pícaros trajeron la tela envuelta en una sábana de lino, hicieron como si la desenvolviesen y, después, preguntaron al rey qué clase de vestidura deseaba. El rey les indicó el traje que quería. Ellos le tomaron medidas y, después, hicieron como si cortasen la tela y la estuvieran cosiendo.

»Cuando llegó el día de la fiesta, los tejedores le trajeron al rey la tela cortada y cosida, haciéndole creer que lo vestían y le alisaban los pliegues. Al terminar, el rey pensó que ya estaba vestido, sin atreverse a decir que él no veía la tela.

»Y vestido de esta forma, es decir, totalmente desnudo, montó a caballo para recorrer la ciudad; por suerte, era verano y el rey no padeció el frío.

»Todas las gentes lo vieron desnudo y, como sabían que el que no viera la tela era por no ser hijo de su padre, creyendo cada uno que, aunque él no la veía, los demás sí, por miedo a perder la honra, permanecieron callados y ninguno se atrevió a descubrir

aquel secreto. Pero un negro, palafrenero del rey, que no tenía honra que perder, se acercó al rey y le dijo: «Señor, a mí me da lo mismo que me tengáis por hijo de mi padre o de otro cualquiera, y por eso os digo que o yo soy ciego, o vais desnudo».

»El rey comenzó a insultarlo, diciendo que, como él no era hijo de su padre, no podía ver la tela.

»Al decir esto el negro, otro que lo oyó dijo lo mismo, y así lo fueron diciendo hasta que el rey y todos los demás perdieron el miedo a reconocer que era la verdad; y así comprendieron el engaño que los pícaros les habían hecho. Y cuando fueron a buscarlos, no los encontraron, pues se habían ido con lo que habían estafado al rey gracias a este engaño.

»Así, vos, señor Conde Lucanor, como aquel hombre os pide que ninguna persona de vuestra confianza sepa lo que os propone, estad seguro de que piensa engañaros, pues debéis comprender que no tiene motivos para buscar vuestro provecho, ya que apenas os conoce, mientras que, quienes han vivido con vos, siempre procurarán serviros y favoreceros.

El conde pensó que era un buen consejo, lo siguió y le fue muy bien.

Viendo don Juan que este cuento era bueno, lo mandó escribir en este libro y compuso estos versos que dicen así:

*A quien te aconseja encubrir de tus amigos
más le gusta engañarte que los higos.*

Cuento XXXIV

Lo que sucedió a un ciego que llevaba a otro

En esta ocasión hablaba el Conde Lucanor con Patronio, su consejero, de esta manera:

-Patronio, un familiar mío, en quien confío totalmente y de cuyo amor estoy seguro, me aconseja ir a un lugar que me infunde cierto temor. Mi pariente me insiste y dice que no debo tener miedo alguno, pues antes perdería él la vida que consentir mi daño. Por eso, os ruego que me aconsejéis qué debo hacer.

-Señor Conde Lucanor -dijo Patronio-, para aconsejaros debidamente me gustaría mucho que supierais lo que le ocurrió a un ciego con otro.

Y el conde le preguntó qué había ocurrido.

-Señor conde -continuó Patronio-, un hombre vivía en una ciudad, perdió la vista y quedó ciego. Y estando así, pobre y ciego, lo visitó otro ciego que vivía en la misma ciudad, y le propuso ir ambos a otra villa cercana, donde pedirían limosna y tendrían con qué alimentarse y sustentarse.

»El primer ciego le dijo que el camino hasta aquella ciudad tenía pozos, barrancos profundos y difíciles puertos de montaña; y por ello temía hacer aquel camino.

»El otro ciego le dijo que desechase aquel temor, porque él lo acompañaría y así caminaría seguro. Tanto le insistió y tantas ventajas le contó del cambio, que el primer ciego lo creyó y partieron los dos.

»Cuando llegaron a los lugares más abruptos y peligrosos, cayó en un barranco el ciego que, como conocedor del camino, llevaba al otro, y también cayó el ciego que sospechó los peligros del viaje.

»Vos, señor conde, si justificadamente sentís recelo y la aventura es peligrosa, no corráis ningún riesgo a pesar de lo que vuestro buen pariente os propone, aunque os diga que morirá él antes que vos; porque os será de muy poca utilidad su muerte si vos también corréis el mismo peligro y podéis morir.

El conde pensó que era este un buen consejo, obró según él y sacó de ello provecho.

Y viendo don Juan que el cuento era bueno, lo mandó poner en este libro e hizo unos versos que dicen así:

*Nunca te metas donde corras peligro
aunque te asista un verdadero amigo.*

Cuento XXXV

Lo que sucedió a un mancebo que casó con una muchacha muy rebelde



Otra vez hablaba el Conde Lucanor con Patronio, su consejero, y le decía:

-Patronio, un pariente mío me ha contado que lo quieren casar con una mujer muy rica y más ilustre que él, por lo que esta boda le sería muy provechosa si no fuera porque, según le han dicho algunos amigos, se trata de una doncella muy violenta y colérica. Por eso os ruego que me digáis si le debo aconsejar que se case con ella, sabiendo cómo es, o si le debo aconsejar que no lo haga.

-Señor conde -dijo Patronio-, si vuestro pariente tiene el carácter de un joven cuyo padre era un honrado moro, aconsejadle que se case con ella; pero si no es así, no se lo aconsejéis.

El conde le rogó que le contase lo sucedido.

Patronio le dijo que en una ciudad vivían un padre y su hijo, que era excelente persona, pero no tan rico que pudiese realizar cuantos proyectos tenía para salir adelante. Por eso el mancebo estaba siempre muy preocupado, pues siendo tan emprendedor no tenía medios ni dinero.

En aquella misma ciudad vivía otro hombre mucho más distinguido y más rico que el primero, que sólo tenía una hija, de carácter muy distinto al del mancebo, pues cuanto en él había de bueno, lo tenía ella de malo, por lo cual nadie en el mundo querría casarse con aquel diablo de mujer.

Aquel mancebo tan bueno fue un día a su padre y le dijo que, pues no era tan rico que pudiera darle cuanto necesitaba para vivir, se vería en la necesidad de pasar miseria y pobreza o irse de allí, por lo cual, si él daba su consentimiento, le parecía más juicioso buscar un matrimonio conveniente, con el que pudiera encontrar un medio de llevar a cabo sus proyectos. El padre le contestó que le gustaría mucho poder encontrarle un matrimonio ventajoso.

Dijo el mancebo a su padre que, si él quería, podía intentar que aquel hombre bueno, cuya hija era tan mala, se la diese por esposa. El padre, al oír decir esto a su hijo, se asombró mucho y le preguntó cómo había pensado aquello, pues no había nadie en el mundo que la conociese que, aunque fuera muy pobre, quisiera casarse con ella. El hijo le contestó que hiciese el favor de concertarle aquel matrimonio. Tanto le insistió que, aunque al padre le pareció algo muy extraño, le dijo que lo haría.

Marchó luego a casa de aquel buen hombre, del que era muy amigo, y le contó cuanto había hablado con su hijo, diciéndole que, como el mancebo estaba dispuesto a casarse con su hija, consintiera en su matrimonio. Cuando el buen hombre oyó hablar así a su amigo, le contestó:

-Por Dios, amigo, si yo autorizara esa boda sería vuestro peor amigo, pues tratándose de vuestro hijo, que es muy bueno, yo pensaría que le hacía grave daño al consentir su perjuicio o su muerte, porque estoy seguro de que, si se casa con mi hija, morirá, o su vida con ella será peor que la misma muerte. Mas no penséis que os digo esto por no aceptar vuestra petición, pues, si la queréis como esposa de vuestro hijo, a mí mucho me contentará entregarla a él o a cualquiera que se la lleve de esta casa.

Su amigo le respondió que le agradecía mucho su advertencia, pero, como su hijo insistía en casarse con ella, le volvía a pedir su consentimiento.

Celebrada la boda, llevaron a la novia a casa de su marido y, como eran moros, siguiendo sus costumbres les prepararon la cena, les pusieron la mesa y los dejaron solos hasta la mañana siguiente. Pero los padres y parientes del novio y de la novia estaban con mucho miedo, pues pensaban que al día siguiente encontrarían al joven muerto o muy mal herido.

Al quedarse los novios solos en su casa, se sentaron a la mesa y, antes de que ella pudiese decir nada, miró el novio a una y otra parte y, al ver a un perro, le dijo ya bastante airado:

-¡Perro, danos agua para las manos!

El perro no lo hizo. El mancebo comenzó a enfadarse y le ordenó con más ira que les trajese agua para las manos. Pero el perro seguía sin obedecerle. Viendo que el perro no lo hacía, el joven se levantó muy enfadado de la mesa y, cogiendo la espada, se lanzó contra el perro, que, al verlo venir así, emprendió una veloz huida, perseguido por el mancebo, saltando ambos por entre la ropa, la mesa y el fuego; tanto lo persiguió que, al fin, el mancebo le dio alcance, lo sujetó y le cortó la cabeza, las patas y las manos, haciéndolo pedazos y ensangrentando toda la casa, la mesa y la ropa.

Después, muy enojado y lleno de sangre, volvió a sentarse a la mesa y miró en derredor. Vio un gato, al que mandó que trajese agua para las manos; como el gato no lo hacía, le gritó:

-¡Cómo, falso traidor! ¿No has visto lo que he hecho con el perro por no obedecerme? Juro por Dios que, si tardas en hacer lo que mando, tendrás la misma muerte que el perro.

El gato siguió sin moverse, pues tampoco es costumbre suya llevar el agua para las manos. Como no lo hacía, se levantó el mancebo, lo cogió por las patas y lo estrelló contra una pared, haciendo de él más de cien pedazos y demostrando con él mayor ensañamiento que con el perro.

Así, indignado, colérico y haciendo gestos de ira, volvió a la mesa y miró a todas partes. La mujer, al verle hacer todo esto, pensó que se había vuelto loco y no decía nada.

Después de mirar por todas partes, vio a su caballo, que estaba en la cámara y, aunque era el único que tenía, le mandó muy enfadado que les trajese agua para las manos; pero el caballo no le obedeció. Al ver que no lo hacía, le gritó:

-¡Cómo, don caballo! ¿Pensáis que, porque no tengo otro caballo, os respetaré la vida si no hacéis lo que yo mando? Estáis muy confundido, pues si, para desgracia vuestra, no cumplís mis órdenes, juro ante Dios daros tan mala muerte como a los otros, porque no hay nadie en el mundo que me desobedezca que no corra la misma suerte.

El caballo siguió sin moverse. Cuando el mancebo vio que el caballo no lo obedecía, se acercó a él, le cortó la cabeza con mucha rabia y luego lo hizo pedazos.

Al ver su mujer que mataba al caballo, aunque no tenía otro, y que decía que haría lo mismo con quien no le obedeciese, pensó que no se trataba de una broma y le entró tantísimo miedo que no sabía si estaba viva o muerta.

Él, así, furioso, ensangrentado y colérico, volvió a la mesa, jurando que, si mil caballos, hombres o mujeres hubiera en su casa que no le hicieran caso, los mataría a todos. Se sentó y miró a un lado y a otro, con la espada llena de sangre en el regazo;

cuando hubo mirado muy bien, al no ver a ningún ser vivo sino a su mujer, volvió la mirada hacia ella con mucha ira y le dijo con muchísima furia, mostrándole la espada:

-Levantaos y dadme agua para las manos.

La mujer, que no esperaba otra cosa sino que la despedazaría, se levantó a toda prisa y le trajo el agua que pedía. Él le dijo:

-¡Ah! ¡Cuántas gracias doy a Dios porque habéis hecho lo que os mandé! Pues de lo contrario, y con el disgusto que estos estúpidos me han dado, habría hecho con vos lo mismo que con ellos.

Después le ordenó que le sirviese la comida y ella le obedeció. Cada vez que le mandaba alguna cosa, tan violentamente se lo decía y con tal voz que ella creía que su cabeza rodaría por el suelo.

Así ocurrió entre los dos aquella noche, que nunca hablaba ella sino que se limitaba a obedecer a su marido. Cuando ya habían dormido un rato, le dijo él:

-Con tanta ira como he tenido esta noche, no he podido dormir bien. Procurad que mañana no me despierte nadie y preparadme un buen desayuno.

Cuando aún era muy de mañana, los padres, madres y parientes se acercaron a la puerta y, como no se oía a nadie, pensaron que el novio estaba muerto o gravemente herido. Viendo por entre las puertas a la novia y no al novio, su temor se hizo muy grande.

Ella, al verlos junto a la puerta, se les acercó muy despacio y, llena de temor, comenzó a increparles:

-¡Locos, insensatos! ¿Qué hacéis ahí? ¿Cómo os atrevéis a llegar a esta puerta? ¿No os da miedo hablar? ¡Callaos, si no, todos moriremos, vosotros y yo!

Al oírla decir esto, quedaron muy sorprendidos. Cuando supieron lo ocurrido entre ellos aquella noche, sintieron gran estima por el mancebo porque había sabido imponer su autoridad y hacerse él con el gobierno de su casa. Desde aquel día en adelante, fue su mujer muy obediente y llevaron muy buena vida.

Pasados unos días, quiso su suegro hacer lo mismo que su yerno, para lo cual mató un gallo; pero su mujer le dijo:

-En verdad, don Fulano, que os decidís muy tarde, porque de nada os valdría aunque mataseis cien caballos: antes tendríais que haberlo hecho, que ahora nos conocemos de sobra.

Y concluyó Patronio:

-Vos, señor conde, si vuestro pariente quiere casarse con esa mujer y vuestro familiar tiene el carácter de aquel mancebo, aconsejadle que lo haga, pues sabrá mandar en su casa; pero si no es así y no puede hacer todo lo necesario para imponerse a su

futura esposa, debe dejar pasar esa oportunidad. También os aconsejo a vos que, cuando hayáis de tratar con los demás hombres, les deis a entender desde el principio cómo han de portarse con vos.

El conde vio que este era un buen consejo, obró según él y le fue muy bien.

Como don Juan comprobó que el cuento era bueno, lo mandó escribir en este libro e hizo estos versos que dicen así:

*Si desde un principio no muestras quién eres,
nunca podrás después, cuando quisieres.*

Cuento XXXVI

Lo que sucedió a un mercader que encontró a su mujer y a su hijo durmiendo juntos

Un día hablaba el Conde Lucanor con Patronio, su consejero, muy enfadado por una cosa que le habían contado y por la cual él se sentía muy ofendido; también le dilo a Patronio que tomaría tal venganza de ello que todos lo recordarían para siempre.

Cuando Patronio lo vio tan furioso y tan colérico, le dijo:

-Señor conde, me gustaría mucho que supierais lo que le sucedió a un mercader que fue un día a comprar consejos.

El conde le preguntó qué le había pasado.

-Señor conde -dijo Patronio-, en una villa vivía un hombre muy sabio que no tenía otra ocupación ni otro trabajo sino el de vender consejos. El mercader, cuando se enteró, fue a casa de aquel hombre tan sabio y le pidió que le vendiese uno de sus consejos. El sabio le preguntó de qué precio lo quería, pues según el precio así sería el consejo. El mercader le respondió que lo quería de un maravedí. El sabio cogió la moneda y le dijo al mercader:

»-Amigo, cuando alguien os invite a comer, si no sabéis qué platos vendrán después, hartaos del primero.

»El mercader le dijo que no le había vendido un consejo demasiado bueno, pero el sabio le contestó que tampoco él le había pagado por otro mejor. El mercader, entonces, le pidió que le diese un consejo que valiera una dobla, y se la dio. El sabio le aconsejó que, cuando se sintiera muy ofendido y quisiera hacer algo lleno de ira, no se apurase ni se dejara llevar por la cólera hasta conocer bien toda la verdad.

»El mercader pensó que, comprando tales consejos, podría perder cuantas doblas tenía, por lo que no quiso seguir escuchando al sabio, aunque retuvo el segundo consejo en lo más profundo de su corazón.

»Y sucedió que el mercader partió por mar a lejanas tierras y, al partir, estaba su mujer embarazada. Allí permaneció tanto tiempo, ocupado en sus negocios, que el pequeño nació y llegó a la edad de veinte años. La madre, que no tenía más hijos y daba por muerto a su marido, se consolaba con aquel hijo, al que quería mucho como hijo y llamaba «marido» por el amor que tenía a su padre. El joven comía y dormía siempre con ella, como cuando era un niño muy pequeño, y así vivía ella muy honestamente, aunque con mucha pena, pues no le llegaban noticias de su marido.

»El mercader consiguió vender todas sus mercancías y volvió con una gran fortuna. Cuando llegó al puerto de la ciudad donde vivía, no dijo nada a nadie, se dirigió a su casa y se escondió para ver lo que pasaba.

»Hacia el mediodía, volvió a casa el hijo de aquella buena mujer y su madre le preguntó:

»-Dime, marido, ¿de dónde vienes?

»El mercader, que oyó a su mujer llamar marido a aquel mancebo, sintió gran pesar, pues creía que estaba casada con él o, en todo caso, amancebada, porque el hombre era muy joven, y esto le pareció al mercader una horrible ofensa.

»Pensó matarlos, pero, acordándose del consejo que le había costado una dobla, no se dejó llevar por la ira.

»Al atardecer se pusieron a comer. Cuando el mercader los vio así juntos, aún tuvo mayores deseos de matarlos, pero por el consejo que vos sabéis, no se dejó llevar por la cólera.

»Mas, al llegar la noche y verlos acostados en la misma cama, no pudo más, y se dirigió hacia ellos para matarlos. Pero, acordándose de aquel consejo, aunque estaba muy furioso, no hizo nada. Y antes de apagar la candela, empezó la madre a decirle al hijo, entre grandes lloros:

»-¡Ay, marido mío! Me han dicho que hoy ha llegado una nave de las tierras a las que fue vuestro padre. Por el amor de Dios os pido que vayáis al puerto mañana por la mañana muy pronto, y quiera Dios que puedan daros noticias suyas.

»Cuando el mercader oyó decir esto a su esposa, acordándose de que, al partir él, ella estaba encinta, comprendió que aquel joven era su hijo.

»Y no os maravilléis si os digo que el mercader se alegró mucho y dio gracias a Dios por evitar que los matara, como había querido hacer, lo que habría sido una horrible desgracia para él. También os digo que dio por bien gastada la dobla que el consejo le costó, pues siempre lo recordó y nunca actuó precipitadamente.

»Y vos, señor conde, aunque pensáis que os resulta muy difícil soportar esa injuria, no digáis nada hasta estar seguro de que es verdad, y así os aconsejo que no os dejéis llevar por la ira ni por la precipitación hasta que conozcáis todo el asunto, pues no se trata de algo que pueda perderse por esperar vos un poco, y, sin embargo, os podríais arrepentir muy pronto de vuestra precipitación.

El conde pensó que este era un buen consejo, obró según él, y le fue muy bien.

Y viendo don Juan que este cuento era bueno, lo mandó escribir en este libro e hizo estos versos:

Con la ira en las manos nunca debes obrar,

si no, da por seguro que te arrepentirás.

Cuento XXXVII

Respuesta que dio el conde F. González a los suyos después de la batalla de Hacinas

Una vez volvía el conde de una batalla muy cansado, maltrecho y pobre; antes de que pudiera descansar, le llegó la noticia de que se preparaba otra nueva guerra. Muchos de los suyos le aconsejaron que descansara algún tiempo y que luego podría hacer lo que le pareciera más conveniente. El conde preguntó a Patronio su opinión sobre este asunto. Patronio le dijo:

-Señor, para que podáis hacer lo mejor y más conveniente, me gustaría mucho contaros la respuesta que dio una vez el conde Fernán González a sus vasallos.

El conde preguntó a Patronio qué les había dicho.

-Señor conde -dijo Patronio-, cuando el conde Fernán González venció al rey Almanzor en Hacinas, muchos de sus soldados murieron y muchos supervivientes e incluso él mismo recibieron graves heridas. Antes de que pudiesen curar, supo el conde que el rey de Navarra iba a atacar sus tierras, por lo que ordenó a los suyos aprestarse a luchar contra los navarros. Sus soldados le contestaron que los caballos estaban cansados, que ellos también lo estaban y que, aunque por esto no evitara entrar en combate, debía hacerlo porque él y todos los demás estaban malheridos, por lo que convenía esperar a que todos estuviesen curados.

»Cuando el conde vio que todos querían rehusar la lucha, valorando más la honra que el cansancio, se dirigió a ellos con estas palabras:

»-Amigos, por las heridas no abandonemos la empresa, pues las nuevas heridas, que ahora nos causarán, harán que nos olvidemos de las recibidas en Hacinas, frente al moro Almanzor.

»Al ver los suyos que al conde no le preocupaban ni el cansancio ni sus heridas por defender su honra y su tierra, marcharon junto a él. El conde y sus soldados ganaron esta nueva batalla y salieron muy victoriosos.

»Vos, señor Conde Lucanor, si queréis hacer lo que se debe para defender a los vuestros, vuestras tierras y ensalzar vuestra honra, nunca sintáis el dolor, las fatigas o los peligros, sino obrad de forma que los nuevos peligros y dolores os hagan olvidar los pasados.

El conde vio que este ejemplo era bueno, obró según el consejo de Patronio y le fue muy bien.

Y juzgando don Juan que este cuento era muy bueno, lo mandó poner en este libro e hizo los versos que dicen así:

Tened esto por cierto, pues es verdad probada:

que la holganza y la honra no comparten morada.

Cuento XXXVIII

Lo que sucedió a un hombre que iba cargado con piedras preciosas y se ahogó en el río

Un día dijo el conde a Patronio que deseaba mucho quedarse en una villa donde le tenían que dar mucho dinero, con el que esperaba lograr grandes beneficios, pero que al mismo tiempo temía quedarse allí, pues, entonces, correría peligro su vida. Y, así, le rogaba que le aconsejase qué debía hacer.

-Señor conde -dijo Patronio-, en mi opinión, para que hagáis en esto lo más juicioso, me gustaría que supierais lo que sucedió a un hombre que llevaba un tesoro al cuello y estaba pasando un río.

El conde le preguntó qué le había ocurrido.

-Señor conde -dijo Patronio-, había un hombre que llevaba a cuestas gran cantidad de piedras preciosas, y eran tantas que le pesaban mucho. En su camino tuvo que pasar un río y, como llevaba una carga tan pesada, se hundió más que si no la llevase. En la parte más honda del río, empezó a hundirse aún más.

»Cuando vio esto un hombre, que estaba en la orilla del río, comenzó a darle voces y a decirle que, si no abandonaba aquella carga, corría el peligro de ahogarse. Pero el pobre infeliz no comprendió que, si moría ahogado en el río, perdería la vida y también su tesoro, aunque podría salvarse desprendiéndose de las riquezas. Por la codicia, y pensando cuánto valían aquellas piedras preciosas, no quiso desprenderse de ellas y echarlas al río, donde murió ahogado y perdió la vida y su preciosa carga.

»A vos, señor Conde Lucanor, aunque el dinero y otras ganancias que podáis conseguir os vendrían bien, yo os aconsejo que, si en ese sitio peligrá vuestra vida, no permanezcáis allí por lograr más dinero ni riquezas. También os aconsejo que jamás pongáis en peligro vuestra vida si no es asunto de honra o si, de no hacerlo, os resultara grave daño, pues el que en poco se estima y, por codicia o ligereza, arriesga su vida, es quien no aspira a hacer grandes obras; sin embargo, el que se tiene a sí mismo en mucho ha de hacer tales cosas que los otros también lo aprecien, pues el hombre no es valorado porque él se precie, sino porque los demás admiren en él sus buenas obras. Tened, señor conde, por seguro que tal persona estimará en mucho su vida y no la arriesgará por codicia ni por cosa pequeña, pero en las ocasiones que de verdad merezcan arriesgar la vida, estad seguro de que nadie en el mundo lo hará tan bien como el que vale mucho y se estima en su justo valor.

El conde consideró bueno este ejemplo, obró según él y le fue muy bien.

Y como don Juan vio que este cuento era muy bueno, lo mandó poner en este libro y añadió estos versos que dicen así:

*A quien por codicia su vida aventura,
sabed que sus bienes muy poco le duran.*

Cuento XL

Causas por las que perdió su alma un general de Carcasona



Hablaba el Conde Lucanor con Patronio y le dijo:

-Patronio, como sé que nadie puede evitar la muerte, querría yo, antes de morir, haber podido hacer alguna obra muy útil para la salvación de mi alma que deje memoria de mí y que todos me recuerden por ella. Por eso os ruego que me aconsejéis la mejor manera de lograrlo.

-Señor conde -dijo Patronio-, aunque las buenas obras siempre nos ayudan para conseguir la salvación, no importa cómo o a quién las hagamos. Para que vos sepáis por

qué y con qué intención deben hacerse, me gustaría mucho que supierais lo que sucedió a un general de Carcasona.

El conde le pidió que se lo contara.

-Señor conde -dijo Patronio-, un general de Carcasona se puso muy enfermo y, viéndose próximo a morir, mandó llamar al prior de los dominicos y al guardián de los franciscanos, para tratar con ellos los asuntos de su alma. Les pidió que después de su muerte cumplieran cuantas mandas les había dejado, para conseguir su salvación. Así lo hicieron ellos, pues el general les había legado muchos bienes en el testamento. Los dos frailes estaban muy contentos y confiados en su salvación, ya que todo se había hecho pronto y bien.

»Sucedió que, pasados unos días, llegó a la ciudad una mujer endemoniada, que decía cosas maravillosas y portentosas, porque el diablo, que por ella hablaba, sabe cuanto se dice y se hace.

»Los frailes que habían atendido a la salvación del general, al enterarse de lo que decía aquella mujer, pensaron que sería conveniente hablar con ella para que les diera noticias sobre el alma del difunto. Así lo hicieron. Cuando entraron en la casa de la endemoniada, antes de que ellos le preguntaran, les dijo que bien sabía los motivos de su venida, pues hacía muy poco que había salido del infierno y allí quedaba el alma del general.

»Cuando los frailes la oyeron decir esto, le contestaron que mentía, puesto que era público cómo había tenido muy santa muerte, auxiliado con los sacramentos de la Santa Iglesia, y que, como la religión cristiana es la única verdadera, era imposible que se hubiera condenado.

»Les replicó ella que ciertamente la fe y la religión cristianas son verdaderas, y que si él hubiera hecho, al morir, lo que debe hacer un auténtico cristiano, habría salvado su alma. Siguió la endemoniada diciendo que él no había obrado como verdadero y buen cristiano, pues, aunque había mandado rezar oraciones y dar limosnas por su alma, había pedido que lo hicieran después de su muerte, siendo su intención que lo hiciesen sólo una vez muerto, sin importarle su alma mientras vivía; por eso mandó que lo hicieran después de muerto, cuando ya sus riquezas no le servían para nada ni se las podía llevar consigo. Igualmente les dijo que el general lo había dispuesto todo así para que quedar a fama eterna de lo que había hecho, sólo por alcanzar vanagloria de las gentes.

»Por ello, aunque el general mandó hacer buenas obras, no obró bien, ya que Dios no premia solamente las buenas acciones, sino las que están bien hechas, que son hijas de una recta intención. Como la intención del general no fue buena, porque no nacía de su corazón, no consiguió de Dios el galardón eterno que esperaba.

»A vos, señor conde, pues me pedís un consejo, os digo que, en mi opinión, hagáis en vida el bien que deseáis hacer. Sabed, además, que, para conseguir ante Dios galardón por vuestras buenas obras, debéis reparar primero el daño que hayáis podido hacer: de poco vale robar el carnero y dar luego las patas a los pobres por el amor de Dios. De muy poco os valdría haber robado y hurtado a todos para, luego, dar limosna

de lo que no es vuestro. Sabed también que, cuando la limosna es buena, concurren en ella estos cinco requisitos: primero, que se entregue algo cuya propiedad sea legítima; segundo, que se dé cuando uno está haciendo, y arrepentido, verdadera penitencia; tercero, que el hombre sienta desprenderse de lo que da, bien por la cantidad o por la calidad de la donación; cuarto, que se haga en vida; y quinto, que se haga pensando sólo en Dios y no por vanagloria o vanidad. Si se dan estas cinco condiciones, todas las limosnas y buenas obras serán perfectas y el que así las haga recibirá generoso galardón de Dios. Pero si vos, o cualquier otro, por algún motivo no puede hacerlas de ese modo, no por eso debe dejar de hacerlas, pensando que, al no reunir todos los requisitos, no le servirán de nada, pues eso sería una gran equivocación y tentaríais a Dios al pensar así, ya que, de cualquier forma que se haga el bien, siempre será un bien. Sabed también que las buenas obras ayudan al hombre a abandonar el pecado y a hacer penitencia, a la vez que nos proporcionan salud corporal, riquezas, honras y buena fama ante las gentes. Por ello os digo que toda buena obra que haga el hombre será siempre muy provechosa y útil, pero será mucho más provechosa para la salvación si se hace reuniendo las cinco condiciones que os he señalado.

El conde vio que era verdad lo que Patronio le decía, decidió obrar siempre así y pidió a Dios que le ayudase para seguir los sabios consejos de Patronio.

Y viendo don Juan que este cuento era muy bueno, lo mandó escribir en este libro y compuso estos versos que dicen así:

*Haz siempre el bien, mas con recta intención,
si deseas el cielo, si buscas salvación.*

Cuento XLVI

Lo que sucedió a un filósofo que por casualidad entró en una calle donde vivían malas mujeres

Otra vez hablaba el Conde Lucanor con Patronio, su consejero, de este modo:

-Patronio, vos sabéis que una de las cosas de este mundo por la que más debemos esforzarnos es por alcanzar buena fama y conservarla intacta. Como sé que en esto y en otras tantas cosas nadie me podrá aconsejar mejor que vos, os ruego que me digáis cómo podré acrecentar y guardar mi fama.

-Señor Conde Lucanor -dijo Patronio-, mucho me agrada lo que decís. Para que podáis hacer en esto lo mejor, me gustaría que supierais cuanto ocurrió a un gran filósofo, que era muy anciano.

El señor conde le preguntó lo que le había ocurrido.

-Señor conde -dijo Patronio-, un gran filósofo, que vivía en una ciudad del reino de Marruecos, padecía una molesta enfermedad, pues sólo podía obrar con dolor, con pena y muy despacio.

»Para librarlo de las molestias que padecía, le habían mandado los médicos que, siempre que lo necesitara, obrase en seguida, sin dejarlo para más tarde, pues pensaban que, cuanto más lo dejase, las heces se pondrían más secas y duras, con el consiguiente daño y perjuicio para su salud. Siguiendo el consejo de sus médicos, obraba como os digo y sentía cierto alivio.

»Sucedió que un día, yendo por una calle de aquella ciudad, en la que tenía muchos discípulos que seguían sus enseñanzas, le vinieron ganas de obrar como os he contado. Para hacer lo que sus médicos le aconsejaban y que tan buenos resultados le daba, se metió en una callejuela para hacer lo excusado.

»Dio la casualidad de que en aquella calleja vivían las mujeres de vida pública, que si hacen daño a su cuerpo también deshonoran su alma. Pero el filósofo nada sabía de que aquellas mujeres vivieran allí. Por la clase de enfermedad que padecía, por el tiempo que permaneció en aquel lugar y por el aspecto que ofrecía al salir de la calleja, aunque ignoraba quiénes vivían allí, todos pensaron que había ido allí para hacer algo impropio de lo que debe hacerse y de lo que hasta entonces había hecho. Si alguna persona respetable hace alguna cosa que merece censura y crítica, por pequeña que sea, a todos les parece peor y da más que hablar que cuando se trata de alguien que hace

públicamente cosas peores; así, a este filósofo comenzaron a criticarlo y a hablar mal de él, pues, siendo tan anciano y aparentando tanta virtud, había visitado un lugar como aquel, tan dañino para su cuerpo, para su alma y para su propia fama.

»Cuando llegó a su casa, vinieron a él sus discípulos que, con mucha pena y pesar, le dijeron qué desgracia o pecado había sido aquel por el cual se había desprestigiado a sí mismo y a ellos, sus discípulos, a la vez que había perdido la fama que hasta entonces había conservado sin mancha alguna.

»El filósofo, al oírles hablar así, se asombró mucho y les preguntó por qué decían aquello, o qué falta había cometido, pues no sabía de qué le estaban hablando. Ellos le contestaron que no debía disimular, pues no quedaba nadie de la ciudad que no comentara su mala acción al visitar la calleja donde vivían las malas mujeres.

»Cuando el sabio escuchó esta explicación, sintió gran pesar, pero les pidió que no se lamentaran, pues de allí a ocho días les podría dar una respuesta.

»Se retiró luego a su estudio, donde escribió un libro, corto pero muy bueno y provechoso. Amén de otras cosas buenas que tiene, como si mantuviera una conversación con sus discípulos sobre la buena y mala ventura, les dice así:

»"Hijos, con la buena y la mala suerte sucede así: a veces se la busca y se la encuentra, aunque a veces es encontrada sin buscarla. La buscada y hallada es cuando un hombre hace buenas acciones, gracias a las cuales consigue alguna felicidad; eso mismo ocurre cuando por sus malas obras le sucede alguna desgracia. Esta es la suerte, buena o mala, hallada y buscada por el hombre, pues hace cuanto puede para que le venga el bien o el mal que busca.

»"Igualmente, la hallada y no buscada es cuando a un hombre, sin hacer nada para ello, le sucede alguna cosa buena o algún bien; por ejemplo, un hombre que vaya por el campo y encuentre un gran tesoro o cualquier cosa de gran valor sin haberse esforzado en buscarlo. Eso mismo ocurre cuando a un hombre, sin haberlo merecido, le sobreviene alguna cosa mala o alguna desgracia; es como si un hombre fuera caminando por la calle y le cayera una piedra que otro lanzó contra un pájaro que iba por el cielo. Esta es la mala ventura encontrada y no buscada, puesto que ese hombre nunca hizo nada para que le ocurriera esa desgracia.

»"Hijos, debéis saber que en la buena o mala suerte hallada y buscada se unen dos cosas: que el hombre se ayude a sí mismo, haciendo el bien para lograr el bien y obrando mal si es esto lo que busca; además, merecerá el premio o el castigo de Dios según sus obras sean buenas o malas. Igualmente, en la suerte buena o mala, hallada y no buscada, se necesitan otras dos cosas: que el hombre evite en cuanto le sea posible hacer el mal o parecerlo, de donde le pueda venir alguna desgracia o mala fama y, en segundo lugar, pedir y rogar a Dios que, pues Él procura alejar de nosotros la desventura o la mala fama, también le ayude para que no le sobrevenga alguna desgracia, como me ocurrió a mí el otro día cuando entré en una calleja para hacer lo que no se podía excusar por mi propia salud que, aunque era algo inocente y de lo que no podía venirme mala fama, como por desventura mía vivían allí aquellas mujeres, aunque yo salía sin culpa, fui muy criticado y quedé infamado".

»Vos, Conde Lucanor, si queréis mantener y acrecentar vuestra fama y honra, debéis hacer tres cosas: la primera, muy buenas obras que complazcan a Dios y, logrado esto, que, después, en cuanto sea posible, agraden también a los hombres, cuidando siempre vuestro estado y dignidad, pero sin olvidar que, por muy buena fama que tengáis, podéis perderla si, debiendo realizar buenas obras, hacéis las opuestas, porque muchos hombres obraron bien durante cierto tiempo y, como después se apartaron de ese camino, perdieron los méritos conseguidos y acabaron de mala manera. La segunda cosa es rogar a Dios para que os ilumine en la conservación y aumento de vuestra fama, a la vez que aleje de vos la ocasión de perderla, por obras o palabras vuestras. La tercera cosa es que ni de palabra ni de obra hagáis nunca nada por lo que las gentes pongan en duda vuestra fama, que siempre debéis guardar por encima de todo, pues muchas veces los hombres hacen buenas acciones, pero, como levantan sospechas y parecen malas, ante la opinión de las gentes quedan como realmente malas. Tened presente siempre que en asuntos tocantes a la fama tanto aprovecha o perjudica lo que opinan las gentes como la propia verdad, aunque para Dios y para el alma sólo cuentan las obras que el hombre hace, así como la intención que guarda.

Al conde le pareció este cuento muy bueno y rogó a Dios para que le permitiera hacer las obras necesarias para salvar su alma y aumentar su fama, su honra y su estado.

Y como don Juan vio que el cuento era excelente, lo mandó escribir en este libro e hizo unos versos que dicen así:

*Haz siempre el bien sin levantar recelos,
que así siempre tu fama se extienda por los cielos.*

Cuento LI

Epílogo

Lo que sucedió a un rey cristiano que era muy poderoso y muy soberbio

Otra vez hablaba el Conde Lucanor con su consejero Patronio, y le dijo así:

-Patronio, muchos me dicen que la humildad es una de las virtudes que más agradan a Dios; otros afaman que los humildes son menospreciados por la gente y que son considerados cobardes y pobres de espíritu, por lo cual a los grandes señores les conviene ser soberbios. Como estoy seguro de que nadie puede saber mejor que vos cómo debe ser un gran señor, os ruego que me digáis cuál de estas dos cualidades es más conveniente y qué debo hacer en este asunto.

-Señor Conde Lucanor -dijo Patronio-, para que veáis qué es lo mejor y más provechoso para vos, me gustaría mucho que supierais lo que sucedió a un rey cristiano, que era muy poderoso y muy soberbio.

El conde le pidió que se lo contase.

-Señor conde -dijo Patronio-, en un país, cuyo nombre no recuerdo, vivía un rey muy joven, rico, poderoso y muy soberbio, tanto que asombraba a todos por su orgullo. A tanto llegó su soberbia que una vez, oyendo el Magníficat de la Virgen, al escuchar el versículo que dice «*Deposuit potentes de sede et exaltavit humiles*», que en castellano significa «Dios Nuestro Señor humilló a los poderosos y exaltó a los humildes», sintió gran pesar y mandó que en su reino se borrara ese versículo para poner en su lugar este otro: «*Et exaltavit potentes in sede et humiles posuit in natus*»; cuyo significado sería: «Dios exaltó a los poderosos en sus tronos y humilló a los humildes».

»Nuestro Señor sintió mucho este cambio, pues con él se decía lo contrario de lo que había expresado la Virgen en ese cántico, ya que, cuando Nuestra Señora se vio madre del Hijo de Dios, al que concibió y alumbró siendo Virgen y sin menoscabo de su pureza, al verse Señora de los Cielos y de la Tierra, dijo de sí misma, alabando la humildad por encima de la demás virtudes: «*Quia respexit humilitatem ancillae suae, ecce enim ex hoc benedictam me dicent omnes generationes*»; es decir: «Porque Dios, mi señor, admiró en mí la humildad, me llamarán bienaventurada todas las generaciones». Y así ocurrió, en efecto, porque nunca, ni antes ni después de la Virgen, pudo ser bienaventurada ninguna mujer, pues sólo ella, por sus virtudes, y sobre todo

por su humildad, mereció los títulos de Madre de Dios y Reina de los Cielos y la Tierra, para ser colocada sobre los coros de los ángeles.

»Mas al rey soberbio le sucedió todo lo contrario, pues un día quiso ir a los baños y se dirigió allí con toda pompa y un numeroso cortejo. Para entrar en el agua, se tuvo que desnudar y dejó su manto y túnica fuera del baño; entonces, mientras se bañaba el rey, Dios envió un ángel a los baños que, por voluntad y deseo del Señor, tomó la forma del rey, se vistió con sus ropas y se hizo acompañar por todos los cortesanos camino del alcázar. A la puerta de la casa de baños quedaron unas ropas muy humildes y viejas, como las que llevan los mendigos que van de casa en casa.

»El rey, que aún seguía bañándose, no sabía nada de lo que había pasado. Cuando deseó salir del agua, llamó a sus camareros y cortesanos, ninguno de los cuales le respondió, puesto que todos se habían marchado ya, creyendo que acompañaban al rey. Al ver que nadie le contestaba, el rey se enfadó mucho y juró que castigaría a todos con horribles tormentos. Y sintiéndose humillado, salió del baño desnudo, pensando que alguno de sus camareros le daría con qué vestirse. Llegó al lugar donde debían de estar sus acompañantes, pero no encontró a ninguno y se volvió a la sala de baños, buscándolos por todas partes, sin encontrar absolutamente a nadie.

»Estando así muy preocupado y sin saber qué podía hacer, vio aquellas ropas tan pobres y viejas, que estaban tiradas en un rincón; pensó ponérselas y marchar en secreto a palacio, para tomar venganza muy cruel de quienes lo habían escarnecido y humillado. Vestido con aquellas ropas, sin que nadie lo reconociera, se dirigió al alcázar, cuya puerta estaba vigilada por un guardián a quien el rey conocía bien y que era, además, uno de los que lo habían acompañado hacía un rato a los baños; cuando se acercó a él, le dijo en voz muy baja que le abriese la puerta y lo llevara en secreto a sus habitaciones, para que nadie lo viera con tan pobres vestiduras.

»El guardián, que estaba armado con espada y maza, le preguntó quién era pues demostraba tanta osadía. El rey le contestó:

»-¡Ah, traidor! ¿No te basta la burla que me habéis hecho al dejarme solo y desnudo en el baño y obligarme a volver con estos andrajos? ¿Acaso no eres fulano y no sabes que soy vuestro rey, vuestro señor, al que habéis abandonado en la casa de baños? Abre ya la puerta, antes de que venga alguien que me reconozca, pues, si no lo haces, da por seguro que te torturaré antes de que te maten.

»Pero le contestó el guardián:

»-¡Loco, villano! ¿Qué amenazas son esas? Sigue tu camino y no digas más locuras, pues de lo contrario te daré un escarmiento, porque el rey ya hace tiempo que volvió de los baños, y todos lo acompañamos; además, ha comido y ahora está reposando, así que no alborotes, pues podrías despertarlo.

»Cuando el rey lo oyó decir esto, pensó que era por seguir la burla y, lleno de rabia y de vergüenza, lo atacó, queriendo arrancarle los cabellos. El guardia repelió el ataque, pero no lo quiso herir con la maza, aunque le dio un gran golpe con el mango, por lo cual el rey empezó a sangrar por muchas partes de la cabeza. El rey, al sentirse herido y ver que el guardián tenía espada y maza, mientras que él no tenía armas ni para atacar ni

para defenderse, y creyendo que el soldado estaba loco, por lo que podría matarlo si seguía insistiendo, decidió irse a casa de su mayordomo y ocultarse allí hasta que curase de sus heridas. Pensó que, una vez repuesto, tomaría venganza de quienes lo habían humillado y escarnecido.

»Al llegar a casa de su mayordomo, tuvo peor suerte que con el guardián de palacio, por lo que también decidió alejarse rápidamente.

»Se dirigió entonces, de la forma más secreta, a casa de su esposa, la reina, creyendo que todas aquellas desgracias le habían sobrevenido porque sus vasallos no lo reconocían, cosa que sin duda no podría ocurrirle con la reina, su esposa. Cuando le hubo contado que él era el rey y que había sido golpeado por los guardias, la reina pensó que, si el verdadero rey, al que ella creía en su casa, llegara a saber que había prestado atención a sus palabras, se enfadaría muchísimo, por lo cual mandó que golpeasen a aquel loco y que lo echaran de su casa, por demostrar tan gran atrevimiento ante ella.

»El pobre rey, cuando se vio tan mal parado, no supo qué hacer y se fue a un hospital, donde estuvo muchos días para curar sus heridas. Cuando sentía hambre, se ponía a pedir de casa en casa; las gentes se burlaban y mofaban de él, diciéndole que cómo, siendo el rey de aquellas tierras, era tan pobre. Como todos se lo decían y tantas veces se lo repitieron, él llegó a creer que estaba loco y que su locura lo había llevado a creerse rey. De esta manera vivió mucho tiempo pensando todos que padecía una locura muy frecuente, que consiste en creer que uno es distinto de lo que parece o que vive en estado de mayor dignidad.

»Estando el rey en tan triste estado, Dios, que siempre quiere el arrepentimiento de los pecadores y, por ello, les busca un camino para su salvación, del que sólo se apartan por su propia culpa, hizo que aquel desdichado, que tan pobre y humillado se veía a causa de su soberbia, comenzara a pensar que todas sus desgracias eran castigo de sus pecados, sobre todo de su orgullo, que lo había llevado a cambiar el versículo del cántico de la Virgen. Cuando el rey comprendió esto, empezó a sentir en su corazón tanto arrepentimiento y tan gran pesar que no se podría decir con palabras; de tal modo que más le pesaba haber ofendido a Nuestro Señor que la pérdida de su reino y, aunque veía su cuerpo lacerado y humillado, no hacía otra cosa sino llorar y pedir perdón a Dios por sus pecados y gracia para su alma. Tal era su dolor que nunca se le ocurrió pedirle a Dios que le devolviera su trono o su dignidad, pues todo eso él lo tenía en muy poca cosa y sólo deseaba el perdón de sus pecados y la salvación de su alma.

»Creed, señor conde, que, de cuantos hacen peregrinaciones, dan limosnas, o ayunan, o elevan plegarias, o hacen buenas obras para que Dios les dé, les guarde o les acreciente la salud corporal, su honra o su riqueza, yo no digo que hagan mal. Sí os digo, sin embargo, que, si todas estas buenas acciones sólo las hicieran para conseguir el perdón de sus pecados y la gracia de Dios, que se alcanzan por las buenas obras, hechas con recta intención y sin hipocresía, les iría mucho mejor, pues sin duda alcanzarían el perdón y la gracia de Dios, que sólo quiere del pecador que se arrepienta y viva en la humildad y en la verdadera contrición de sus culpas.

»Por ello, cuando el rey se arrepintió, fue perdonado por la misericordia de Dios, quien, en su infinita bondad, no sólo le otorgó el perdón sino que también le devolvió su reino y su estado cumplidamente. Y ocurrió de este modo:

»El ángel, que ocupaba su lugar y tenía la forma del rey, llamó a un guardia y le dijo:

»-Me han contado que anda por ahí un loco que dice ser rey de estas tierras y otras locuras parecidas ¿Qué tipo de persona es y qué cosas dice?

»Dio la casualidad de que el guardia era el que había golpeado al rey el mismo día que salió desnudo del baño. Como el ángel, a quien todos tenían por rey, le pidió que le contara todo lo referido a aquel loco, el guardia le comentó cómo todas las gentes se burlaban y mofaban de él, al oír los desatinos que decía. El rey, después de escucharlo, le ordenó que lo fuese a buscar y lo trajera a palacio. Cuando el rey, a quien todos tenían por loco, hubo llegado a presencia del ángel, que estaba ocupando el lugar del rey, se fueron a un sitio apartado y le dijo el ángel:

»-Amigo, me han contado que vais por ahí diciendo que sois rey de esta tierra y que habéis perdido el reino por no sé qué desgracia o desventura. Os ruego, por la fe que debéis a Dios, que me contéis cómo es todo esto, sin encubrirme nada, pues yo os prometo que nada os sucederá.

»Cuando el desdichado rey, que vivía como un loco y era tan desventurado, le oyó decir aquello a quien tenía por rey, no supo qué responderle, pues de una parte pensó que se lo preguntaba por sonsacarlo y, si decía que era el rey, le mandaría matar. Por ello empezó a llorar muy amargamente y le contestó, como persona que estaba muy preocupada:

»-Señor, no sé cómo responderos a lo que me decís, pero como la vida que llevo y la muerte me dan igual y Dios sabe que ya no espero ni honores ni riquezas, no voy a ocultaros nada de lo que realmente siento. Os digo, señor, que yo estoy loco y que todos me tienen por tal, tratándome como a un loco desde hace mucho tiempo. Y aunque alguno podría estar equivocado, si yo no estuviera loco, no podrían equivocarse todas las personas, buenas y malas, ricas y pobres, listas y necias; pero, aunque yo veo todo esto y lo comprendo, creo sinceramente que fui rey de esta tierra y que perdí el reino y la gracia de Dios por mis pecados, sobre todo por mi orgullo y soberbia.

»Entonces le contó el rey con mucha pena y con muchas lágrimas lo que le había pasado, el cambio que había hecho en las palabras del cántico de la Virgen, y también todos sus pecados. Cuando el ángel, a quien Dios había mandado para tomar su figura y pasar por rey ante todos, comprendió que sentía más pena por los pecados que había cometido que por la pérdida del trono, le contestó por mandato de Dios:

»-Amigo, os digo que en todo decís la verdad, pues habéis sido rey de esta tierra, pero Dios Nuestro Señor os quitó el reino por las mismas razones que decís, y me envió a mí, que soy uno de sus ángeles, para que tomara vuestra figura y estuviera en vuestro lugar. La misericordia del Señor, que es infinita y sólo busca que el pecador se arrepienta y viva, ha mostrado con este milagro las dos condiciones necesarias para que el arrepentimiento sea verdadero: que exista un auténtico deseo de no volver a pecar y que el arrepentimiento sea sincero. Como Dios ha visto que en vos se dan estas condiciones, os ha perdonado y me ha mandado a mí que os devuelva vuestra figura y os reponga en vuestro trono. Os ruego y os aconsejo que os guardéis, sobre todo, del pecado de la soberbia, pues este es el que más aborrece Dios nuestro Señor, ya que va

contra su poder y majestad y hace que los hombres pierdan su alma. Estad seguro de que nunca se ha visto nación, familia, clase ni persona que fuese esclava de la soberbia y que no haya sido abatida o castigada.

»Cuando el rey, a quien todos tomaban por un loco, oyó decir estas palabras al ángel, se postró ante él, llorando muy amargamente y, creyendo todo lo que decía, lo veneró como mensajero de Dios, pidiéndole que no se fuese hasta que todos estuviesen reunidos y se hiciera público este milagro que Dios había obrado en él. Así lo hizo el ángel. Cuando todos estaban juntos, habló el rey y les contó todo lo que le había pasado. Luego habló el ángel, que confirmó el relato del rey y se mostró como ángel a los ojos de todos.

»Entonces el rey hizo numerosas y frecuentes penitencias y, entre otras cosas, mandó que en todo su reino, para desagraciar a la Virgen, escribieran con letra de oro el versículo del Magnificat, cosa que todavía hoy siguen haciendo, según he oído decir. Terminada su misión, volvió el ángel a los cielos y se quedó el rey con sus gentes muy alegres y muy felices. En los años que luego vivió, el rey sirvió muy bien a Dios y a su pueblo, realizando buenas e importantes obras para sus vasallos, por las que alcanzó la fama en este mundo y la vida eterna en el otro, que todos deseamos conseguir por merced de Dios.

»Vos, señor Conde Lucanor, si queréis lograr la gracia de Dios y la buena fama en este mundo, haced buenas obras, que estén bien hechas, sin doblez ni hipocresía, y de todos los males del mundo guardaos, sobre todo de la soberbia, y sed humilde sin falsa piedad ni simulaciones. Tened presente la humildad, pero guardando siempre el decoro propio de vuestro estado, de forma que seáis humilde, pero no humillado ni vejado por nadie. Los poderosos y soberbios no podrán encontrar en vos humildad vergonzante ni apocamiento, y los que sean humildes ante vos siempre deberán encontraros lleno de humildad y de buenas obras.

Al conde le gustó mucho este consejo y pidió a Dios que le diera fuerzas para seguirlo y ponerlo en práctica.

Y como a don Juan le agradó mucho esta historia, la mandó escribir en este libro e hizo estos versos que dicen así:

*A los justos y humildes, Dios los ensalza:
a quienes son soberbios, Él los rechaza.*